

A. J. Plá / J. Holloway / M. Pablo / M. Löwy
G. Labica / A. Gilly / A. Dabat
E. Lucita (compilador)

LA LIBERACION DE MARX

El debate actual
en el socialismo

FICHAS TEMATICAS DE
Cuadernos del Sur



Tierra  fuego
del
FF y L
UBA

A. J. Plá / J. Holloway / M. Pablo / M. Löwy
G. Labica / A. Gilly / A. Dabat
E. Lucita (compilador)

LA LIBERACION DE MARX

El debate actual
en el socialismo

FICHAS TEMATICAS DE
Tuadernos del Sur

Tierra  fuego
del

CONSEJO EDITORIAL

Argentina: *Eduardo Lucita*

Roque Pedace / Alberto J. Plá / Carlos Suárez

México: *Alejandro Dabat / Adolfo Gilly / Alejandro Gálvez*

José María Iglesias (Editor)

Italia: *Guillermo Almeyra*

Brasil: *Enrique Anda*

Francia: *Hugo Moreno / Michael Löwy*

Perú: *Alberto Di Franco*

Gran Bretaña: *John Holloway*

Uruguay: *Washington Estellano*

España: *Daniel Pereyra*

El comité Editorial está constituido por los miembros del Consejo Editorial residentes en Argentina

Publicado por

© Editorial Tierra del Fuego 1992

Toda correspondencia deberá dirigirse a:

Casilla de Correos N° 167,6-B

C.P. 1406 - Buenos Aires - Argentina

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

PRÓLOGO

Los profundos, sostenidos y casi apocalípticos cambios que han sacudido los cimientos de las sociedades del Este, que abruptamente se condensan en el período 1989-1991, han concluido poniendo en cuestionamiento la perspectiva socialista.

No es este sólo un cuestionamiento a las corrientes ideológicas y políticas que encarnaban las distintas variantes del pensamiento «oficial» nacido en los centros del así llamado «socialismo real», sino que el mismo se extiende también a las distintas corrientes

que se presentaban como alternativas al capitalismo y al estalinismo, alcanzando a las propias bases teóricas del marxismo.

En una suerte de visión fatalista se llega a juzgar la historia -en esta perspectiva Octubre del 17' sería un error-mostrando como un fracaso las rupturas con el capitalismo, sin que se intente demostrar si el origen de estos fracasos está inscripto en el momento mismo de la insurgencia social, en el propio acto político de la ruptura o si por el contrario este se encuentra en las tensiones y cambiantes alternativas, que condicionaron en un contexto internacional hostil, todo su desarrollo posterior.

La falaz identificación que se hace entre estalinismo y socialismo así como el usufructo que la Nomenklatura hiciera de los símbolos, los nombres y

las figuras, no ha hecho más que ocultar la responsabilidad de los regímenes de las burocracias de Estado, de quienes imponiendo sus dogmas no dejaron resquicio para el debate y la discusión, condenando a la teoría a ser letra muerta, aprisionando al marxismo como algo acabado y definitivo.

Paralelamente la orientación general del proceso mundial pareciera colocar en el centro de la escena al mercado y a la competencia poniendo límites o intentando cancelar las ansias de libertad/solidaridad/igualdad... que estuvieron siempre presentes en todo el desarrollo de este milenio, cuestionando así el fundamento mismo de las luchas sociales.

Sin embargo en medio de las penumbras que provocan estos tormentosos cambios no faltan quienes aun en áspera controversia buscan recuperar la savia teórica del marxismo, que con persistencia continúa alimentando las herramientas conceptuales que lo configuran. Confiados en la capacidad removedora de las ideas y posicionados en la perspectiva del socialismo no aceptan que el hombre resulte un simple objeto de la historia sino que están dispuestos a contribuir para que se incerte en ella con fuerza propia.

Esa conquista histórica de la humanidad que es la capacidad crítica es la que está impulsando en numerosas partes del mundo los encuentros, conferencias y debates que discuten las transformaciones actuales, el pasado y las perspectivas de superación de un sistema mundial que ya no es como antes.

Es el caso de los coloquios internacionales organizados por tercer año consecutivo por la revista *Actual Marx* y el *Instituto Italiano para los Estudios Filosóficos* en la Sorbona de París; o el seminario organizado por el Departamento de Historia de la *Universidad de San Pablo* con motivo del 50º aniversario.

sario del asesinato de León Trostky; o en nuestro país el Simposio Internacional «Pasado, Presente y Perspectivas del Socialismo» organizado por la *Facultad de Filosofía y Letras de la UBA* en 1991.

La mayoría de los trabajos que aquí se compilan fueron preparados o enviados para ser presentados en este último evento, algo que por distintas razones no se pudo concretar. Ellos resumen, aún desde perspectivas ideológicas y políticas diferentes, los intentos de recuperación de la tradición teórica y política del marxismo, asumiéndolo como una crítica radical de la sociedad existente, como una teoría para la lucha en la búsqueda de una nueva relación entre esta y la transformación social, de la teoría y la práctica de la democracia.

Sus autores coinciden en revalorizar la potencialidad creadora de la revolución democrática que hoy recorre el mundo y de las perspectivas liberadoras del pensamiento radical que se abren con el derrumbe de la tradición estalinista.

La Liberación de Marx, título de esta ficha temática editada en colaboración con la Facultad de Filosofía y Letras, repone así los contenidos críticos del marxismo como grito de rabia, como afirmación del poder del trabajo, y busca aportar al debate sobre *el futuro del socialismo* y también a recrear las condiciones *del socialismo del futuro*.

Eduardo Lucita

VIGENCIA DE MARX*

Alberto J. Pla

Pensar hoy en y discutir sobre la vigencia del socialismo y de Marx, es reflexionar en diversos planos, ya que por un lado se trata de la crítica más sistemática y completa al sistema capitalista y también de una concepción del mundo y un proyecto de vida como corolario lógico y coherente.

Porque el marxismo es una concepción del mundo que explica sus contradicciones y problemas y propone una vía de solución. ¿Quién puede negar que la historia del capitalismo de por lo menos un siglo y medio es una historia de crisis reiteradas y acumulativas? En este sentido el socialismo mantiene su vigencia por lo que aporta, por lo que ha aportado en este siglo y medio y por lo que propone como alternativa. Conviene reiterar que, a pesar de las maniobras intelectuales de tantos burgueses, nacionalistas y socialdemócratas, estalinismo no fue ni nunca será expresión del marxismo o del socialismo. No se trata de un juego de palabras, sino de contenidos conceptuales.

Socialismo o Comunismo han sido utilizados de manera diversa. Por ejemplo: socialismo como equivalente a la transición o primera fase pos-revolucionaria y comunismo como la sociedad sin clases; pero

*Texto presentado en el simposio Internacional «Pasado, Presente y Perspectivas del Socialismo», Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Octubre 1991.

también se los ha usado como intercambiables. Tomando el «socialismo» de la forma más genérica y abarcadora en cuanto crítica al sistema del capital y como propuesta superadora del mismo, eso nos lleva a la discusión del socialismo como ideología y como método científico en el campo de las ciencias sociales.

Sintéticamente:

a) como crítica al sistema del Capital, no existe obra más demoledora que *El Capital* de Marx;

b) como ideología y asumiendo que la ideología es saber y la política es hacer, es la justificación de la necesidad de no sólo comprender al mundo sino de transformarlo, de acuerdo a la conocida fórmula de las Tesis sobre Feuerbach.

c) como método científico se expresa tanto en el plano de la teoría (epistemología), como en el de la ciencia, a través de la dialéctica materialista y en la elaboración de las categorías analíticas fundamentales.

d) como propuesta superadora se expresa en todo aquello que reiteradamente Marx menciona como comunismo.

Y en esto del comunismo queremos detenernos un poco más ya que en toda la obra de Marx podemos rescatar tres concepciones o usos de lo que denomina comunismo y que muy claramente ha planteado Bernard Chavance en su trabajo:

1) como movimiento hacia...

Dice Marx en *La Ideología Alemana*: «El comunismo no es para nosotros una condición que debe ser realizada; un ideal al cual hay que configurar la realidad. Lo que nosotros llamamos «comunismo» es el *movimiento real* que conduce a abolir las condiciones actuales».

2) como negación de la negación (del capitalismo)...

De la sociedad sin clases (tesis) se pasó a la sociedad de clases (antítesis). la negación de la negación (síntesis dialéctica) plantea lo ineludible de la nueva sociedad, otra vez sin clases, pero de otro nivel. Como todo lo que involucra una síntesis dialéctica se comprende todo lo que queda implicado tanto como superación y como recuperación. Estas ideas están desarrolladas por Marx en los *Grundrisse* y también antes, en la *Miseria de la Filosofía*.

3) como un nuevo tipo de sociedad...

Acerca de la cual en la *Crítica al Programa de Gotha* se pueden encontrar elementos esenciales: sin clases, sin Estado, sin Mercancía, sin comercio, sin asalariados, sin moneda, etc. Y, especialmente sin valor y sin Modo de Producción. Y cuyo contenido genérico se resume en una fórmula sintética: «de cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades». Y es obvio que estamos refiriéndonos a un nuevo tipo de sociedad y no a la transición del capitalismo al comunismo.

Dice Marx (*El Capital*, tomo I): «La vida social... sólo se separará de la aureola mística... el día que se manifiesta la obra de hombres asociados libremente y que actúen concientemente y que sean dueños de su propio movimiento social...». Y en *El Capital* T. III, sitúa el reino de la libertad más allá de la racionalidad económica, afirmando: «La idea de libertad -es decir el reino de lo humano- no comienza sino más allá del reino de la necesidad...» «El hombre libre rechaza someterse a la necesidad».

Continuando con este planteo deberíamos coronar la discusión ubicándonos en el nivel más abstracto del planteo de Marx referido a la alienación, la praxis, el trabajo como praxis alienada y a la recuperación de la actividad libre creadora del hombre (desde la *Ideología Alemana* hasta los *Grundrisse* y en

diversos textos). Y ello es así porque cada una de las partes son constitutivas de una totalidad interactuada, aunque para la discusión debemos ubicarnos fragmentariamente en algunos aspectos.

Buscamos colocarnos en el mundo de hoy y sus problemas. Y lo primero que encontramos es un «uso» o una «utilización» de Marx y de la idea de socialismo que lo deslastra de su contenido esencial, revolucionario, para convertirlo ya sea en adocenados especímenes convivientes con el orden capitalista o, en el otro extremo, en una descalificación global como una idea puramente utópica, sin raíces en la realidad... una pura ilusión en el mejor de los casos.

Ni lo uno ni lo otro. En primer lugar insisto en que dejo de lado la crítica «anti» marxista asumida como pensamiento burgués y capitalista, sino que me estoy refiriendo a argumentos utilizados por ciertos sectores de autotitulados izquierdistas, y a veces hasta de socialistas. Y ni lo uno ni lo otro porque si se apela a Marx para definir una concepción del mundo o definir el sentido de la Historia, pero no se trata o no se toma en consideración la alienación (social), ni el Trabajo, ni la relación Capital/Trabajo, ni la explotación (plusvalía), ni la lucha de clases... lo que se hace es sólo y exclusivamente una caricatura de Marx.

Walter Benjamin escribió en 1922: «Sólo para la causa de los desesperados nos ha sido dada la esperanza». Y hoy y aquí los desesperados somos lo que no podemos ni queremos rescatar los valores de la sociedad del Capital. Y el mismo Benjamin en 1940: «El deseo de romper el *continuum* de la historia pertenece a la clase revolucionaria en el momento de la acción» («Tesis sobre la filosofía de la Historia»), con lo que es casi una glosa de una de las Tesis sobre Feuerbach de Marx.

Pero la lucha revolucionaria es contradictoria; a veces da origen a fanatismos; a veces nos desesperan la ambigüedad y las contradicciones; a veces sufrimos un trágico desarraigo respecto a la vida cotidiana. El desafío de hoy es tomar conciencia crítica.

Frente a la exacerbación de la injusticia social hoy se nos plantea:

1) *comprender*, que es lo mismo que comenzar a *desobedecer*;

2) elaborar una respuesta que se basa en la revuelta, la rebelión, lo contestario, lo revolucionario frente al orden establecido, máxime en la hora del ajuste neoliberal. Toda otra actitud semeja escapismo, claudicación.

Pero la *liberación* no es un acto individual sino un acto social, en la misma medida en que la alienación es un hecho social aunque los individuos resulten los portadores, en una sociedad de clases.

«Vivir para morir es imbécil» escribió Jean Ziegler recientemente. Pero este es el destino del hombre en la sociedad de clases. Rebelarse significa transmutar el pensamiento científico en ideología, en la construcción de *valores sociales*, por los cuales vale la pena vivir la vida y no llevar una existencia imbécil. La conciencia adquirida de los procesos culturales lleva a la formación de ideas sobre el mundo, es decir ideologías, que caracterizan básicamente a las distintas posiciones de clase. La burguesía y el mundo del capital visualiza al mundo a su manera y transmiten su imagen al conjunto de la sociedad. Y por ello son ideología dominante (la de la clase dominante según Marx). Los sectores explotados y oprimidos al servicio de aquella visión del mundo, sólo se empiezan a liberar asumiendo la conflictividad de su existencia con el orden social imperante.

Pero la cultura, lo mismo que la Historia son

procesos acumulativos. Y si la cultura es propia de una época histórica, la ideología por el contrario existe en función de las características clasistas de la sociedad. Así, la historia y la cultura son acumulativas, pero no en un solo sentido, el del «progreso» (lineal y evolucionista) sino de una forma múltiple y contradictoria (dialéctica) ya que hay éxitos y fracasos; creaciones formidables pero también subproductos culturales despreciables.

En el mundo de hoy lo que predomina es el acontecimiento, el suceso. De allí la exaltación de lo fáctico. Hay que ser pragmático para sobrevivir en un mundo que abruma la conciencia. Ahora todo es suceso y se desacreditan los valores.

Dice Patrick Tort: «Los grandes aparatos de influencia (en particular la información, la cultura y la diversión audiovisuales) han comprendido a partir de 1968, qué papel podían desempeñar en la rentabilización de una opinión conmovida por un asalto de conciencia... La proliferación de lo insólito engendra la indiferencia. La banalización del horror, autoexcluyente para el espectador que cree gozar de un perpetuo refugio, hace a la impotencia feliz y tranquila». Allí está ausente cualquier valor compartido. En la percepción del sujeto (el hombre), el mundo se convierte en horror o en juego truculento. Y ello trae como consecuencia dice Ziegler «Una permanente contaminación del alma, un sentimiento de impotencia, la psicosis de la soledad, el rechazo del otro y de la historia. Un velo de luto cae sobre la gente».

Y sigue Ziegler: «El espectáculo permanente de la disfuncionalidad crea en nosotros el ardiente deseo de la ignorancia. Es un deseo poderoso. Muchos sucumben a él y cierran definitivamente el paso al trabajo de la razón». El hombre se convierte en mercancía cuando trabaja en este mundo del capital,

pero se transforma en desecho cuando ya no trabaja. Al margen del circuito impuesto por la clase dominante no se es nada ¿Cómo preservar la belleza, la naturaleza, el medio ambiente, la calidad de vida, en un mundo que la destruye porque esa actitud es inherente al dominio del capital y su endiosamiento de la tasa de ganancia? Cuando prima el mercado y la competencia es ley, la solidaridad social se acaba.

Y contra todo eso se sigue levantando la comprensión del socialismo y su proyecto alternativo.

La recuperación de una preocupación conciente por la liberación del hombre, aun considerado como individuo y no como ser social, es el comienzo para empezar a *re-construir* sobre bases nuevas impuestas por la crisis de la sociedad contemporánea, los principios de solidaridad y los actos de valoración que a través de la «liberación» de la opresión permitan la realización plena del ser humano.

Hoy es una época semejante a 1918: todo se replantea. Hay un paralelismo histórico básico: si la época del surgimiento del imperialismo se puede ubicar con los contenidos de la crisis del sistema hacia 1870 y su respuesta fue el octubre de 1917; ahora con la crisis de los años '80 y la transnacionalización del capital, a lo que se une el estallido del estalinismo que se convirtió en una de las trabas más gigantescas al desarrollo del socialismo, se requiere una nueva respuesta revolucionaria. Pero estamos atrasados ya que en general repetimos viejas fórmulas, en especial en América Latina, y en general la gravedad de la coyuntura adquiere niveles cualitativos que son, en definitiva, nuestro desafío.

Hay experiencias y saldos. Ni el autoritarismo, ni el centralismo burocrático, ni los vacíos criterios de autoridad sirven al socialismo. Pero se ha abierto un nuevo camino que implica una nueva prueba de

fuerza. La alternativa clásica frente al sistema: Socialismo o Barbarie, sigue en pie, ya que no hay soluciones dentro del sistema, aunque todo esto no conlleva a ningún automatismo social o político.

La actualidad de Marx y del socialismo nos lleva, en síntesis a:

a) ubicar el HOY del mundo en crisis:

1) la crisis como mecanismo de recomposición del capital.

2) en la base están los cambios tecnológicos (robótica), aunque en lo esencial estamos en lo mismo: la contraposición entre el mundo del Capital y el mundo del Trabajo.

3) es cierto que el mundo de hoy es distinto al de Marx de hace un siglo, lo que es tomado como pretexto para rescatar a Marx como válido para el siglo XIX, pero perimido para el mundo de hoy como lo hacen algunos supuestos «socialistas». Pero el cambio es de forma y cantidad. La relación obrero (o trabajador) con el instrumento de trabajo; es la misma cualitativamente que la relación obrero-máquina y también obrero-robot, con lo que en definitiva seguimos hablando, como en el siglo XIX del Modo de Producción Capitalista, de la extracción de plusvalía, de la explotación y de privilegiar sobre todos los valores a la tasa de ganancia.

b) Asumir bajo una nueva fuerza el problema de la relación socialismo-estalinismo.

1) el estallido del estalinismo sorprendió por sus formas catastróficas, pero ya Trotsky lo explicó en los años 30'. En lo básico no hay sorpresa, sólo que el estallido demoró más de lo previsto y entonces sus efectos fueron mucho más graves.

2) también al hundirse el modelo de un supuesto socialismo, autoritario, centralista y represivo, que fue hegemónico durante más de medio siglo, pode-

mos decir: resurge la esperanza. La crisis del estalinismo no es el fin del socialismo sino el punto de partida necesario para un recomienzo dialéctico. Es el resurgir de Marx, la liberación de su pensamiento, la reafirmación de lo básico de Trotsky, y la recuperación de un Lenin, por fuera del llamado «leninismo».

La transición al socialismo siempre exigió imponer a Marx al derecho. Y la actualidad del marxismo se refuerza desde el método científico hasta la ideología, y ahora es posible comprobar que hay menos obstáculos ideológicos y políticos para reconstruir una concepción socialista liberadora y revolucionaria.

Si Raymond Williams se manifestaba «Contra el Nuevo Conformismo» y Ralph Milliband «Contra los nuevos revisionistas», que ya no son los de siempre, sino los que siguen diciéndose marxistas para inventar un contrasentido como el de un Marx conviviente con el sistema; a partir de allí el futuro del socialismo exige no repetir los textos clásicos simplemente, sino avanzar en la explicación y en la propuesta.

La vigencia de Marx persistirá mientras persista la alienación, la lucha de clases, la plusvalía y el modo de producción capitalista porque lo más abstracto es coherente y fundamenta lo más pragmático. Por eso, poner a Marx al derecho y continuar su obra en el mundo de hoy es hacer resurgir la esperanza de los desesperados. Y para ello hay que volver a aprender a nadar contra la corriente.

Rosario, Octubre de 1991

Autores citados, excepto Marx

Walter Benjamin. *Tesis sobre la filosofía de la historia*. Texto de 1940.

Bernard Chavance. «La dialectique utopique du capitalisme et du communisme chez Marx». En VV.AA. *Marx en perspective*. Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris, 1985.

Patrick Tort. «Etre marxiste aujourd' hui». Aubier, Paris, 1986.

León Trotsky. *La revolución traicionada*. Texto de 1936.

Jean Ziegler. *La victoria de los vencidos*. Ediciones B., Madrid, 1985.

LA LIBERACIÓN DE MARX

John Holloway

*Al fin Marx se puede mover
libremente en su tumba.*

Eso que ha sido atacado por marxistas por más de setenta años, el «marxismo» soviético, no existe más. Ese «marxismo» peculiar, que usurpó el nombre, que separó al socialismo de la articulación del poder del trabajo, está muerto. El «marxismo» como dogmatismo, como ideología del Estado, como determinismo, como certeza histórica: todo por fin ha caído.

Y con él mucho más caerá también. Mucho del marxismo que llegó a las universidades con la ola de lucha de clases a fines de los sesenta se ha disecado, adoptando como su lema, en un peculiar revertimiento de la última tesis sobre Feuerbach: de lo que se trata no es cambiar al mundo, sino interpretarlo. Hay muy poca duda que mucho de este tipo de teoría se limpiará de sus pretensiones marxistas con la ola triunfalista del anti-marxismo que está acompañando la desintegración de la Unión Soviética.

Lo único que queda es el marxismo, el marxismo como grito de rabia, el marxismo como teoría de lucha, el marxismo de una larga, frecuentemente subterránea tradición de oposición. Al fin queda claro que no hay otra forma de entender al marxismo. Pero eso también está en peligro. No el grito de rabia, no la lucha, sino su articulación marxista.

El grito penetra a través del triunfalismo de los políticos y de la media. La caída del «comunismo» no

hace nada para amortiguar la explotación en el mundo, no hace nada para aliviar la miseria, para reducir la furia y la frustración, para parar las luchas. No hace nada para ayudar a los niños que son matados sistemáticamente en las calles de Brasil o Guatemala por robar para poder sobrevivir. En la medida que el capitalismo llega a ser más terrorista (Panamá, Irák, etc. etc) y en la medida que el imperialismo aparece más monolítico, el grito de rechazo crecerá sin duda más fuerte y más agudo.

La caída del «comunismo» no hace nada para aquietar el grito de un mundo en agonía, el grito de un mundo en lucha. Pero existe un peligro verdadero de que con el colapso del «marxismo», la lucha contra el orden existente tomará formas cada vez más divisivas (religiosas, nacionalistas, incluso fascistas). Estas son formas de lucha que gritan con la rabia del mundo, pero dirigen esa furia no contra los opresores, sino contra otros oprimidos: «rebelión corriendo el camino equivocado, tormenta derrumbando el árbol equivocado»¹. Al dirigir la furia contra los oprimidos tales luchas no solo tienen resultados que son atroces en sí mismos: sino que terminan por confirmar el poder del capital, el poder de los confortables, de esos para quienes la rabia es simplemente irracional.

Por supuesto que no es tan simple: el marxismo tiene profundas raíces en el movimiento de la clase trabajadora, pero ha sido un marxismo influenciado por la tradición del Partido Comunista, una tradición que ahora se ha derrumbado. Demasiado frecuente el marxismo parece irrelevante, o positivamente da-

1. «Rebelión rushing down the wrong road, storm blowing down the wrong tree»: la cita se toma de un poema de Linton Kwesi Johnson, «Five Nights of Bleeding», en el cual describe como las frustraciones de un grupo de jóvenes negros en Londres se expresan en el apuñalamiento de uno de ellos.

ñino a esos en lucha activa. Demasiado frecuente el marxismo es irrelevante y dañino a la lucha, porque es presentado como una teoría de las «condiciones objetivas» de lucha en lugar de ser una teoría de la lucha misma, una teoría que escupe con furia.

Las luchas contra la sociedad existente continuarán ciertamente, pero el futuro del marxismo no está garantizado. Depende mucho de la lucha teórica, en la elaboración clara del marxismo como una teoría de lucha. Decir que el marxismo es una teoría de lucha es decir lo obvio, pero lo obvio ha sido horrorosamente oscurecido por tantos años de dogma soviético y pseudo-sofisticación académica que necesita ser dicho una y otra vez: El marxismo es una teoría de lucha contra el capitalismo, una teoría del grito de rabia, de negatividad, de odio, de anormalidad, incluso de insanidad, de enajenación de un mundo enajenado. Tiene sentido solo en la medida en que actúa como un megáfono para ese, algunas veces articulado, frecuentemente silencioso, siempre discordante grito.

El marxismo es negativo, la articulación teórica del **No**. La negatividad no es un adorno teórico, una dirección dada externamente al análisis de la sociedad: toda la estructura conceptual del marxismo es negativa. El capitalismo es visto a través de lentes negativos, desde el punto de vista de su negación. Conceptualmente esta negatividad es expresada a través de la categoría de *forma*. Es central para el análisis del capitalismo de Marx que los conceptos usados para analizar la sociedad (tales como valor, dinero, estado, etc) son entendidos como modos de existencia de relaciones sociales históricamente transitorios, como *formas* de relaciones sociales. Las relaciones sociales del capitalismo son entendidas desde el punto de vista de su superación, de su

negación. En *El Capital*, Marx distingue su enfoque del de la economía política clásica precisamente en esta base: ya que los economistas clásicos aceptaron a la sociedad capitalista como permanente, ellos no podían entender las categorías como la expresión de formas de relaciones sociales históricamente específicas². Aún a Ricardo, que había analizado al valor y su magnitud en términos del trabajo, la pregunta que fue crucial para Marx, el «¿por qué el trabajo está representado por el valor de su producto?»³, no hubiera tenido sentido. Para la teoría burguesa, (esa teoría que asume la continua existencia de la sociedad capitalista como su marco teórico) los conceptos de valor, mercancía, dinero y capital son importantes, pero el entendimiento Marxista de esos conceptos como forma-valor, forma-mercancía, forma-dinero y forma-capital es literalmente sin sentido. La distinción entre la teoría burguesa y la teoría marxista-

2. «Uno de los defectos fundamentales de la economía política clásica es el no haber conseguido jamás desentrañar del análisis de la mercancía, y más esencialmente del valor de esta, la forma del valor que lo convierte en valor de cambio. Precisamente en la persona de sus mejores representantes, como Adam Smith y Ricardo, estudia la forma del valor como algo perfectamente indiferente o exterior a la propia naturaleza de la mercancía. La razón de esto no está solamente en que el análisis de la magnitud del valor absorbe por completo su atención. La causa es más honda. La forma de valor que reviste el trabajo es la forma más abstracta y, al mismo tiempo, la más general del régimen burgués de producción social y a la par, y por ello mismo, como una modalidad histórica. Por lo tanto, quien vea en ella la forma natural eterna de la producción social, pasará por alto necesariamente lo que hay de específico en la forma del valor y, por consiguiente, en la forma mercancía, que, al desarrollarse conduce a la forma dinero, a la forma capital etc.» (*El Capital* tomo 1, 45).

3. «Pero no se le ha ocurrido preguntarse siquiera por qué este contenido reviste aquella forma, es decir por qué el trabajo toma cuerpo en el valor y por qué la medida del trabajo según el tiempo de su duración se traduce en la magnitud de valor del producto del trabajo.» (*El Capital* tomo 1, 45).

ta es por lo tanto no una distinción externa, sino es expresada en las categorías y en la forma en que son entendidas. Las categorías del marxismo son categorías negativas, no solo en el sentido que expresan un antagonismo contra el capital, sino en el sentido en que el capitalismo es entendido desde la perspectiva del no-capitalismo. El grito de **No** contra el capitalismo, el conocimiento ganado a través de la lucha diaria que eso que el capital describe como blanco y es de hecho negro, encuentra su elaboración teórica en el entendimiento marxista del capitalismo como sociedad negativa.

La teoría burguesa representa a la negatividad como inútil. Es ciertamente vista así por las corrientes principales de las disciplinas académicas. Pero eso no es así. La negación en sí tiene un sentido, aún haciendo abstracción de la posibilidad de un resultado positivo, de una negación de la negación. En una sociedad opresiva el simple grito de rechazo tiene sentido. En una sociedad deshumanizante, la única reacción humana es negar. El dar una expresión verbal o una elaboración teórica a esa negación no necesita justificación. Aún si el grito fuera totalmente aislado, aún así tendría sentido. Pero por supuesto no está aislado: la articulación teórica es solo parte de un discordante grito colectivo, la expresión de todas esas luchas (abiertas o no) en el mundo contra el orden existente. A través de estas luchas, se crean formas de relaciones sociales muy diferentes de los patrones de dominación actuales, prefiguraciones posibles de una sociedad no opresiva. En este sentido la lucha negativa contra lo que existe tiene un lado muy positivo; pero la constitución de estas premoniciones de una nueva sociedad se establece a través de la negación de lo que es: el punto de partida es el rechazo.

La teoría marxista no es la única teoría que parte del rechazo. Existen otras formas de crítica radical a la sociedad existente. Pero las otras teorías siguen su negación nada más la mitad del camino: no en el sentido de que su crítica a la sociedad sea tibia, sino en el sentido de que sus críticas se caracterizan por un dualismo, por una externalidad entre el **No** de la lucha y el **Si** del orden existente. La lucha enfrenta el sistema de dominación (capitalismo, patriarquía, etc) como una fuerza externa: la lucha es constante y necesaria, pero es una lucha contra un objeto inmovible, «nosotros» contra «ellos».

La diferencia entre el marxismo y otras teorías del cambio radical es que el marxismo lleva la negatividad hasta el fondo. Interpreta a la sociedad entera en términos de la fuerza que niega esta sociedad, el poder del trabajo. Esto es lo que lo hace tan poderoso como teoría del cambio revolucionario. Para el marxismo los «ellos» que dominan no son externos a «nosotros» que somos dominados. El capital no es nada más que trabajo enajenado. El grito del marxismo es un grito prometéico: somos todo, no existen ni dioses ni fuerzas sobrehumanas. Las personas son los únicos creadores, es el trabajo y nada más el trabajo lo que constituye la realidad social. No existe ninguna fuerza externa, nuestro propio poder no enfrenta a nada más que nuestro propio poder, aunque sea en forma enajenada. El dinero, ese dios incomprensible que domina nuestro mundo social, no es nada más que el producto enajenado del trabajo. A pesar del trabajo de tantos economistas, la teoría del valor trabajo sigue siendo antes de todo la afirmación del poder de la creación humana.

Se olvida muchas veces que el marxismo no es simplemente un grito de rabia sino al mismo tiempo un grito de poder. Muchas veces, el análisis marxista

se entiende como la confirmación científica (y por lo tanto la justificación) de nuestra conciencia de estar oprimidos, y no como la afirmación de nuestro poder. Demasiado frecuente, el marxismo es presentado como una teoría de la opresión capitalista, cuando de hecho es una teoría de la fragilidad de esa opresión. Y la fragilidad de esa opresión yace finalmente en el hecho de que el capital siendo no otra cosa mas que trabajo enajenado, depende absolutamente del trabajo (y de su enajenación) para su existencia. El capital es forzado a una constante fuga hacia adelante para tratar de escapar de su propia dependencia. Pero no hay escape, solo transformación. El constante revolucionar de la producción a través de la innovación tecnológica, por ejemplo, no libera al capital de su dependencia, sino solamente cambia su forma. El poder del trabajo aparece aquí en al menos dos formas. Por un lado, aparece no solo como logro tecnológico, sino como una contradicción (como en la llamada «crisis del software», que plaga el desarrollo de la automatización). Por otro lado, la dependencia del capital del trabajo también se impone en el aumento de los costos de explotación que implica la innovación tecnológica (lo que Marx llamó el aumento en la composición orgánica del capital) y en la consecuente tendencia hacia la baja de la tasa de ganancia. El poder del trabajo se impone, pero en una forma que no se reconoce fácilmente como tal: el poder del trabajo aparece como crisis tecnológica, baja de ganancias, o restricciones monetarias. El poder del trabajo resuena dentro del capital mismo, donde se percibe en forma enajenada, fetichizada, como contradicción.

Es esta noción de la resonancia del poder del trabajo dentro del capital como contradicción que hace del marxismo una conceptualización tan pode-

rosa de la lucha. Para que este poder se realice, por lo tanto, es necesario superar los conceptos dualistas que separan a la lucha del movimiento del capital. Mucho del análisis marxista en el pasado se ha centrado en las «contradicciones objetivas» del capitalismo, o en las «leyes objetivas del desarrollo capitalista». En relación a luchas particulares, los marxistas han pretendido muchas veces analizar las «condiciones objetivas de la lucha»: y al hacerlo, han adoptado una posición separada de, e incluso antagónica hacia aquellos involucrados activamente en la lucha misma. Pero no existen «condiciones objetivas» de lucha: la sociedad es un mundo de lucha, y no existe nada externo a él. Las llamadas «condiciones objetivas» son simplemente la interrelación entre los diferentes momentos de lucha. De la misma manera, no existen ningunas «contradicciones objetivas», ni «leyes objetivas del desarrollo capitalista»: simplemente los ritmos de lucha que resultan de la forma de la explotación bajo el capitalismo (la producción de la plusvalía) y que aparecen en forma fetichizada como «contradicción objetiva», «ley objetiva» etc. Lo que el marxismo puede aportar como momento de la lucha de clases no es el análisis de «situaciones objetivas», como tantas veces se ha hecho en el pasado, sino la desfetichización de estas «situaciones objetivas», mostrando que son nada más que la expresión fetichizada del poder del trabajo.

El marxismo como grito de rabia, el marxismo como teoría de lucha, el marxismo como afirmación del poder del trabajo: todo esto implica que el marxismo es una teoría de la incertidumbre. Si el mundo se entiende como lucha, entonces no hay lugar para un determinismo de cualquier tipo. La lucha, por definición, es incierta y abierta, y las categorías que la conceptualizan tienen que ser entendidas como

abiertas también ⁴. No puede haber un concepto de la necesidad histórica, ni ninguna sugerencia de la inevitable victoria final del socialismo. En el pasado, la idea de la inevitabilidad del derrumbe del capitalismo y de la victoria del socialismo fue vista por muchos como respaldo necesario para la lucha de la clase trabajadora. Pero semejante idea es incompatible con la incertidumbre y la apertura inherentes en el concepto de lucha. Como dijo Adorno después de la experiencia del fascismo, y no es posible (si alguna vez lo fue) pensar en una uniforme progresión dialéctica terminando con el comunismo como resolución del conflicto, la negación inevitable de la negación. Podemos entender a la dialéctica solo como dialéctica negativa, sin ninguna síntesis segura. No hay ninguna certidumbre en el marxismo: su única pretensión a la verdad es la fuerza de su ataque a la no-verdad. Esto lleva quizás a una vertiginosa visión del mundo (cf. Adorno 1990, 31), pero la vertiginosidad yace no en la visión sino en la realidad de un mundo lanzado quien sabe adonde.

Marx está libre, pero nada más que potencialmente. El sistema de dominación que lo tenía en cadenas, y que sembró tanta confusión en las luchas de oposición en todo el mundo, se ha derrumbado. Con él, un elemento extremadamente importante del sistema internacional de la dominación capitalista se ha caído, dejando un hoyo enorme e impredecible en la textura del dominio capitalista mundial. Una parte muy importante de lucha del capital para reparar este hoyo es presentar el derrumbe de la Unión Soviética como el fracaso del marxismo, presentar la

4. Para una discusión del «marxismo abierto», ver los dos tomos coordinados por Bonefeld, Gunn y Psychopedis, *Open Marxism* Pluto Press, Londres, 1992.

crisis de la dominación como crisis de la lucha contra la dominación. Si ellos logran enterrar al marxismo o si nosotros logramos liberarlo, depende de nuestras luchas teóricas ahora, de nuestra capacidad de desarrollar al marxismo como la articulación más poderosa del grito de un mundo en lucha.

Referencias

- T. Adorno -*Negative Dialectics*, Routledge, Londres, 1990
W. Bonefeld, R. Gunn, K. Psychopedis (coord) -*Open Marxism*, Pluto Press, Londres, 1992
L. K. Johnson -*Dread Beat and Blood*, Bogle L'Ouverture Publications, Londres, 1975
K. Marx -*El Capital*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987

SER MARXISTA HOY

Michel Pablo

¿Qué significa ser un marxista revolucionario? Daré mi respuesta personal que puede no ser válida para todos aquellos que se reclaman del marxismo revolucionario.

Bajo el efecto de una formidable ofensiva multi-forme de la burguesía y de todas las fuerzas conservadoras o directamente reaccionarias de este mundo, la falange de los marxistas revolucionarios se estrecha y tiene dificultad para mantenerse y sobre todo para defenderse adecuadamente. En mi opinión, es esta «una travesía del desierto» coyuntural, pasajera. Las razones son múltiples y volveré sobre ellas.

Pero volvamos a mi caso personal. ¿Por qué soy marxista revolucionario? Hay que comenzar por el término revolucionario. Ser revolucionario significa para sí haber optado por una actitud ética y filosófica del individuo ubicado en el mundo concreto actual. Se llega a revolucionario, es decir, partidario de un cambio social radical, tomando conciencia de la realidad del mundo donde vivimos, del mundo inaceptable donde vivimos.

Creo que el hombre tiene una inclinación hacia la superación perpetua de sí mismo, hacia un absoluto. Esta inclinación ante todo de orden ético no podría ser satisfecha, por el espectáculo de un mundo actual en el cual de manera evidente -aún siendo

* Traducción del francés a cargo de Angel Fanjul.

poco atento y crítico- reúna una explotación y una opresión multiforme del hombre por el hombre en síntesis, un orden social inaceptable. Se comienza por rechazar éticamente este mundo, a querer cambiarlo y cambiarlo radicalmente.

Se inscribe así en la actitud y el comportamiento de un revolucionario. Pues ser revolucionario no es sufrir pasivamente la realidad social, sino resistirla activamente.

Se la resiste tanto mejor cuando por una formación filosófica y teórica se llega a fundar sobre bases más sólidas el rechazo ético de la realidad del mundo, llegando a comprender las razones profundas de este estado de cosas apropiándose de los medios para superar esta situación. El pensamiento teórico crítico ayudado por la imaginación creadora puede contribuir a este acto liberador del individuo sublevado y transformarlo en un revolucionario conciente y estable.

Considero como falso problema la discusión que ha tenido lugar entre los marxistas y en otras corrientes revolucionarias de saber, por ejemplo, si Marx en su trayectoria fue motivado por razones éticas y filosóficas o directamente «científicas». Pues esto cuestiona si hubo en un momento una «ruptura» brutal que transformó un pensamiento inbuído de consideraciones éticas y filosóficas en pensamiento «epistemológico».

Rechazo esta cuestión pues para mí es evidente que un intelectual se ocupa de lo social, es decir de la sociedad y del hombre social, tiene tendencia a transformarse en revolucionario empujado en primer lugar por la percepción que él tiene del espectáculo inaceptable de este mundo, sin perjuicio de fundar después sobre bases más «racionales» y «científicas» la crítica y la superación de esta sociedad.

La sociología revolucionaria implica necesariamente una dimensión ética tanto por la constatación del estado social actual, cuanto por su tendencia legítima a querer superar ese estado.

La llamada sociología «objetiva» es en el fondo una toma de posición que o bien esquivo la profunda realidad actual o bien se contenta con analizar «estructuras» parciales secundarias de lo social; a los cuales abusivamente atribuye una importancia muy exagerada tanto en la historia como en el presente de la sociedad humana.

Se llega, en consecuencia, a ser revolucionario, por ética y se estabiliza en esta posición por el pensamiento filosófico, teórico, crítico e imaginativo. Esto permite no solamente comprender el por qué del hecho social, sino también esbozar los medios para superarlos. Es aquí que aparece el papel del marxismo. Ubico el marxismo en la serie de tres descubrimientos fundamentales del siglo XIX que han desmistificado respectivamente el hecho biológico, social y psicológico del hombre; las obras de Darwin, de Marx, de Freud. Lo esencial en estos dominios -origen biológico, realidad social, conocimiento íntimo del hombre- ha sido dicho por estos tres grandes pensadores, independientemente de sus limitaciones históricas inevitables y de los progresos alcanzados después por las ciencias.

Todas las tentativas en apariencia muy «científicas» hechas actualmente por algunos para relegar estos pensadores y particularmente a Marx, a los «archivos de la historia», superarlos y aún directamente anularlos, forman parte, en mi opinión, de la gigantesca ofensiva ideológica de las fuerzas de conservación de este mundo, sean o no concientes de su objetivo.

Pues, no se trata de defender la totalidad del

pensamiento de estos hombres, tal como fueron expresadas en sus escritos sucesivos, ni pretender que este pensamiento ha resuelto todo, ha cubierto todo. Tal concepción de «pensador héroe» no tiene nada que ver con el marxismo de Marx.

Cada pensador, aún el más «genial» aprehende ciertos aspectos de lo real infinito en su complejidad y riqueza, que luego hay que completar constantemente. Pero si este pensador ha llegado a tomar los aspectos importantes de lo real, del fenómeno, y de la «cosa en sí» que nos permiten ver mejor esta realidad y es, en consecuencia, capaz de actuar sobre ella más eficazmente, ha cumplido lo esencial de lo que se puede esperar de un hombre de su tipo.

El marxista puede comprender que ningún pensamiento es capaz de captar la totalidad de lo real y que el «marxismo» es en el fondo una teoría y un «método científico» experimental aplicado en el estudio del hecho social de masas con vistas a transformarlo. El hecho social de masas es un objetivo científico que no puede ser examinado de la misma forma que los objetos de las llamadas «ciencias exactas», de la naturaleza, actualmente basadas cada vez más sobre la teorización matemática. El hecho social es por su naturaleza móvil en el tiempo y complejo en su estructura. Por otra parte está influenciado por su observador, su cultura, su contexto social histórico preciso, que determina entre otros, una óptica ética y filosófica de este sujeto.

Pero una vez admitidas todas estas características y limitaciones de enfoque «científico» del hecho social, no podríamos, sin embargo, minimizar la enorme eficacia práctica del razonamiento y de la metodología marxista con el objeto de desmistificar el hecho social de masas, conocerlo mejor y de ser así capaz de transformarlo.

El criterio de todo conocimiento y método concerniente a lo real, como lo afirma el marxismo, la praxis. La praxis que nutre constantemente el conocimiento, la teoría, el método y que contrasta permanentemente su eficacia relativa, pero real.

Desde este punto de vista no encuentra ninguna razón suficiente para rechazar la concepción real del «materialismo dialéctico» que constituye la base filosófica del marxismo.

Según esta concepción, en mi opinión perfectamente válida, hay una realidad exterior al ego, al ser pensante del hombre, y que siendo muy compleja, puede ser progresivamente conocida por el hombre gracias a la totalidad de sus capacidades, sentidos, razón, facultades psíquicas diversas, descubiertas sobre todo por Freud.

Cuando decimos que esta realidad exterior compleja puede ser progresivamente conocida, queremos decir, que el proceso del conocimiento es infinito, no se detiene jamás y que ciertamente, el conocimiento es siempre históricamente limitado.

Pero es al mismo tiempo real, pues nos permite actuar con una eficacia creciente sobre esta realidad exterior y transformarla en un sentido conforme a nuestros deseos y necesidades.

Constituye pues una toma de posición real, aunque siempre limitada, sobre la «cosa en sí» de la filosofía idealista.

Está de moda hoy relativamente al extremo el conocimiento científico de la realidad exterior y hasta hacer revivir el deísmo bajo toda clase de formas nuevas. Está a la moda asaltar la «causalidad», el «determinismo», las leyes y otros conceptos elaborados por la ciencia para hacer progresar el conocimiento de la realidad exterior.

Nuevos conceptos aparecen como los del «desor-

den», «autonomía», «autorganización», etc. propuestos por científicos como Illia Prigogine u otros que insisten, por una parte, sobre la complejidad de lo real y por otra sobre la relatividad de su conocimiento.

Pero un marxista sostenedor del «materialismo dialéctico» está perfectamente preparado para aceptar cualquier nueva definición sobre la materia, cualquier nuevo progreso en su complejidad, cualquier nueva relatividad de nuestros conocimientos que conciernen a estos problemas.

Esto no significa sin embargo que sea necesario llegar a la conclusión que estos conocimientos no constituyen un progreso en nuestra eficacia sobre el mundo exterior, eficacia puesta a prueba en la praxis, ni que sea necesario recurrir a factores de orden metafísico para progresar más en esta dirección. Por ejemplo, la idea de que el «determinismo» no es más válido cuando se aleja del equilibrio, que las leyes de la naturaleza son universales cerca de aquél, pero específicas si uno se aleja de aquél, influenciadas por el observador, que tomando en «la irreversibilidad» del tiempo y la complejidad del contexto no pueden jamás repetir en las mismas condiciones una experiencia, etc..., estas ideas no significan de ningún modo para un marxista, materialista, dialéctico un cuestionamiento de la eficacia del ser humano, capaz por el conjunto de sus facultades de progresar en el conocimiento práctico de lo real. Ellas significan simplemente que la complejidad de lo real obliga al hombre a relativizar cada vez más sus certidumbres y a utilizar nuevos conceptos, para progresar en el conocimiento. Lo que es exacto, es que no se puede tomar ningún concepto de la materia o de la realidad como definitivo, ninguna conducta del pensamiento del hombre como definitivo en su esfuerzo de profundizar lo real. Es, en realidad, la falta de un enfoque

materialista dialéctico de la realidad lo que siembra el desaliento en muchos espíritus, científicos o no, desde el momento que ellos pierden sus certidumbre de orden rígido, mecánico, dogmático o francamente metafísico, ante la complejidad de lo real y la relatividad histórica de conocimiento humano.

Un marxista puede perfectamente comprender la necesidad absoluta de seguir el desarrollo de las ciencias de la naturaleza, de tomar en cuenta sus progresos reales, de incorporar aquéllos en sus conocimientos, su metodología, y su argumentación y ser así capaz de dialogar con los adversarios, conscientes o inconscientes, del marxismo.

El hecho de que los marxistas hayan tenido que ocuparse durante largo tiempo de «la actualidad de la revolución», ha valido hasta después de la 2^a guerra mundial, el hecho de la degeneración reformista o burocrática del movimiento obrero que se reclama del marxismo, y más particularmente de la degeneración burocrática de la URSS ha contribuido a que el marxismo ha descuidado el combate ideológico en los niveles científico y filosófico.

Es hora que este retardo, muy perjudicial al marxismo, sea superado.

Un marxista revolucionario es filosóficamente sostenedor del «materialismo dialéctico» política y socialmente del «materialismo histórico».

Este último concepto tiene necesidad igualmente de ser clarificado y defendido ante el asalto de ideologías neoburguesas conservadoras o francamente reaccionarias.

Se acusa al marxismo de «economicismo vulgar», de «determinismo histórico» derivado de una simple ideología predeterminada, de una concepción incluso «totalitaria» de la sociedad.

Para emplear un lenguaje «modernista», me voy a

referir al concepto de moda, de origen matemático, de «estructura», es decir un conjunto de elementos dotados de un cierto número de calificaciones que permiten definir qué operaciones son posibles sobre estos elementos. Estructuras por ejemplo, de la lengua, estructuras del parentezco, caras a Levis-Strauss, estructuras trifuncionales del historiador francés Georges Duzemil, etc...

Se trata cada vez de minimizar la explicación del proceso histórico de lo social, por la referencia primordial a la «estructura económica», es decir, al capital que juega la manera en la cual los hombres producen y reproducen su vida material en cada etapa histórica.

Que las relaciones sociales no son solamente determinadas por este factor, ningún marxista fiel al pensamiento y a la metodología de Marx pensará negarlo.

Pero no se debe exagerar más la importancia de los signos lingüísticos, o de las estructuras de parentezco, de los mitos, de las ideologías, para descifrar y explicar el devenir histórico y su complejidad, en detrimento de lo «económico» es decir la manera en que los hombres, en cada época, resuelven la cuestión de su vida material, de las fuerzas productivas que ellos utilizan, de la división del trabajo que establecen, en las relaciones que corresponden entre dirigentes y dirigidos (las relaciones sociales) de su influencia sobre el Estado y la ideología. Actuar así sería reducir la determinación decisiva del complejo total a las especificidades de lo parcial, como en el dominio de la comprensión de la naturaleza por el aporte de todos los nuevos descubrimientos de las ciencias, concernientes a la «materia», sus «estructuras» y sus comportamientos «deterministas», o «probabilistas», etc...

Un marxista debe comprender muy bien la influencia de tal o cual «estructura», de tal o cual factor de orden por ejemplo religioso, cultural, ideológico, sobre la evolución de la sociedad humana, y tenerlo en cuenta cuando se trata de describir y de explicar una situación histórica dada. No se puede evidentemente reducir todo simplemente a lo «económico», pero quitar a este último su influencia decisiva en la formación y la evolución del hecho social de masas, es hacer obra de mistificación «anticientífica».

Verdaderamente, se puede comprender mejor a las sociedades primitivas refiriéndose solamente al hecho religioso o a las estructuras de parentesco o a los hitos, sin poner a luz los fundamentos económicos de esas sociedades y las fuerzas productivas de que ellas disponen, la división del trabajo y las bases que resulten de ella, así como la relación social global entre dirigentes y dirigidos.

Para las sociedades más modernas, esclavistas tardías, feudales y capitalistas, la respuesta es más fácil y aún evidente. Pero incluso en esos casos, se incrimina al marxismo un reduccionismo económico simplificador.

Sin embargo los marxistas que han sabido utilizar el instrumento gnoseológico y metodológico del marxismo con talento e ingeniosidad han podido dar, en obras como **«El 18 Brumario de Luis Napoleón Bonaparte»** (Marx) o **«La historia de la revolución rusa»** (Trotsky), frescos históricos de una gran riqueza que no se reducen en absoluto a lo económico.

Decir, en fin, que el marxismo es una «ideología totalitaria», con el pretexto de que constituye, por ejemplo, la «religión» oficial de los Estados burocráticos del Este, es como si se quiere hacer responsable al cristianismo primitivo de la Inquisición, o a Nietzsche del nazismo. Las ideas, las doctrinas, una vez

elaboradas y lanzadas a la sociedad y al torrente de la historia, corren el riesgo de ser acaparadas por fuerzas sociales y políticas diversas que las utilizan para sus propios intereses.

El marxismo, teoría científica experimental, aplicado a los hechos sociales de masas, alimentado de la experiencia social total, (puesto a prueba) en la praxis, es una teoría altamente crítica. Este carácter crítico se aplica a ella misma, a su propia historia y a sus peripecias, a partir del momento que es acaparada por las fuerzas vivas, contradictorias, de la sociedad.

¿Se puede olvidar que toda la obra de Marx está orientada hacia dos fines: la supresión de la explotación del trabajo humano por el capital, y la abolición del Estado?

¿Se puede olvidar que el objetivo final es la reacción del condiciones propicias al desarrollo pleno del individuo social? Este combate de Marx debe continuar librándose.

Pues a pesar de los progresos, por otra parte coyunturales, de la democracia política en algunos países del mundo y a pesar del enriquecimiento incuestionable de la sociedad, ésta continúa muy dividida, tanto en su «centro» como en su «periferia» entre explotadores y explotados, entre opresores y oprimidos. Jamás se ha conocido una concentración tal de la riqueza, y del poder por una minoría, ni una masa inmensa de productores y de ciudadanos excluidos prácticamente del bienestar y de la posibilidad de dirigir democráticamente la sociedad en la cual trabajan y viven.

¿Cuál es, pues, concretamente, aún sumariamente, la situación actual del mundo?

Los países avanzados de Occidente aprisionados por el engranaje de la interminable crisis general y

económica de un sistema capitalista, están en vías de producir una sociedad «dual».

Es decir, una sociedad en la cual, parte de la población vive bien, algunos aún muy bien, con empleos estables bien remunerados, desempleados en condiciones confortables, mientras que otra parte es condenada a la desocupación estructural o al trabajo inestable, temporario.

Cuanto más la sociedad capitalista se sumerge en la fase caracterizada por la maquinaria generalizada que expulsa el trabajo individual del hombre y la reemplaza por sistemas de producción automatizados, más se desarrolla esta sociedad dual, incluso en las metrópolis.

Esta sociedad, por otra parte, está sumergida en el inmenso océano del tercer mundo donde las relaciones entre privilegiados y masa sin trabajo o pauperizadas es diametralmente opuesta a las relaciones existentes en las metrópolis.

En cuanto al poder, jamás ha sido tanto el privilegio de círculos muy restringidos, cerrados, que controlan la riqueza, su distribución, las armas, el medio ambiente, la cultura otorgada a las masas, la paz, la guerra, los destinos de nuestro mundo, amenazado con las peores catástrofes, como sería la guerra atómica, o un deterioro aún más grave del medio ambiente.

Cierto, la situación no es mejor en el Este, donde reinó el poder, también incontrolado de la burocracia de Estado.

El combate liberador de Marx debe pues librarse en todas partes. Este combate debe tender actualmente a instaurar una verdadera sociedad mundial democrática, gestionada por los productores y los ciudadanos y cuyas condiciones materiales y humanas existen por primera vez en la historia.

Pues las nuevas fuerzas productivas permiten que el tiempo de trabajo socialmente necesario sea reducido a un mínimo, lo que aumentaría el tiempo libre, condición del desarrollo completo del individuo social.

Al mismo tiempo, estas nuevas fuerzas productivas de la maquinaria automatizada generalizada implican un desarrollo creciente de la calificación profesional y cultural general de los trabajadores y ciudadanos.

Ha llegado pues, el tiempo histórico que permite avizorar la instauración de la República mundial autogestionada, que es el contenido concreto y único del término «socialismo» en nuestra época.

El combate por esta República autogestionada será librado en los países capitalistas avanzados, no por la vieja alianza proletarios-campesinos, sino por la de los trabajadores tradicionales, capas nuevas de trabajadores y por adherentes a los nuevos movimientos sociales como el de la mujer, o por otras categorías de opresión sexual o nacional.

Pues la República Autogestionada será el resultado de una revolución, es decir, de una transformación social más profunda, más rica, que la revolución estrictamente de «clase», aboliendo todas las formas de explotación y de opresión. La República Autogestionada se sitúa más allá (al mismo tiempo que la engloba) de la república de consejos, de soviets que se correspondían a una época donde la escena revolucionaria estaba dominada por el papel del proletariado tradicional.

La República Autogestionada corresponde a otro nivel de socialismo de la producción y de los servicios, y de la cultura general de la sociedad. Será pues, administrada por órganos sociales, colectivos, integrados, tanto en el plano de la producción y de los servicios, como de la política.

¿Se trata aún de una entretenida utopía, o bien de una solución social que surge del análisis teórico crítico, ayudado por la imaginación, de la realidad actual y de la praxis revolucionaria de masas?

Nos pronunciamos firmemente por esta segunda respuesta: los hombres, como lo afirmaba Marx sufren, pero crean también su historia. Un marxista revolucionario está persuadido que las condiciones actuales concretas del mundo, tal como las analiza y las comprende, conducirán a los hombres a buscar una salida en dirección de la república Autogestionada mundial.

La permanencia de una falange de marxistas revolucionarios en el movimiento político social global y radical contemporáneo es una prueba de ello, representan en efecto, siempre la conciencia más aguda de la necesidad del cambio social radical, de la voluntad del hombre de actuar resueltamente en esta dirección.

¿HA MUERTO EL COMUNISMO?*

Michael Löwy

1) No puede uno morir antes de haber nacido. El comunismo no ha muerto por la sencilla razón de que todavía no ha nacido. Lo mismo vale para el socialismo. Aquello que los medios occidentales denominaban «Los estados comunistas» y la ideología oficial de los países del este «el socialismo real» no se trataba, en verdad, de una cosa ni de la otra. En el mejor de los casos, podía considerárselos como un conjunto de sociedades no-capitalistas en el cual la propiedad privada de los principales medios de producción fue abolida. Pero estos países se encontraban, por cierto, muy lejos del *socialismo* (es decir, de una sociedad en la cual los productores asociados son los que dirigen el proceso de producción; de una sociedad basada en la más amplia democracia política, social y económica; de una sociedad liberada de toda forma de explotación y opresión sexual, étnica y de clase). Cualesquiera hayan sido sus logros o fracasos económicos y sociales, estas sociedades «reales» se asentaban sobre una falencia básica común: la carencia de democracia, la exclusión de los trabajadores y de la sociedad en su conjunto de cualquier participación real respecto del poder político.

Los derechos democráticos (libertad de expresión y de organización, el sufragio universal, el pluralismo político) no son «instituciones burguesas»

* Traducción del inglés a cargo de Daniel Labontá

sino conquistas duramente ganadas por el movimiento trabajador. Su restricción en nombre del socialismo conduce al despotismo burocrático. Como Rosa Luxemburgo (que apoyó activamente a la Revolución de Octubre) había ya advertido en su crítica fraterna a los bolcheviques en 1918: «Sin elecciones generales, sin una lucha franca y abierta entre las distintas posiciones, la vida en toda institución pública se extingue, transformándose en una simple apariencia de vida, en la que únicamente la burocracia se conserva como principio activo». Aunque algunos aspectos de pluralismo y de democracia de los trabajadores existieron durante el período 1918/23, fueron tomándose progresivamente medidas crecientemente autoritarias. Este error -junto con la dramática situación objetiva de la URSS en dicho período: el atraso, la guerra civil, la hambruna, la intervención extranjera- creó las condiciones favorables para un crecimiento perverso de la burocracia que, bajo la forma del estalinismo, destruyó al Partido Bolchevique y su liderazgo histórico.

2) Aquello que los medios conservadores y liberales denominan «la muerte del comunismo» se trata en verdad de la crisis (y en algunos países de la descomposición) del sistema burocrático y autoritario de desarrollo industrial no-capitalista, surgido del modelo estalinista impuesto en la URSS en las décadas de los '20 y '30 sobre las cenizas de la Revolución de Octubre. Un modelo que había sido ya entonces criticado y rechazado en nombre del marxismo por toda una generación de revolucionarios, entre los que se encontraban León Trotsky, Christian Rakovsky, Isaac Deutscher, Abraham Leon, Heinrich Brandler, Willy Muenzenberg, Victor Serge, André Breton, Max Schachtman y C. L. R. James.

Aquello que se encuentra moribundo y muere en

Europa del este y la URSS no es «el comunismo» sino su caricatura burocrática: el monopolio del poder por parte de la *nomenklatura*, la dictadura sobre las necesidades, la economía dirigida. La principal excepción a esta tendencia general es, hasta el momento, China, en donde el viejo sistema (regido por una elite gerontocrático-militar bajo el liderazgo de ese gran amigo de EE. UU. y promotor de la «modernización económica» Deng-Xiao-Ping) pudo aplastar sangrientamente (pero ¿por cuanto tiempo?) el masivo movimiento democrático de la juventud y los estudiantes.

3) Esta crisis se desarrolla también, bajo una forma más evidente, en la URSS. Después de varias décadas de inmovilismo y estancamiento burocrático un vigoroso proceso de demolición de la herencia estalinista fue llevándose a cabo. La fuerza que impulsó este proceso se encontraba en la dialéctica entre las reformas desde arriba -promovidas por Mikhail Gorbachov y sus colaboradores- y las reformas desde abajo impulsadas por el movimiento democrático (los Frentes Populares, los grupos reformistas, ecologistas y socialistas, la movilización de las naciones periféricas).

La política de reformas implementada por el sector que lideraba en la URSS posee una naturaleza doble que combinaba:

a) Una destacable apertura política (*glasnost*), con una restructuración económica orientada hacia el mercado (*perestroika*) que pone en peligro algunos derechos tradicionales de los trabajadores; b) Algunas iniciativas muy ciertas en favor del desarme nuclear, con una sustancial reducción de la ayuda a las revoluciones del Tercer Mundo (particularmente en América Central).

4) En la lucha política y social que se está desa-

rollando en la URSS y en el resto de las sociedades no-capitalistas (tanto en el interior de la nomenklatura como en la sociedad civil) existe una confrontación entre algunas alternativas que buscan, todas ellas, una vía de salida del modelo estalinista: I) La conservación del sistema político autoritario (es decir, la dictadura burocrática) combinada con reformas significativas orientadas hacia el mercado. El modelo de Deng-Xiao-Ping. II) La relativa democratización de las estructuras políticas y la introducción en la gestión económica de mecanismos de mercado. Los casos de la URSS, Bulgaria y Rumanía. III) Una democratización acorde con el modelo occidental y la generalización de la economía de mercado (es decir, la restauración lisa y llana del capitalismo). Prácticamente consumada en la República Democrática Alemana y probablemente, en poco tiempo más? en Hungría, Polonia y la URSS. IV) La total democratización del poder político y una planificación democrático-socialista de la economía. El programa de los sindicalistas revolucionarios y de los disidentes socialistas. Hasta el momento no implementado en lugar alguno.

5) En relación con el resultado de esta lucha no hay mucho lugar para el optimismo, al menos en el corto plazo. En la mayoría de los países de Europa del Este los movimientos revolucionarios que luchan por la alternativa democrático-socialista o declaran públicamente alguna vinculación con la tradición marxista han sido derrotados (aun cuando hubieran sido firmes antagonistas del régimen burocrático). ¿Cómo puede explicarse este retroceso? Junto con razones que son específicas de cada país, existe un elemento que se mantiene en común: durante cuarenta años el socialismo y el marxismo han sido identificados al sistema burocrático estalinista. Este

ha sido el único punto de acuerdo entre los propagandistas de los países del este y sus rivales occidentales, entre Radio Praga y Radio Europa Libre: estas sociedades son socialistas; sus líderes (los Rakosis, los Kadars, los Ulbrichts, los Honneckers, los Gomulkas y los Jaruszelskis) implementan políticas socialistas. Enfrentados con tan formidable y unánime consenso, ¿qué paso podría haber tenido la opinión de un pequeño grupo de disidentes marxistas?

La propaganda occidental está tratando de explotar, por supuesto, la situación de acuerdo a sus propios fines. Nadie podría soñar con hacer responsable a Descartes de las guerras coloniales de Francia; ni tampoco culpable a Jesús de la Inquisición; menos aún a Thomas Jefferson de la invasión de EE.UU. a Vietnam. Sin embargo, si se escuchara el ruido de los medios durante estos últimos meses habría que concluir, necesariamente, que ha sido Marx quien construyó el muro de Berlín y quien también designó a Ceausescu como líder del P.C. rumano...

6) No existe razón alguna para aceptar el argumento -presentado como una suerte de verdad autoevidente por el coro unánime de los economistas del establishment, los ideólogos neoliberales, los líderes políticos occidentales, y la mayor parte del periodismo- de que la economía de mercado, el capitalismo, el sistema de beneficio es la única alternativa posible frente al fracaso de la economía dirigida totalitaria que existía en los países no-capitalistas. Un sistema en el cual un pequeño grupo de tecnócratas (por otra parte, incompetentes) decidía aquello que debía hacerse con la economía e imponía despóticamente sus decisiones a la sociedad. *Tertium datur*: existe otro camino, el de la planificación democrática de la economía por la sociedad misma, en el cual la gente decida por sí misma luego de un

debate pluralista y abierto, las principales elecciones económicas, las prioridades de inversión, las grandes líneas de la política económica. En otras palabras, el de la democracia socialista.

7) Igualmente falso es el dogma -implicado por muchos economistas reformistas y líderes de los Países del Este- según el cual existiría un vínculo lógico directo entre reformas orientadas hacia el mercado y democracia política; «libertad» económica y libertad política.

Muchos países del Tercer Mundo, particularmente en América Latina y el Lejano Oriente, combinan una economía neoliberal con formas extremadamente autoritarias de poder político. El modelo de Deng-Xiao-Ping es también un buen contraejemplo, por su asociación de reforma económica con represión política. Por otra parte, la experiencia china reciente muestra que aunque la reforma orientada hacia el mercado puede resolver transitoriamente ciertos problemas creados por la planificación burocráticamente centralizada, genera nuevos problemas igualmente serios: desempleo, éxodo rural, corrupción, inflación, desigualdades sociales crecientes, deterioro de los servicios sociales, crecimiento de la delincuencia, sometimiento de la economía a los bancos internacionales.

8) Los crímenes perpetrados en nombre del Comunismo y del Socialismo por los regímenes burocráticos -desde las sangrientas purgas de los '30 hasta la invasión de Checoslovaquia en 1968- han lesionado profundamente la idea misma de un futuro socialista, y han allanado el camino de la ideología burguesa en amplios sectores de la población, tanto del Este como del Oeste. Sin embargo, las aspiraciones de una sociedad libre e igualitaria, de una democracia económica y social, de una administración y

control desde abajo, están profundamente arraigadas en importantes sectores de los trabajadores y de la juventud, a ambos lados de la frontera entre los bloques. Desde esta perspectiva, el Socialismo y el Comunismo -no como una sociedad pretendidamente «real» sino como un programa que ha inspirado durante el último siglo y medio las luchas por la emancipación de las víctimas del capitalismo y del imperialismo- no solamente no está «muerto», sino que habrá de mantenerse vivo hasta tanto exista la explotación y la opresión.

9) Comprensivamente puede encontrarse entre muchos militantes de izquierda, en la presente situación de crisis, un profundo estado de confusión ideológica, perplejidad y un abandono de la lucha. Hasta aquellos que no se encuentran preparados aún para renunciar completamente a la herencia marxista se disponen a replegarse en forma ordenada. La tendencia dominante en la izquierda tanto en el Este como en el Oeste -con la excepción de unos pocos herejes que todavía sostienen la necesidad de una revolución social- es aquella que plantea el imperativo de «modernizar» el marxismo, de adaptarlo a las ideas dominantes; es decir, al liberalismo, al individualismo, al positivismo, y sobre todo, a la nueva religión del mercado, con sus ídolos, sus rituales y sus dogmas infalibles. Según esta visión de las cosas el fracaso del «Socialismo Real» ha tenido su origen en el intento de la Revolución de Octubre de apartarse -al menos, parcialmente- del modelo de civilización capitalista del mercado mundial. La modernización del marxismo debería implicar, en consecuencia, un seguro retorno a los cánones del sistema social y económico occidental. La socialdemocratización de algunos partidos comunistas tanto del Este como del Oeste, es una de las formas más

obvias de este intento de diluir, edulcorar, neutralizar, el programa socialista. Aquello que se desecha no es únicamente el agua (extremadamente) turbia - la naturaleza antidemocrática, burocrática, y, a menudo, totalitaria, de las sociedades no-capitalistas y de la planificación centralizada- sino también la criatura: la idea misma de ir más allá del capitalismo, hacia una economía democrática planificada. Aquello que se fomenta en este intento de «reconciliación con lo real» (para decirlo en términos de una venerable fórmula de Hegel) no es sobre todos los valores universales negados o corrompidos por el estalinismo —la democracia, los derechos humanos, la libertad de expresión, la igualdad social, la solidaridad— sino aquellos aclamados públicamente desde siempre por las élites occidentales y sus ideólogos: «la libre competencia», «la libre empresa», el dinero, la cultura del mercado.

10) No cabe duda alguna de que el marxismo necesita ser cuestionado, criticado, y renovado: pero según nuestra visión debería serlo *exactamente por la razón opuesta*: porque su ruptura con el patrón productivista del capitalismo industrial y con las bases de la moderna civilización burguesa no fue suficientemente revolucionaria. Marx y los marxistas han seguido a menudo la huella de la ideología del progreso característica de los siglos XVIII y XIX, particularmente en lo que respecta a la presentación del desarrollo de las fuerzas productivas como el objetivo fundamental de la revolución, y como el argumento principal para legitimar la necesidad del socialismo, en ciertas versiones del marxismo vulgar el objetivo supremo de la revolución social no es el de una reorganización fraternal e igualitaria de la sociedad -es decir, una «utopía» que implique una nueva manera de producir y de vivir, con fuerzas producti-

¿HA MUERTO EL COMUNISMO?

va de naturaleza cualitativamente diferente- sino simplemente el de remover las relaciones de producción que constituyen un obstáculo para el libre desarrollo de las fuerzas productivas. Difícilmente pueda encontrarse en *El Capital* -excepto en una o dos frases- algún elemento para comprender el hecho de que «el desarrollo de las fuerzas productivas» puede poner en peligro la supervivencia misma de la humanidad mediante la amenaza de destrucción del medio ambiente.

Como científico social, Marx no siempre superó el modelo burgués-positivista, basado en la arbitraria extensión del paradigma epistemológico de las ciencias naturales a la esfera de la historia, con sus «leyes», su determinismo, sus «predicciones» totalmente objetivas, su evolucionismo lineal (tendencia llevada hasta sus últimas consecuencias por cierto tipo de «marxismo ortodoxo», desde Plejanov hasta Althusser).

11) Felizmente, la esencia del marxismo se halla en otra parte: en la filosofía de la praxis y en la dialéctica materialista como método, en el análisis del fetichismo de la mercancía y de la alienación capitalista, en la perspectiva de la autoemancipación revolucionaria de los trabajadores y en la utopía de una sociedad sin clases ni estado. Esta es la razón por la cual el marxismo conserva un extraordinario potencial para el pensamiento crítico y subversivo (y para la acción). La renovación del marxismo debe encararse desde esta tradición humanista y democrática, revolucionaria y dialéctica, que halla en el mismo Marx y en sus mejores seguidores, como Rosa Luxemburgo, Trotsky y Gramsci (por citar sólo a tres de ellos); una tradición que fue derrotada durante las décadas de los '20 y '30 por la contrarrevolución, el estalinismo y el fascismo.

Además, para *radicalizar su ruptura con la civilización burguesa* el marxismo debe tornarse capaz de integrar los desafíos prácticos y teóricos surgidos de movimientos sociales contemporáneos como el ecologismo, el feminismo, la teología de la liberación, el pacifismo. Esto requiere de la visión de una nueva civilización, que no sea únicamente una versión más «progresista» del paradigma industrial capitalista occidental, fundado en el desarrollo controlado desde el estado de las mismas fuerzas productivas, sino que se trate de un nuevo modo de vida, basado en el valor de uso y en la planificación democrática, en las energías renovables y en la protección del medio ambiente, en la igualdad racial y sexual, en la fraternidad social y la solidaridad internacional.

El triunfo actual del neoliberalismo y de la modernización burguesa a lo largo y a lo ancho del mundo es un resultado de la imposibilidad tanto de la socialdemocracia como del postestalinismo de concebir una alternativa significativa -es decir, tanto revolucionaria como democrática- frente al sistema capitalista mundial.

12) Hoy, más que nunca, el marxismo debe ser «la crítica descarnada de todo lo que existe» (Marx, 1843), rechazando las apologías «modernistas» del orden establecido, los discursos «realistas» que legitiman el mercado capitalista o el despotismo burocrático. El marxismo representa el Principio de la Esperanza (Bloch), la utopía concreta de una sociedad emancipada.

Sin embargo, no existen respuestas previamente elaboradas para todos los problemas atinentes a la transición hacia el socialismo: ¿cómo combinar la democracia representativa con la democracia directa? ¿cómo articular la planificación democrática con los vestigios inevitables del mercado? ¿cómo concii-

¿HA MUERTO EL COMUNISMO?

liar el crecimiento económico con los imperativos ecológicos? Nadie puede reclamar para sí el monopolio de la verdad: estos interrogantes requieren de (al igual que muchos otros similares) un debate abierto y pluralista, en el marco de un proceso de aprendizaje en común.

París, octubre de 1990

¿EL COMUNISMO SERÁ FINALMENTE POSIBLE?

Georges Labica

Es así como sería comprendido el asunto. Los considerables cambios que se producen en los países llamados «socialistas» o «del socialismo realmente existente» o del Este, no ofrecerían otra posibilidad de elección, para el conjunto de nuestras sociedades, que entre el socialismo y las bananas.

En efecto, la historia habría zanjado ya a favor de las bananas. Aquello que la sabiduría popular argelina bien había comprendido poco después de la independencia: «El socialismo ganó, no hay más bananas». Y después de todo ¿no recuerda uno que es Argelia quien ha dejado la reivindicación democrática desde setiembre del '88? No sería solamente el caso del marxismo y del comunismo, sino que habríamos llegado también, según aquéllos que no temen calificarse de «neohegelianos», al «fin de la historia»¹. El capitalismo habría ganado y, con él, el liberalismo como «última forma de gobierno humano» y la ética protestante, querida por Weber, la de la «salud y del riesgo». La desaparición de las clases, en el Oeste, aseguraría también el triunfo del igualitarismo y de la sociedad sin clases anunciada por Marx. Ni el «retorno de lo religioso» ni la renovación de los nacionalismos podrían representar competidores serios, el primero porque el liberalismo ha nacido precisa-

* Traducción del francés a cargo de Ana Logiudice
1. Francis Fukuyama, «El fin de la historia»

mente de su fracaso, el segundo porque no puede producir un programa político referente. es la hora del «período post-histórico» que no conocerá más ni filosofía, ni arte, ni ideología. Salvo algunos detalles, el «Estado homogéneo universal» se ha establecido, así como la «common marketisation of international relations»². La *perestroika* soviética no significaría más que una «transformación radical del régimen que nos reconcilia con los conceptos occidentales de la economía de mercado y de las instituciones democráticas» entendiéndose que con exclusión de toda otra tarea³.

El verdadero jubileo que suscitan estas tesis, y el consenso que ellas alimentan, tanto en la izquierda como en la derecha, parecen sin duda, en estricta conformidad con la actualidad. Porque es cierto que en el Este en las masas de hoy, y en los discursos oficiales desde hace algunos años, se afirma la voluntad de democracia, de estado de derecho, del mercado y de la concurrencia. No menos verdadero es que no es en nombre del marxismo que se producen los levantamientos a los que asistimos.

Mejores estímulos.

Sin embargo el problema que parece resuelto ¿ha sido siquiera enunciado?. Y, en primer lugar ¿qué es lo que se hunde?. Seguramente un sistema que, desde un principio, debía asegurar un crecimiento rápido de riquezas, el fin de las desigualdades, el pasaje a una forma superior de gobierno democrático al servicio y bajo el control de los trabajadores y a una cultura cualitativamente nueva, que,

2. *ibid.*

3. V. G. Giscard d'Estaing, Y. Nakasone, H. Kissinger, «Les relations Est-Ouest», *Commentaire*, 1989.

de hecho, ha fracasado económica y políticamente. el dirigismo económico, el encuadramiento de los trabajadores, no lo ha llevado a una competencia con el Oeste. el desafío jruschoviano del maíz ha explotado con retardo. No descubre más que un aparato productivo inadaptado y largamente obsoleto. El trabajador «libre» de las sociedades capitalistas se ha revelado a la vez más productivo y más satisfecho de sus condiciones de existencia que su homólogo socialista. Los aumentos salariales, la libertades sindicales y políticas han sido mejores estímulos que el marxismo-leninismo y los planes autoritarios. Un desarrollo anómalo ha yuxtapuesto un sector de punta a los retrasos tercermundistas: las máquinarias espaciales o los cohetes sofisticados y las carencias de productos, particularmente alimenticios, de primera necesidad. La emulación sólo ha concernido a los vaivenes del enfrentamiento directo con el Oeste. Los apremios burocráticos, la coerción y la corrupción, su melliza, han provocado la ausencia de todo dinamismo en la producción y distribución de parte de los trabajadores, que jamás han tenido conciencia de que ellos eran propietarios de sus instrumentos de trabajos y responsables de su nivel de vida como de su entorno. El sistema, del cual Stalin no fue más que su epónimo, ese estado «económico-corporativo» como decía Gramsci, no ha podido engendrar tampoco una comunidad de ciudadanos iguales en derechos, no ha hecho más que perpetuar las jerarquías de sujeciones privadas de las libertades elementales. El monopolio del Partido, la fusión Partido-Estado, la confusión de los poderes y el encasillamiento de las conciencias se han mantenido del lado de las formas políticas burguesas de las cuales han reproducido, y a menudo endurecido, los aparatos de apremios y de inculcación; operando, en nombre de una instaura-

ción voluntarista de lo nuevo, verdaderas regresiones hacia prácticas feudales de poder y tipos de comportamiento mesiánicos.

Sin embargo, ¿quién podría, con algo de seriedad, imputar tales fenómenos al marxismo? ¿o, según la fórmula de Hobsbawn, la Inquisición al cristianismo? Suponiendo que se acepte la no distinción del marxismo y de las políticas que se reclamaron suyas, y convengamos esta constante brutal: esperábamos los soviets, la autoorganización de los trabajadores, la planificación democrática, el debilitamiento del Estado, la paz y hemos tenido el reforzamiento estatal, la burocracia y el dirigismo, la guerra y aún entre países socialistas. La dictadura del proletariado, que ha hecho correr tanta tinta y de la que ciertos PC han descargado como lastre de sus naves, no ha existido jamás en ninguna parte, fue asimilada, de un lado, a la dictadura sobre el proletariado, y por otro bajo la proclamación del «Estado de todo el pueblo». ¿Podemos ignorar que dictadura, en Marx, no se oponía para nada a democracia sino al poder de las clases minoritarias? ¿Es necesario repetir, después de tantos análisis pocos sospechosos de simpatías revolucionarias, que el marxismo, pensado en términos de *aplicación*, no se produjo donde las condiciones lo dejaban prever, en sociedades de alto desarrollo de las fuerzas productivas y de fuerte tradición democrática, sino en las zonas más subdesarrolladas, aún en Europa?. Lenin, Trotsky, Gramsci y otros tantos lo sabían y lo han dicho bastante. En la bisagra del siglo A. Labriola ponía ya en guardia contra el peligro de una «ideologización» o de una instrumentación del marxismo tratándose de un pensamiento aún muy inacabado. Más cerca nuestro P. Ricoeur calificaba de «paradoja» el hecho de «que el marxismo, después de Marx, es la ejemplificación más extraor-

dinaria de su propio concepto de ideología, en tanto que es la expresión mantenida de la relación con lo real y de ocultamiento de esa relación»⁴. Salvo que hay que precisar que esa «paradoja» es ella misma susceptible de una comprensión histórica y no se limitaría al diagnóstico de alguna «perversión» ni, menos aún, a la acción, no despreciable, de tal o cual individuo.

Un análisis todavía por hacer.

Captaremos fácilmente la magnitud del asunto haciendo una nueva pregunta: ¿cómo se hunde aquéllo que, a nuestra vista, se hunde?. No hay otra respuesta que ésta: Los procesos en curso en los países socialistas se desarrollan según las desiguales modalidades que corresponden a la situación de cada país. Polonia, donde cincuenta años de comunismo no han vencido el sentimiento religioso no es asimilable a la RDA ni ésta última a Hungría. Esa aparente evidencia no debe engañar. Ella propone e impone un considerable programa de investigaciones, que no alcanzaría con la historia de esos países después de la Segunda Guerra mundial, sino que debería remontarse más allá, que exige, de hecho, que esas historias sean constituidas, ya que no disponemos de ellas. Según la justa observación de R. Low «El análisis del mundo del Este no es todavía el objeto de una ciencia destacada» como lo es para las sociedades capitalistas⁵. No se trata solamente de estadísticas ausentes o falsificadas, sino de estudios fiables comprensivos a la vez sobre las fuerzas originales del subdesarrollo, sobre las tradiciones políti-

4. «Science et ideologie», Revue philosophique de Louvain, mayo 1974.

5. L'Homme et la société, 1988 2/3, n° 88/89

cas y culturales, el juego de las percepciones por parte de los grupos sociales correspondientes a los dispositivos del socialismo real, de los registros de sus crisis y de las inflexiones provocadas en los discursos teóricos mismos (leninismo, maoísmo, etc) por las coyunturas que les han acompañado. En efecto ¿no carecemos «cruelmente de una historia social de la URSS»? ¿Cómo ha sido vivido el stalinismo por un obrero soviético, un campesino búlgaro o u ingeniero vietnamita?. ¿Por qué esos roles preponderantes aquí de la Iglesia, allá de los intelectuales, más allá del nacionalismo?. ¿Es indiferente que las revoluciones más pacíficas y la mejores controladas hayan tenido lugar precisamente en las naciones más avanzadas, política y económicamente, la RDA y Checoslovaquia? Desde tales diferencias en el verdadero surgimiento de las especificidades podemos pensar en lo que sobrevenga bruscamente para arriesgar los escenarios concernientes a las evoluciones posibles, tanto internas como externas. Los efectos de la sorpresa no pueden impedir algunas enseñanzas que, en cuanto a ellos, nos toman a los marxistas desprovistos: que cada pueblo reacciona según sus propias condiciones, que las masas hacen la historia, que política y economía tienen zonas ligadas; que las superestructuras no son autónomas; o que la luchas sociales se viven y se orientan en las ideologías... Lo enterrado, que es lo viejo pero también lo adquirido, trabaja el presente en el juego de fuerzas contradictorias. Aquí, el PC disponía en su mismo seno de cuadros de recambio, allá, se ignora todo de la democracia, en otro lado los estudiantes se ofrecen como fuerza alternativa...

Dos mitos idénticos y recíprocos se encuentran metidos en el mal: el del estalinismo y el del totalitarismo, de los que uno ve hasta que punto, a pesar de

la universalidad bien real del primero y bien confortable del segundo, ellos oprimieron las especificidades nacionales y se revelaron incapaces de cernir lo inédito de la actualidad. ¿Qué podemos decir de la «revolución tranquila» para la RDA, Checoslovaquia, Bulgaria o Hungría a diferencia precisamente de la violencia rumana, o qué de la expresión «hundimiento de los castillos de naipes» retomada cotidianamente por los periodistas cuando se trata de los PC del este? ¿no tenemos acá objetos dignos de ser pensados? Salvo quizá en la Primera República romana ¿es tan familiar acaso ver las masas imponer tan fácilmente su voluntad, los dictadores pronunciar prontamente su autocritica o retirarse, y los regimenes policiacos deshacerse por completo en algunos días? ni el nazismo, ni el fascismo italiano, ni los cesarismos latinoamericanos, ni... los Mayo del 68 nos han preparado para esto.

Ninguna palabra es inocente, en materia política menos que en ninguna parte. La de «comunismo» corre el fuerte riesgo de soportar las aventuras desagradables y los crímenes cometidos en su nombre, aún cuando fuera en su estruendosa ausencia. Porque el inconsciente habla por todos lados, incluso en el manifiesto de los Reconstructores del PCF, ese partido del que podemos considerar que su historia reciente ha sido el signo precursor de los procesos actuales. El texto titulado «Para un proyecto comunista» comienza así: «El 'comunismo', tal como lo soñamos, el que ha dominado el siglo XX y al cual muchos de nosotros ha consagrado su vida, está en tren de morir...». La espera de veredictos, que la historia puede corregir ¿nos dispensa de asumir el riesgo del pensamiento del presente que demanda a tantas certezas ser bien aplicadas?. El triunfo del liberalismo, ya sea bajo su forma pura y dura o bajo

su forma atenuada, social-demócrata, es una de esas certezas a la cual conviene, a pesar y a causa de la permanencia estable de su ideología, requerir sus títulos de legitimidad. Hagamos ahora esta otra pregunta ¿está el liberalismo en condiciones de remediar los males que denuncia el hundimiento de regímenes de tipo estalinista llamados «comunistas»? Avancemos en la hipótesis. Si la mundialización de la economía, es decir, el intercambio generalizado de bienes, de personas y de información llegan a liquidar las desigualdades, a generalizar la democracia, a garantizar a todos el pleno ejercicio de los derechos del hombre, a proceder al desarme y a preservar el planeta, entonces no sería concebible que el conjunto de las corrientes revolucionarias (subsistentes) no se integraran inmediatamente a fin de tomar su parte en tales transformaciones positivas.

Ahora bien, *nada*, en nuestra época, autoriza a pensar que puede ser así, fuera ello tendencialmente o de forma programática. Los duros caprichos de esta realidad también resisten, a lo que parece.

No milagros del mercado.

El mercado, objeto de tantos elogios, no hace milagros. En el Oeste, salvo rara vez, se sabe por larga experiencia, que se identifica con la maximización de la ganancia y presupone «la apropiación de los medios de producción y distribución». En el Este se espera, con impaciencia justificada, el consumo abundante y diversificado (pero igualmente ¡las bananas!), la verdad de los precios, de las monedas y del empleo, de lo cual los más lúcidos calculan ya que esto costará la dependencia económica, nuevas normas de productividad, inflación, despido y crisis. La oposición del mercado al plan es ampliamente

ilusoria. Las sociedades liberales no ignoran más los planes y el proteccionismo que las sociedades socialistas el mercado, bajo sus formas internas, «paralelas», tanto como bajo sus formas externas, los acuerdos cerealeros en *joint ventures*. La apertura al mercado, como se ve en China, es perfectamente compatible con la burocracia autoritaria. Mas generalmente se trata de saber qué rol acordar a la economía. Aislarla, en nombre de un materialismo simplificador, reducirla a recetas o a técnicas de gran amplitud (los planes) es la tentación más fuerte. En el marxismo esta actitud fue dominante desde la Segunda Internacional, y devino, con el estalinismo, la regla absoluta del desarrollo. Desde entonces ella es asociada a cualquier concepción del mundo y somete a los trabajadores a los imperativos de la producción que son dejados fuera de su control.

Los que decidían la planificación soviética no son diferentes, en ésto, de nuestros tecnócratas. Ahora bien, para Marx, el capital mismo es una relación social, y Lenin quería que lo político subordinara la economía. La ruptura con lo social que mantiene la alienación del trabajo, por lo tanto de los hombres, se redobra en la ruptura entre mando burocrático y pasividad de los trabajadores. El Este no tiene aquí nada que envidiarle al Oeste, salvo que en los países capitalistas no se puede negar la integración sutil que favorece el juego de la democracia representativa, de otro modo llamado concenso. Las crisis que impone la austeridad, los sacrificios y la regresión de las conquistas sociales se hacen admitir y vivir gracias a las encerronas ideológico-mediatizadoras, bajo una suerte de fatalidad. ¿Los cambios estarían ya a la vista? China habría comenzado su reforma por la economía, la URSS por la política, digamos. Puede ser, pero en el segundo caso el reencuentro entre las

disposiciones de arriba y las voluntades de abajo no parecen en vía de operarse; en los dos casos el viejo economicismo todavía no ha rendido sus armas. Las proclamas del género «victoria de la autogestión» (An-dropov) o «todo el poder a los soviets» (Gorbachov) no cambian nada de todo esto.

En cuanto a la democracia, después de haber sido vilipendiada durante decenios por los países socialistas, como burguesa y formal, es hoy objeto, por su parte, de una concupiscencia desenfrenada. Se pasa del rechazo sin crítica a la adhesión sin crítica. El rechazo de los derechos del hombre y del Estado de derecho eran, sin contraste, aberrantes, su formalidad se pesaba en el peso de las libertades reales, de las que se sabe cuanto faltaban en el Este. El completo cambio de actitud ¿es, por otro lado, legítimo?. La democracia no hace más milagros que el mercado con el cual se lo condena a la envidia, tanto en el Este como en el Oeste ⁶. El balance de *nuestro* orden existente no ofrece, por el contrario, mucha materia para satisfacerse y burda es la exposición de las libertades. ¿Qué apología de la «democracia a todo trance» podría seriamente defender nuestro ejemplo? Nuestras democracias occidentales están enfermas. El diagnóstico de sus taras suministra un catálogo, familiar a los lectores, que este fin de siglo torna más que inquietantes. El crecimiento de las desigualdades de todo tipo, primero la fortuna, el empleo, el impuesto, la salud, el saber, entre sexo y entre diferencias culturales ⁷ impone esa constatación de que los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres.

6. Cf. «M. Iakovlev fait un éloge appuyé du marche» *Le Monde*, 24.6.89

7. Conf. entre otros «Le triomphe des inégalités» (*Le Monde diplomatique*) y la relación del Centre d'étude des revenus et des couts, *Le Monde*, 23.11.89

Las formas de dominación se acomodan y se acentúan a partir de la acumulación de bienes, de medios de producción, en una palabra, de «progreso» sin precedentes. Estos descubrimientos de nuestra modernidad, «la gran pobreza», el hambre y la miseria del tercer mundo, condenado por una deuda propiamente impagable, son los rigurosos adornos de las propiedades bursátiles o del «congelamiento de las tierras» en Europa. El Estado de derecho cubre todas las discriminaciones y el ejercicio de una justicia de clase. Los derechos del hombre, tan celebrados, entre nosotros, en ocasión del Bicentenario de la Revolución del 89, se acomodan a los mejores «umbrales de tolerancia» opuestos a los migrantes y de la mercantilización de la sangre y de los órganos en los más desheredados. Se proclama, con gran ruido, una carta de los Derechos del Niño, cuando 40.000 de ellos muere cada día. El reino del capital especulativo duplica su criminalidad en la medida en que ya no es más posible distinguir «entre dinero» propio» (del trabajo, de la producción) y dinero «sucio» (de la droga, de la prostitución, de las mafias). La nueva «traición de los sabios» que muestra inteligencias europeas volverse masivamente a las gestiones socialdemócratas y cierra los ojos a una exclusión política que va acelerándose de escrutinio en escrutinio. Entre una Francia que algunos no lamentan bautizar *la República bananera*⁸, el sistema que privilegia el ejecutivo y profesionaliza el ejercicio del poder «la clase política» es el mismo que expulsa sus «ciudadanos pasivos» del debate político⁹, mientras que las ideologías racistas y neo-fascistizantes

8. S. Coignard et J. F. Lacan, Belfond, 1989.

9. La expresión es de A. Duhamel, cf. igualmente *Questions socialistes*, oct. 89, n° 38.

constitúyense en una base popular. Se puede ciertamente asegurar que «las raíces de las desigualdades económicas han tenido poco que ver con las estructuras legales y sociales de nuestra sociedad que permanecen fundamentalmente igualitarias y moderadamente (sic) redistribucionistas» o que la inferioridad negra en los Estados Unidos no es más que una secuela de la esclavitud, sin relación con el liberalismo...¹⁰.

La exigencia democrática.

En consecuencia considerar que el liberalismo, aunque retocado, es decir el mercado y nuestra democracia, podría representar una alternativa a los regímenes burocráticos, queda por demostrar. György Lukacs, que tiene aún que enseñarnos hoy, al día siguiente de los disturbios del 68, no lo creía. En su libro inconcluso *Democratización hoy y mañana*¹¹ se hallaba adelantado veinte años, en el corazón de nuestro presente. El antidoto del estalinismo, demostraba, no es para nada la democracia burguesa sino la democracia socialista, tal como Marx la había presentado y tal como aquella que abortó al día siguiente de la revolución de Octubre. ¿Qué alternativa? La pregunta, a lo que parece, es en lo sucesivo formulada a través de las sublevaciones del Este. Y ella está ya presente como una palabra aún tenue, marginal y minoritaria, en los mineros soviéticos en huelga que exigen jugar un rol activo en la *perestroika*, en los economistas de la RDA que declaran no haber jamás conocido el socialismo en 40 años y se ponen a su

10. F. Fukuyama, art. cit.

11. En español fue publicado con el título «El hombre y la democracia», Ed. Contrapunto, Bs As, 1989.

búsqueda ¹²; en algún dirigente del Frente de salud nacional de Rumania que opone su pasado de comunista perseguido a un PC reducido al rango de guardia pretoriana. Dubcek, Gysi o Mladenov ¿se dan Kohl o a Busch como modelos? Los habitantes de la RDA que expresan sus lamentos frente a la perspectiva de la reunificación alemana y ver su país transformado en el «Mezzogiorno» ¹³ ¿serán nostálgicos del totalitarismo?. Otros factores merecen atención. Si no hay duda que el «bloque» socialista ha sido corroído por la mundialización de las relaciones de mercado, que ha expuesto los retrasos y provocado la toma de conciencia crítica, si no hay duda tampoco en cuanto al dinamismo del mundo capitalista y de su triple capacidad de extensión planetaria, de recomposición en el seno mismo de la crisis y sobre todo, quizá, de integración e inculcación ideológica, no serían de subestimar las determinaciones internas, debido, en particular, al arribo de nuevas generaciones, de las que Gorbachov es el representante más visible, y de la maduración de masas de la reivindicación de libertad, de democracia y de consumo, lo que conduce a pensar que ellas poseen un carácter específico que se irá afirmando.

El acontecimiento culminante de este año 89, y de su valor emblemático, es la puesta al orden del día, en el Este como en el Oeste, en el Norte como en el Sur, de *la exigencia democrática*. Pero ella no podrá seriamente devenir objeto de reflexión, de programa y de acción sino bajo la condición de que sean disipadas las confusiones, ingenuas o perversas, que recubren el concepto. La «democratie tout court» expresión hueca o engañosa de coyuntura no condu-

12. Cf. «Les tabous de la RDA», *Le Monde*, 29.11.89

13. Cf. *Le Monde*, 13.12.89.

ce a ninguna realidad pasada o presente. Ella no designa más que el denominador común de las formas históricas en que la insuficiencia, sino la caducidad, está establecida. La democracia burguesa, formal o representativa, no acertó hasta aquí mas que a reconducir las relaciones de explotación a las cuales está ligada desde el origen. La democracia «popular» ha sacrificado los derechos mas esenciales sin lograr reunir las condiciones de su expansión pretendidamente superior. La una y la otra han rechazado acordar a la actividad propia de las masas, es decir a los productores de riquezas, la función determinante, que les corresponde, política, economía, social y cultural. Una nueva racionalidad política deviene necesaria. Ella tiene la carga de dar la plenitud de su sentido ala democracia, en la palabra y en la cosa. No le corresponde ni señalar la nulidad de los emprendimientos, ni de operar las síntesis por ganancias y pérdidas, sino liberar las posibilidades de una transición desde ahora inscrita en aquello que cada uno acuerde reconocer como un giro histórico. Una transición que hace poco se llamaba... comunista y para la que carezcamos, quizá aún, del término apropiado. A pesar de los discursos dominantes y de las evidencias del día, ella reposa sobre una doble exclusión, la de las dictaduras burocráticas y del marxismo-leninismo, en tanto que falsa alternativa a las democracias burguesas y al liberalismo, la de las segundas en tanto que alternativa ilusoria a los primeros. Se dijo bastante que los reyes estaban muertos, todos. Y no es cuestión de algún retorno a los padres fundadores que, por los demás, nos han dejado tanta obra que no concluyeron que uno no podría, todavía, reprochar a Marx, ya algunos otros, su avance sobre su tiempo y sobre la conciencia que tenían de sí.

¿EL COMUNISMO SERÁ FINALMENTE POSIBLE?

Sin duda hay otras opciones. Uno puede satisfacerse con el orden existente, sobre todo si uno se beneficia con él, uno puede resignarse, en la culpabilidad o en la desesperanza, se puede obrar a conveniencia, se puede dar su confianza a empresas caritativas y a los ONG que no cesan de multiplicarse... Haciéndolo ¿se logrará conjurar la urgencia: esos peligros, de los cuales enseñamos todos los días que podrían ser mortales para el conjunto de la comunidad humana, de lo nuclear a la ruptura de los equilibrios naturales, detrás del frenesí productivista? No lamentemos hacer un poco demás: el 89 no debería inspirar el deseo de remitir la idea de revolución al negocio de antigüedades. J. M. Domenach deploraba en sus últimos días el reflujó mundial de la revolución, dolorosa para los pueblos de otros pero temible también para los Europeos que «cansados de todo, hasta de la esperanza» se acantonan y se doblegan en su bienestar ¹⁴. A menos que uno prefiera el «fin de la historia» o «la era de la nada...»

Después de todo ¿la gran lección de esas inéditas «revoluciones tranquilas» y la «caída de los castillos de naipes no podrían ser que, sin violencia o al menor costo, los pueblos todos salgan de su sueño dogmático y decidan su destino? A su experiencia, a su voluntad, a nuestra común historia de transar como si no se tratara todavía mas que de una «idea de la razón» como diría el viejo Kant.

París, 1990

14. Cf. *Le Monde*, 29.12.89

1989
Adolfo Gilly

A fines de agosto pasado publiqué un fragmento de *Confesiones*, que Víctor Serge escribió en 1938 cuando, en el delirio de esos años que él mismo llamó «medianoche en el siglo», viejos revolucionarios rusos confesaban en los procesos de Moscú inverosímiles y alucinantes rosarios de crímenes. Me llamó entonces la atención cuántos se sintieron tocados por estas palabras de otro tiempo:

Si alcanzamos a los pueblos e hicimos temblar los continentes,
fusilamos a los poderosos, destruimos los viejos ejércitos,
las viejas ciudades, las viejas ideas,
comenzamos a hacer todo de nuevo con estas sucias y
viejas piedras,
estas manos cansadas y las magras almas que nos dejaron,
no era para regatear contigo ahora,
triste revolución, madre nuestra, nuestra niña, nuestra carne,
nuestra decapitada aurora, nuestra noche con estrellas oblicuas,
con su inexplicable Via Láctea destrozada.

Para estos amigos míos, pensé, apenas ahora ha llegado la revelación de la ruina definitiva de la revolución de Octubre, cuando la Unión Soviética ha estallado desde adentro y desde abajo en un proceso que, guste o no, sólo es posible calificar como una revolución.

Sin embargo, Serge escribió esa poesía en 1938.

buscando dar razón de las increíbles confesiones de los viejos héroes y diciendo a todos que la revolución rusa agonizaba en los procesos de Moscú y en los crímenes del stalinismo en España. En esos años fueron exterminados físicamente quienes la hicieron y la dirigieron, hasta tal punto que hoy la memoria de los artistas soviéticos registra a 1937 como el más negro año del ciclo abierto en 1917, el año de las rejas, las alambradas y las cruces.

Ningún socialista entenderá el derrumbe soviético de nuestros días y su paradójico contenido liberador, sino alcanza antes la conclusión de que la revolución de Octubre ya había sido asesinada en los años treinta junto con la inmensa mayoría de sus dirigentes. Lo que ahora se derrumbado es otra cosa. Es el régimen político privilegiado y opresor alzado por los sepultureros de aquella revolución, los embalsamadores del cadáver de Lenin, los que en Yalta se repartieron con Estados Unidos y Gran Bretaña el dominio del mundo y la subordinación de las naciones y los que desde entonces siguieron exclusivamente una política de gran potencia.

Esa gran potencia terminó. Desde una perspectiva socialista, no veo por qué haya que lamentarse cuando una potencia nacional opresora de otros pueblos se desploma desde adentro. No significa esto prejuzgar sobre el carácter y las intenciones del régimen sucesivo, sino simplemente constatar la inviabilidad y la caducidad del precedente.

Las notas siguientes, presentadas en noviembre de 1990 en un coloquio internacional organizado por la Universidad Autónoma Metropolitana, *El socialismo en el umbral del siglo XXI*, apuntan una reflexión sobre los orígenes y los antecedentes del actual desastre de la Unión Soviética y de sus enterradores (bueno es recordar que el demagogo ruso Boris Yeltsin

tiene más de 60 años y se educó desde joven en las filas y las doctrinas del PCUS y en las funciones de gobierno soviético), así como sobre el destino del socialismo, ideal humano anterior y posterior al ciclo del comunismo soviético.

1. La revolución rusa de 1917 fue una inmensa explosión liberadora: acabó con un imperio, barrió a terratenientes y capitalistas, destruyó y construyó ejércitos, desencadenó las fuerzas creadoras de los trabajadores y los oprimidos, inventó nuevas formas de gobierno democrático, alimentó las esperanzas y las luchas de los de abajo en todo el mundo, proclamó como sus ideales la igualdad, la justicia y la libertad y convocó, no sólo en sus palabras sino ante todo en los grandes hechos históricos, a construir un mundo sin explotados, sin oprimidos y sin humillados.

El régimen político posterior a la revolución termina en una gran retirada de la dirección soviética, que está llevando hoy hacia el capitalismo a lo que de esa revolución quedaba en su país. Ese régimen no fue derrotado en una guerra. Lo derrotó el mercado, la circulación universal de las mercancías (incluida la fuerza de trabajo) y de los capitales en el mercado mundial.

El régimen surgido de la revolución de Octubre - cuyos avatares no toca aquí analizar - se mostró incapaz de vencer el capitalismo en el único y último terreno en que se decide al fin de cuentas la confrontación entre dos modos de producción: *la productividad del trabajo*, medida en el mercado internacional.

2. Esta derrota, resistida y postergada durante décadas por combates defensivos de heroísmo inaudito por parte de los marxistas, los socialistas y el pueblo soviético y por la solidaridad de los trabajadores del mundo, mirada hacia atrás deja una estela de

desastres para lo que es la idea original de socialismo: justicia y libertad.

Desde al menos la mitad de los años veinte y aun antes, el régimen soviético fue acumulando una historia de represión a los trabajadores de la ciudad y del campo; opresión, represión y deportaciones masivas de las nacionalidades en la Unión Soviética, «cárcel de pueblos» como lo fue el Imperio de los Zares; represión a las ideas, procesos falsificados y exterminio de opositores en la Unión Soviética y fuera de ella; creación de un universo de campos y lugares de deportación, concentración y trabajo forzado; represión, invasión y opresión de naciones y movimientos de liberación nacional: países bálticos (1939); Alemania (1953); Hungría (1956); Polonia (1956); Checoslovaquia (1968); Afganistán (1979), esto sin contar los movimientos revolucionarios intervenidos, negociados o estrangulados, los más notorios de ellos España (1936-1939) y Grecia (1944-1947). Innecesario es recapitular aquí la estela paralela de desastres que en esas mismas décadas dejó el capitalismo sobre la superficie entera de la tierra.

Desde los años veinte en adelante, ese régimen se ensañó, en nombre del comunismo, ante todo con los marxistas, y los socialistas rusos de todas las tendencias: socialistas revolucionarios, menchevíques, anarquistas, comunistas y bolchevíques, encarcelándolos, deportándolos, fusilándolos, silenciándolos y calumniándolos. Esta represión asesina se extendió en los años treinta y cuarenta a todo el mundo, como sucedió incluso en México y en Estados Unidos.

Esa política expresaba los intereses y las visiones de una nueva clase o estrato dominante en la Unión Soviética: la *burocracia estatal*. Esta capa social ha hecho sus pruebas históricas y ha fracasado

en todos los terrenos, dejando por doquier una huella de incapacidad, crímenes y desastres. Ahora, tal como fue previsto por los marxistas desde los años veinte, una parte sustancial de ella se apresta a volverse capitalista y a transformar sus privilegios en propiedades. Se cierra así el ciclo de la burocracia estranguladora de la revolución de Octubre.

3. La existencia de la Unión Soviética y su confrontación con Estados Unidos y las demás potencias imperialistas protegió, después de la segunda guerra mundial, a una serie de revoluciones nacionales en Africa, Asia y América Latina. Pero, al mismo tiempo, impuso a esas revoluciones pesadas condiciones de subordinación a los modelos burocráticos y los intereses nacionales de la Unión Soviética.

Los marxistas, hoy más que nunca, están obligados a discernir entre lo que es solidaridad internacional y lo que es interés nacional del Estado soviético en sus enfrentamientos con otras potencias. Un análisis marxista desprovisto de visiones estatistas e ideológicas mostrará en todos los casos el predominio absoluto en la política soviética de su propio interés nacional-estatal. Los archivos, en su momento, lo confirmarán si el menor lugar a dudas.

Esas revoluciones hicieron bien en utilizar la contradicción entre la clase gobernante soviética y el capitalismo internacional, entre la Unión Soviética y Estados Unidos (así como, por ejemplo, la rebelión irlandesa de la Pascua de 1916 aprovechó la guerra entre sus colonizadores británicos y Alemania). Los marxistas, por el contrario, harían mal en idealizar aquella contradicción y confundir políticas dictadas y limitadas por el interés nacional-estatal con políticas socialistas y revolucionarias. Harían mal también en olvidar, en nombre de una visión estatista de la lucha de clases y la revolución, que la mayor

revolución de este siglo, la revolución rusa de 1917, pudo vencer sin otro apoyo que sus propias fuerzas y la solidaridad de los trabajadores de Europa y del mundo; y que la revolución china triunfó en 1948 contra la opinión y las advertencias de los soviéticos.

4. El régimen burocrático sólo pudo imponerse venciendo la resistencia de los marxistas soviéticos de todas las tendencias. No los pudo silenciar, tuvo que exterminarlos y cubrirlos de lodo. Todavía no se ha terminado de conocer esta resistencia heroica. El Estado totalitario soviético tuvo que falsificar la historia paso a paso. Como todo régimen de ese tipo, es particularmente vulnerable a las ideas, sobre todo porque se cubre con ideas a las cuales niega y suprime en la práctica.

Los socialistas y marxistas están obligados a ir a fondo en la historia, el análisis y la comprensión de esta lucha a muerte contra las ideas. No se trata de deformaciones o desviaciones de un ideal original. *Son rasgos consustanciales de Estado burocrático alzado sobre la derrota de los bolcheviques, los marxistas, los socialistas y el pueblo soviético a partir de los años veinte.* La teoría de las supuestas «deformaciones» sólo sirve para cubrir la realidad, la novedad, y la esencia antisocialista -es decir, enemiga de la justicia, la libertad y la igualdad- del régimen burocrático y para ahorrar a quienes creyeron en él y lo apoyaron la necesidad de una revisión a fondo y sin concesiones del pasado.

El socialismo no fue derrotado ahora en la Unión Soviética. Fue derrotado en terrible lucha entre los años veinte y los años treinta por la burocracia estatal conservadora que alzó un Estado represivo y subordinó a él a los comunistas de todo el mundo. Lo que ahora fue derrotado por el capitalismo no es el socialismo, sino el régimen económico retardatario de esa

burocracia estatal. Lo que está siendo cuestionado y desintegrado por sus propios pueblos es su régimen político.

La tragedia es que ese régimen adoptó el nombre del socialismo, pero nunca sus valores y sus ideales, y ahora se repliega y se desintegra en la confusión. Mientras los marxistas y los socialistas no aclaren esa confusión, *en primer lugar en sus propias cabezas, ideas y concepciones*, sobre el presente y el pasado de la Unión Soviética y en consecuencia sobre los suyos propios, se les seguirá escapando el sentido profundo de los actuales acontecimientos y continuarán desgastándose en explicaciones narrativas y coyunturales que en corto tiempo es preciso sustituir por otras nuevas.

5. La polémica teórica soviética a partir de los años veinte versó sobre todos los puntos de la construcción del socialismo y sobre la idea misma de socialismo. Es imposible hacer un trabajo marxista serio sin recuperarla.

Fueron significativas en América Latina las modas teóricas (por ejemplo, Gramsci o Althusser), particularmente en el seno del marxismo académico, que ahorraron a muchos hacer un ajuste de cuentas teórico con el comunismo soviético y el stalinismo, mientras los grandes debates de los marxistas soviéticos han merecido atención apenas episódica o han sido tratados como hechos históricos antes que como hechos teóricos. La peor superficialidad en estos casos es la que consiste en afirmar, sin otra prueba que la propia ignorancia de los escritos de Marx, de Luxemburgo o de Trotsky, que el stalinismo está ya contenido en el marxismo o que stalinismo y trotskismo son «hermanos enemigos». No conozco ningún caso en que, si se excluye la mala fe, no sea una sustancial ignorancia la base de esas afirmaciones

tranquilizadoras. Pero en la actividad intelectual, científica o académica, *dictaminar sobre lo que se ignora es una actitud carente de toda ética.*

En la raíz de aquellos debates soviéticos está la concepción misma de la historia, del trabajo humano y del socialismo. Se me permitirán algunas citas, reproducidas aquí no como argumento de autoridad sino simplemente como ilustración y recordatorio de los temas, la profundidad y actualidad de los argumentos que se cruzaban en aquellas discusiones:

Reducida a su base primordial, la historia no es más que la persecución de la economía de trabajo. El socialismo no podrá justificarse por la simple supresión de la explotación: es necesario que asegure a la sociedad mayor economía de tiempo que el capitalismo. Si esta condición no se cumpliera, la abolición de la explotación no sería más que un episodio sin porvenir.

Escribía León Trotsky en 1936 en *La revolución traicionada*, libro que es en cierto modo una síntesis de esos debates ahogados en sangre en ese mismo año 1936 con el inicio de los grandes procesos de Moscú, a los cuales siguieron por largo tiempo el silencio, la noche y la niebla.

Esta economía de tiempo, esta productividad del trabajo, *sólo puede medirse a escala mundial.* En marzo de 1930, en el prólogo da la edición en Estados Unidos de *La revolución permanente*, León Trotsky escribía:

El marxismo considera a la economía mundial no como la suma de parte nacionales, sino como una realidad poderosa, independiente, creada por la división internacional del trabajo y el mercado mundial y que, en la época presente, predomina sobre los mercados nacionales. Las fuerzas productivas de la sociedad capita-

lista han sobrepasado desde hace mucho las fronteras nacionales. La guerra imperialista fue una expresión de este hecho. Desde el punto de vista de la producción y de la técnica, la sociedad socialista debe representar una etapa más elevada en comparación con el capitalismo. Tratar de construir una sociedad socialista nacionalmente aislada significa, pese a todos los éxitos pasajeros, arrojar hacia atrás las fuerzas productivas, incluso en relación con el capitalismo. Intentar alcanzar, independientemente de las condiciones geográficas, culturales, e históricas del desarrollo del país, que constituye una parte del mundo entero, una proporcionalidad acabada de todas las ramas de la economía en el marco de las fronteras nacionales, significa perseguir una utopía reaccionaria.

6. Ya desde aquellos años, las polémicas de los opositores soviéticos exigían la *utilización plena del mercado y de la democracia* como correctivos y bancos de prueba de la planificación de la economía. Escribió Trotsky en octubre de 1932, en *La economía soviética en peligro*:

Los innumerables participantes de la economía estatzada, particulares, colectivos e individuales, manifiestan sus exigencias y las relaciones entre sus fuerzas no sólo por la exposición estadística de las comisiones de planificación, sino también por la influencia inevitable de la oferta y la demanda. El plan se verificará y en gran medida se realizará por intermedio del mercado. La regularización del propio mercado debe basarse en las tendencias que en él se manifiestan.

Los organismos mencionados deben demostrar su comprensión económica mediante el cálculo comercial. El sistema de la economía de transición no se puede considerar sin el control del rublo. Esto supone por lo tanto que el rublo sea igual a su valor. Sin la firmeza de la unidad monetaria, el cálculo comercial no hará más que aumentar el caos.

(...) Sólo la coordinación de estos tres elementos: la planificación estatal, el mercado y la democracia soviética, pueden asegurar una dirección justa de la economía de la época de transición.

Y en 1936, en *La revolución traicionada*, Trotsky agregaba:

Esta función del dinero (la acumulación), unida a la explotación, no podrá ser liquidada al comienzo de la revolución proletaria, sino que será transferida, bajo un nuevo aspecto, el Estado comerciante, banquero e industrial universal. (...) El papel del dinero en la economía soviética, lejos de haber terminado, debe desarrollarse a fondo. La época de transición entre el capitalismo y el socialismo, considerada en su conjunto, no exige la disminución de la circulación de mercancías sino, por el contrario, su extremo desarrollo. (...) Por primera vez en la historia, todos los productos y todos los servicios pueden cambiarse unos por otros. (...) El aumento del rendimiento del trabajo y la mejora de la calidad de producción son absolutamente imposibles sin un patrón de medida que penetre libremente en todos los poros de la economía, es decir, una firme unidad monetaria.

Como estos y otros incontables ejemplos pueden mostrar, *glasnost* y *perestroika* son apenas tardías versiones burocráticas, pero no por ello menos imposterables, de lejanas demandas y propuestas de los marxistas soviéticos. Llegan tarde, sin embargo, cuando la acumulación de anteriores rezagos y desastres y la complejidad de los desafíos nacionales y mundiales las han convertido en medidas defensivas de un orden burocrático ya cercado y minado por la ofensiva multiforme y poderosa de las mercancías y de las fuerzas productivas del capitalismo mundial.

7. El presente retroceso desordenado hacia el capitalismo -pese a la resistencia de buena parte de los soviéticos- tiene su temprano e inexorable origen en la teoría y práctica de la construcción del *socialismo en un sólo país*. Esa teoría, formulada por primera vez por José Stalin en 1924 y convertida en base doctrinaria y lugar común en la mente de los comunistas de todos los países, sigue dominando los análisis y las visiones de muchos socialistas que critican el actual estado de cosas en la Unión Soviética y los países del Este europeo, pero ven sus orígenes en los años sesenta o setenta y no en la ruptura social y política de los años veinte. En 1930, León Trotsky escribía:

Desde el punto de vista de los principios, la separación con el marxismo de la escuela de Stalin en la cuestión de la construcción del socialismo no es menos significativa que, por ejemplo, la ruptura de la socialdemocracia alemana con el marxismo en la cuestión de la guerra y del patriotismo en el otoño de 1914, es decir exactamente diez años antes del viraje stalinista. Esta comparación no tiene carácter accidental. El «error» de Stalin, así como el «error» de la socialdemocracia alemana, es el socialismo nacional.

La idea reaccionaria del socialismo nacional o del «socialismo en un solo país» conduce a identificar al socialismo no con una relación social *y una sociedad superior en cultura, en libertad y en productividad al capitalismo como sistema mundial*, sino con el Estado nacional del país que se declara socialista. El socialismo deja de ser entonces la libre actividad de los productores organizados, la autointegración de la sociedad, para convertirse en la acción del «Estado socialista»

El Estado nacional se convierte así en el sujeto y

el portador del socialismo y su aparato burocrático termina contraponiéndose por un lado al capital como un *valor que se valoriza* y por el otro lado al socialismo como *trabajo que se autogarantiza*. No es sorprendente la popularidad alcanzada por esta doctrina en amplias capas de la intelectualidad que se identifican a sí mismas con el Estado, no con la autorganización independiente de los trabajadores, y cuyo pensamiento político va siempre del aparato estatal a la sociedad, nunca de la sociedad a ese aparato.

La idea de la existencia de un «campo de Estados socialistas» y su absurdo corolario, la idea de «los dos mercados mundiales» no es más que la extensión de esta concepción estadística del socialismo.

De este modo, se pierde totalmente la visión marxista de una *entera época de transición global al socialismo* a escala mundial, como tuvo lugar en su momento la transición entre feudalismo y capitalismo. Esa visión está presente en Marx desde *La ideología alemana* hasta los *Grundrisse*, la correspondencia con Engels o las últimas cartas a los populistas rusos.

Esa transición multiforme y compleja está conformada y jalonada por luchas, avances y retrocesos políticos, económicos, sociales y culturales dentro y fuera de las fronteras de los diversos Estados nacionales, procesos que en su conjunto van cambiando el mundo y constituyen la transición epocal. Esa visión universal viene sustituida por la perspectiva de una serie de victorias nacionales en las cuales se «instaura el socialismo» en cada país a partir del momento de la conquista del poder político del estado por las fuerzas que se declaran socialistas. Es decir, se retrocede de la visión del socialismo como una suma de sistemas socialistas nacionales, un «campo de Estados socialistas» que se enfrenta a un

«campo de Estados capitalistas». Todavía hoy este pensamiento estatista sigue siendo dominante en la mayoría de las corrientes de ideas y organizaciones que se declaran socialistas. Quedan por eso desamparadas ante la desintegración desde adentro de lo que llamaban el «campo socialista».

8. Los Partidos Comunistas de todos los países se organizaron sobre esta teoría y este programa ajeno al marxismo. Lo mismo que sus diversos «compañeros de ruta» políticos o intelectuales. Todos ellos han justificado, defendido y propuesto como modelo, en uno y otro momento, el *socialismo estatista* de la Unión Soviética. Todos han ignorado, encubierto y en muchos casos compartido los crímenes de la burocracia soviética. El daño que los Partidos Comunistas y sus satélites han causado durante décadas a la idea misma de socialismo es incalculable.

No se trata de negar el heroísmo, las luchas y la sinceridad de muchos militantes y dirigentes comunistas. Decenas y cientos de miles de ellos han dedicado sus vidas a esa lucha o han muerto combatiendo por el ideal del socialismo y contra el horror y la opresión del capitalismo. Pero también los cristianos han mostrado las mismas cualidades y esto no prueba la justeza de sus ideas y sus concepciones. Se trata de que ante la catástrofe universal del comunismo soviético no se puede cubrir el error teórico con la rectitud de las intenciones o las conductas personales.

Los Partidos Comunistas y sus teóricos y escritores han justificado la dictadura de la burocracia, han negado sus crímenes, han defendido la idea y la práctica del partido único de Estado, han silenciado hechos monstruosos como la división nacional de Alemania, el muro de Berlín y la represión contra las nacionalidades en la Unión Soviética, han minimiza-

do y a veces hasta justificado los mayores crímenes contra la idea de socialismo cometidos por un Estado -y luego una serie de Estados- en forma sistemática y organizada, en defensa del poder, los privilegios y la política de una casta burocrática de advenedizos, opresores y explotadores.

Sobre esa base, han desarrollado una visión estatista, y en el mejor de los casos redistribucionista, de lo que sería la sociedad socialista y han contribuido a confundir las ideas de millones y millones de revolucionarios en todos los países y a alejar del socialismo, hoy, a miles de millones de seres humanos, para quienes el socialismo ha quedado identificado con el régimen en dictatorial y atrasado de la burocracia estatal soviética.

Cuando la casa se derrumba sobre la propia cabeza, no se puede ir a ver cuál reparación de último momento estuvo mal hecha. Es preciso estudiar e ir a fondo. *Todos los socialistas, es decir, todos cuantos compartimos la idea de un mundo posible de justicia, igualdad y libertad entre los seres humanos, estamos obligados a hacerlo.* Los comunistas, que confundieron al régimen burocrático con la antesala de ese mundo, más que nadie.

Frente a la explotación, la crueldad y la inhumanidad del sistema capitalista, tal como la vivimos día con día, esa recuperación de los ideales originales del socialismo es la tarea más urgente de la última década de este siglo de las grandes revoluciones.

9. En las grandes jornadas de 1989, año mágico en el siglo, desde los días de Tienanmen hasta la caída del muro de Berlín, una casta explotadora y su régimen de opresión fueron asediados, sacudidos y en diversos lugares derrotados. Como ha sido analizado en otros lugares (ver, entre otros, mi ensayo «Tesis sobre China», *Cuadernos Políticos*, no. 59/60,

México, agosto 1989), esto tiene que ver con otros grandes cambios mundiales a partir de la mitad de los años setenta: reestructuración mundial del capitalismo, revoluciones tecnológicas, transformaciones del mundo del trabajo, retroceso de las posiciones y las conquistas de los trabajadores en los grandes países capitalistas industriales y semindustriales, debilitamiento de los *Welfare States* y sus «pactos sociales», crisis arrasadora en los países subordinados y menos desarrollados (el llamado «Tercer Mundo»).

Pero, hecho determinante para cualquier perspectiva futura, aquellos regímenes no pudieron ser destruidos por las armas capitalistas ni fueron derribados por una guerra universal cuyas destrucciones habrían enviado hacia un futuro lejano cualquier idea de socialismo. Se derrumbaron o fueron obligados a retroceder en el terreno económico por su ineptitud para la competencia en el mercado mundial y en terreno político por la movilización nacional y democrática y la sublevación de sus propios pueblos. Para la gente y para los marxistas esto representa una diferencia capital: la vía del capitalismo para combatir al socialismo y destruir a los regímenes que en su nombre lo enfrentaban era la *guerra*, no las revoluciones democráticas, como todo el siglo lo ha probado con creces, desde las invasiones y las guerras contra la Unión Soviética en 1918-1921 y 1941-1945, hasta China, Corea, Cuba, Vietnam, Granada, Nicaragua y la «guerra estelar» de Ronald Reagan. La guerra global fue evitada y son los propios pueblos de Europa del Este, no la intervención militar extranjera, quienes están buscando o inventando sus caminos incluso contra la dominación extranjera, aunque ésta se dijera «socialista».

Esos pueblos se alzaron contra regímenes esta-

tistas, autoritarios y opresores en pos de las mismas antiguas ideas: justicia y libertad. Si estas ideas se les aparecen ahora bajo la forma idealizada de la libre circulación de mercancías y del mercado como supuesto vehículo de un reparto más justo contra la arbitrariedad y el privilegio impuestos por el comando burocrático, la responsabilidad total de esta *visión invertida de la realidad* recae sobre esos regímenes, que simbolizaba ante esos mismos pueblos la negación de cualquier justicia y de toda libertad.

Les llevará un tiempo y dolorosas experiencias el aprendizaje de lo que es el reino del privilegio, la injusticia y la exclusión bajo el capitalismo. Pero, cualquiera sea este difícil trayecto por delante, el hecho es que era necesario derribar primero aquellos regímenes *desde abajo*, como ha sucedido, para que las cabezas de millones y millones de seres humanos en todos los países pudieran liberarse, en la experiencia práctica social y en la propaganda o en los estudios críticos, de la funesta identificación entre el socialismo y Estados burocráticos y autoritarios, de la larga pesadilla del «socialismo real».

Se podrá decir que habría sido mejor que esto ocurriera a través de movilizaciones antiburocráticas por el socialismo que preservaran muchas conquistas que hoy el capitalismo amenaza, tal vez. Pero ocurrió de otro modo y es siempre mejor esta *explosión democrática desde abajo* que el congelamiento de toda perspectiva socialista por la presencia abrumadora de ese bloque que cerraba el camino, los regímenes del llamado «socialismo real». Uno de los mayores crímenes cometidos por las castas gobernantes en esos países es que las revoluciones democráticas y liberadoras que cubrieron el año 1989 no hayan podido contar con la visión teórica del marxismo ni con el programa del socialismo, falsificados y

reducidos por esas castas a la función de ideología de su dominación y en consecuencia repudiados por sus pueblos.

Esos movimientos han abierto paso por ahora a nuevos procesos capitalistas y hasta pueden desembocar en gobiernos militares: el futuro puede reservarnos un Jaruzelski ruso. Sin embargo estos procesos restauradores, como la historia de las revoluciones (incluida la mexicana) ha podido demostrarlo muchas veces, *no podrán disolver o hacer desaparecer de la conciencia colectiva, la trama de relaciones culturales y de solidaridades entretajidas en la vida social a partir de la revolución de Octubre y en las décadas posteriores.* Tendrán que hacer las cuentas con ese patrimonio espiritual y social que constituye en si mismo una fuerza material. Y esa poderosa incógnita está lejos de haber sido despejada.

No hace mucho Luciano Garcia, viejo revolucionario y organizador sindical mexicano desde los años treinta, llamó mi atención sobre un documento de la Oposición de Izquierda en el Partido Comunista soviético. Tan temprano como 1927, apenas diez años después de la revolución, ese documento que ya entonces habia que repartir ilegalmente decía:

Durante los próximos quinquenales quedaremos todavía lejos de los países capitalistas avanzados. ¿Qué sucederá en ese tiempo en el mundo capitalista? Si admitimos que pueda disfrutar de un nuevo periodo de prosperidad que dure algunas decenas de años, hablar de socialismo en nuestro país atrasado será una triste necesidad. Tendremos que reconocer que nos engañamos al considerar nuestra época como la de la putrefacción del capitalismo. En este caso, la República de los Soviets será la segunda experiencia de la dictadura del proletariado, más larga y más fecunda que la de la Comuna de París, pero al fin y al cabo una

simple experiencia. El proletariado europeo necesita un tiempo mucho menos largo para tomar el poder que el que nosotros necesitamos para superar, desde el punto de vista técnico, a Europa y a Estados Unidos... Mientras tanto, tenemos que reducir sistemáticamente la distancia entre el rendimiento del trabajo en nuestro país y el de los otros. Mientras más progreseemos, estaremos menos amenazados por la posible intervención de los precios bajos y, en consecuencia por la intervención armada.

La historia, como siempre, resultó mucho más compleja y enredada. el proletariado europeo no tomó el poder, vino primero la intervención armada (1941) y mucho después la de los precios bajos, y otras cosas sucedieron. Pero la sorprendente claridad de aquella visión estratégica de largo plazo y de sus elementos fundamentales es indiscutible. Todavía no se puede asegurar que el peor de esos pronósticos - la revolución rusa como una segunda y gigantesca Comuna de París- haya terminado por cumplirse. Parece evidente, sin embargo, la superioridad y la objetividad de este método de análisis frente a la ceguera sin futuro de la teoría del socialismo en un solo país. Es el método que es preciso recuperar.

10. La actual ofensiva planetaria del capital no sólo aspira a destruir cuanto subsiste de la revolución de Octubre en la Unión Soviética, en China y en otra partes del mundo. Quiere borrar la idea misma del socialismo de las mentes y los sueños de los seres humanos. Por seguir o que sea el fracaso de esta tentativa -el socialismo renace todos los días en la rebeión contra la explotación del capital, en las relaciones de cooperación y solidaridad de los trabajadores y en las movilizaciones democráticas de los pueblos-, es igualmente seguro que el socialismo no podrá recuperar su lugar en las esperanzas humanas ni el

marxismo el suyo como teoría revolucionaria sino a través de una profunda reorganización crítica de las ideas socialistas y una recuperación y actualización de las premisas marxistas, la primera de ellas la idea de la transición como una época planetaria entera.

Nuestro siglo de revoluciones y contrarrevoluciones debe ser nuevo objeto de estudio global del marxismo. Los remiendos sucesivos del jruschovismo, el breznevismo y el gorbachovismo, recibidos apologeticamente cada vez por los seguidores de la teoría del socialismo en un solo país, deben ser sometidos a la misma crítica radical.

El socialismo no podría avanzar como fuerza política organizada sin *alianzas políticas* y acuerdos de esos tipos más variados en las diferentes situaciones concretas, sea con determinados sectores o ideólogos de la burocracia o con otras fuerzas diversas puestas en libertad por la crisis de esos regímenes.

Pero el marxismo no es una simple idea política. Es una teoría de la sociedad capitalista, de sus formas de explotación y alienación y de sus insalvables contradicciones; de las relaciones de dominación y subordinación entre los seres humanos y de las condiciones de su abolición; y de la conformación bajo el capitalismo de una moderna clase de trabajadores asalariados (no solamente de obreros industriales) en cuyas relaciones de *cooperación y solidaridad* estaría el germen, presente en esta sociedad, de las posibles relaciones de una sociedad futura de productores libremente asociados, de mujeres y hombres libres e iguales.

En tanto teoría moderna de la dominación, la alienación, la explotación, la revolución y la liberación, el marxismo no hace *alianzas teóricas* ni combinaciones eclécticas de diversas teorías. Con esa condición, la crisis deberá ser también ocasión e inicio de

una nueva acumulación en el pensamiento marxista y el programa del socialismo.

11. El nuevo terreno de esta acumulación teórica y política es la singular combinación que vivimos entre la apertura de nuevos horizontes de expansión para el capitalismo su previsible absorción de poblaciones enteras crecidas y educadas en relaciones ajenas al capitalismo, y al mismo tiempo los síntomas persistentes de declinación en el centro todavía mas poderosos del sistema, Estados Unidos. El derrumbe de los Estados burocráticos en Europa, la expansión territorial del capitalismo y su reestructuración en nuevos grandes bloques, vuelve a plantear la posibilidad de guerras intercapitalistas por un nuevo reparto del mundo. Panamá y el Golfo Pérsico podrían ser apenas vislumbres de este viraje de la historia. La barbarie capitalista está lejos de haber tocado sus límites.

Al mismo tiempo, seguimos asistiendo a una expansión sin precedentes, en profundidad y en extensión, del conocimiento, la cultura y el número de los trabajadores asalariados bajo nuevas y cambiantes formas de organización del trabajo y la producción. Se configura así una confirmación y una mutación de lo que para la teoría marxista es la contradicción social dominante del siglo: la contradicción entre el trabajo y el capital, que colora epocalmente todas las otras complejas contradicciones y relaciones entre los seres humanos y entre éstos y la naturaleza, *cada una de las cuales sin embargo debe ser tratada en su propio mérito y no asimilada a ninguna otra.*

Ese es también el terreno de la reorganización del moderno pensamiento marxista, imposible bajo cualquiera de las versiones del socialismo nacional.

12. Los socialistas y los marxistas hemos recorrido en este siglo un largo camino. No renegamos de

nada, luchas, aciertos y errores. La idea socialista, a lo largo de nuestro siglo, cambió el mundo; permitió conquistas imborrables ya incorporadas a la vida social en todos los países; iluminó las mayores luchas y movilizaciones liberadoras de la humanidad; y digo actualidad viviente y secular, contra la humillación, la opresión y la explotación de los regímenes capitalista y precapitalistas, a las antiguas aspiraciones humanas de justicia, libertad, igualdad, solidaridad, y conocimiento.

El socialismo ha sido la guía y el motivo de los sentimientos, los sueños y las acciones más generosas en nuestra época. El siglo, que parece cerrarse con un repliegue general del socialismo, se cierra en cambio con los prolegómenos materiales de una nueva liberación de esas ideas que al socialismo dieron origen.

La crisis significa también la desvalorización de las viejas ideas, los antiguos conocimientos y la fuerza de trabajo intelectual que era su portadora, así como la apertura de una nueva acumulación. Estamos al comienzo de un nuevo ciclo de acumulación teórica, comienzo no marcado por la aparición de alguna otra fundadora sino por acontecimientos planetarios y epocales.

Pero el marxismo, como todos sabemos, no es sólo una teoría sino también una práctica. Exige por eso un *ética* que otras teorías y conocimientos no demandan. No ha habido nunca y no habrá reorganización del ideal socialista y de la teoría marxista sin una idea moral en sus cimientos. Nada se puede reconstruir sobre la ignorancia, el ocultamiento, la mentira y la calumnia. La *ética* de las ideas es también una crítica de la práctica y ésta sólo es posible si la preside una *ética de la conducta política marxista*, exigencia desconocida, innecesaria o antagónica para

otras escuelas de la política. Esa es también la gran lección del desastre de las dictaduras burocráticas y de las mentiras y falsificaciones del socialismo en un solo país.

Ninguna discusión que oculte en todo o en parte el pasado, que se niegue a ver y criticar el error teórico y sus inexorables y funestas consecuencias prácticas o que intente poner los límites de los intereses particulares al instrumento universal de la crítica, tendrá el menor futuro.

El pueblo de lo que fueron los países soviéticos, en la riqueza acumulada de su experiencia y su pensamiento social e individual, guarda potencialidades todavía no reveladas para el futuro del socialismo. Sólo se nos mostrarán y nos iluminarán si no ponemos límites artificiales o arbitrarios a nuestra crítica, nuestro conocimiento y nuestro aprendizaje del pasado.

13. Como alguien que ha vivido en este siglo, «nuestra patria en el tiempo», no alcanzó a ver ahora razones valederas para la tristeza, la desolación y el desconcierto que gana a tantos socialistas. ¿Es que se han olvidado de cuánto quedó ya a nuestras espaldas?

Este fue el siglo del fascismo y el nazismo, sus campos de exterminios, sus hornos de cremación, su genocidio de los judíos; de los doce millones de muertos, según Jruschov, en las represiones stalinistas; de las guerras coloniales y la tortura metropolitana; de las hambrunas en África y las devastaciones de la naturaleza del planeta; de las dos guerras mundiales y las innumerables guerras entre naciones; de las deportaciones de pueblos y el genocidio de los armenios; del racismo y el macartismo en Estados Unidos, el *apartheid* en Sudáfrica y el despojo de su patria a los palestinos; de la traición

comunista a Barcelona en 1937 y la barbarie franquista; de China invadida por Japón y de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki; de Camboya arrasada por los bombardeos de Estados Unidos y después por los comunistas de Pol Pot; de Vietnam martirizado por los franceses y estadounidenses y de la guerra entre China y Vietnam; de las guerras religiosas en la India y el Shah y el Ayatollah en Irán; de las atrocidades de los militares argentinos contra su propio pueblo y de la crueldad de la Thatcher asesinando presos irlandeses; de la entrada de los tanques soviéticos en Budapest y en Praga y de la masacre de comunistas en Indonesia; de la interminable tiranía en Guatemala y la larga guerra sucia de los militares contra la democracia y el pueblo de El Ecuador.

Como el ángel de la historia de Walter Benjamin, esta pirámide de ruinas podemos contemplar si miramos hacia atrás en nuestro tiempo. Pero por cada una de esas ruinas, se alzan en el siglo aéreas arquitecturas de devoción, heroísmo y solidaridad levantadas por los seres humanos en su infatigable resistencia, en la interminable persecución de su propia libertad. Desde la revolución mexicana de 1910 hasta la vietnamita de 1975, la nicaragüense de 1979 y las europeas de 1989, este es también el siglo de las revoluciones. Sólo una gran hipocresía o una gran ignorancia puede separar la maduración del reclamo democrático en este fin de siglo de la obra libertadora y demoledora de imperios, opresiones, dinastías y tiranías que estas revoluciones realizaron, casi siempre acosadas y combatidas por el poder militar y financiero de Estados Unidos, Gran Bretaña y las otras grandes potencias «democráticas».

También en este siglo echó raíces universales la

democracia, que *no nos fue dada en parte alguna como un subproducto del mercado*. En toda América Latina, el respeto al voto no fue gracia concedida por las clases gobernantes, terratenientes y capitalistas. Fue arrancado en durísimas luchas por los trabajadores, los campesinos, los pobres, las mujeres, los jóvenes contra las oligarquías agrarias y el capitalismo bárbaro y militarista. Así fue en Chile, Argentina y Uruguay, en Brasil y Venezuela, en Perú, Bolivia, Ecuador y Colombia, en Costa Rica y el Caribe. Así deberá de ser, todavía, al menos en México, Panamá y Centroamérica.

El socialismo y el marxismo latinoamericanos tendrán también que rescatar plenamente su memoria histórica, muchas veces borrada o deformada por la historia oficial del «marxismo-leninismo», dogma que hoy se ha desplomado junto con el muro de Berlín y con las glorias de Stalin y Breznev. Las raíces de nuestro socialismo se entrecruzan en la historia latinoamericana con las rebeliones y movimientos agrarios, sindicales, nacionales y antimperialistas. Esa es nuestra estirpe, no la que nos inventaron los autores de manuales, así como la estirpe del socialismo francés está en 1789, 1848 y 1871 y la del soviético en los populistas y los marxistas rusos.

Entonces recuperaremos, desde las primeras décadas de este siglo, a los sindicalistas revolucionarios que en Estados Unidos, México, Cuba, Brasil, Argentina, Chile, Bolivia o Uruguay organizaron por todo el continente sindicatos, huelgas y huelgas generales desde comienzos de este siglo; al socialismo agrario de Emiliano Zapata y su república campesina de Morelos y a los organizadores de movimientos campesinos en todos los países; y a los grandes nombres de nuestra compleja y larga estirpe socialista latinoamericana, los protagonistas olvidados, pos-

tergados o embalsamados por las historias partidarias oficiales, ellos mismos con sus luces y sus sombras como todos los humanos de esta tierra.

14. *Revoluciones democráticas* es el nombre de los actuales movimientos de los pueblos para conquistar su derecho a gobernarse. Los acecha una nueva dominación del capital y del dinero, que como siempre trae consigo la exclusión, la opresión, la pobreza para muchos, la riqueza para pocos y las guerras para todos. Pero antes de poder organizarse para enfrentarlas con los ojos abiertos -lo llevará tiempo, trabajo y sufrimientos-, a esos pueblos les era indispensable dejar atrás la opresión burocrática del pasado inmediato, su universo mental de mentiras impuestas y de doble lenguaje, su mundo de verdades negadas y de historia oficial, sus aparatos corruptos, secretos, arbitrarios e impunes.

La dominación burocrática, orgánicamente sustentada en la hipocresía, es la mayor enemiga de la organización libre y autónoma y la independencia de las fuerzas y el pensamiento del trabajo. Sin estas condiciones, la lucha por el socialismo y el socialismo son inconcebibles. *Romper desde abajo esa dominación, como de hecho ha ocurrido, era y sigue siendo la primera condición para organizar esta lucha sobre bases más extensas y experiencias históricas mayores y más profundas.*

Rompiendo la noche es el título del libro donde Piatniski relata el combate heroico, silencioso y clandestino de los bolcheviques contra la autocracia y la censura zaristas en los primeros años de nuestro siglo. *Es medianoche en el siglo*, llamaba Víctor Serge en 1937 a su crónica sobre el horror de la dictadura stalinista. *La noche quedó atrás*, titulaba Jan Valtin a la historia de su escape individual de los infiernos gemelos del stalinismo y nazismo. La metáfora ambi-

ADOLFO GILLY

gua de la noche alude a los orígenes a la vez iluministas y románticos de la rebeldía de los marxistas. Vivimos ahora días de ilusiones perdidas para unos y pesadillas disueltas para otros. No basta. Para poder liberar de la noche al socialismo, es preciso antes restablecer la verdad y la memoria y poner en libertad a la palabra. En eso estamos.

*San Angel, México, D. F.,
27 de noviembre de 1990.*

EL DERRUMBE DEL SOCIALISMO DE ESTADO Y LAS PERSPECTIVA DEL SOCIALISMO MARXISTA

Alejandro Dabat

La crisis del «socialismo realmente existente» tiene una dimensión histórica mucho más amplia que el derrumbe del socialismo de Estado en la Unión Soviética y Europa del Este. Tan importantes como él son otros aspectos actuales de la crisis, como la orientación capitalista de las revoluciones democráticas de masas que lo están demoliendo o los grandes avances de la reestructuración del capitalismo mundial. Pero si además la situamos en un contexto más general que abarque la degeneración muy anterior de la socialdemocracia o los debilísimos logros políticos y sociales del marxismo alternativo en el resto del mundo, resulta evidente que es un fenómeno que envuelve al conjunto del socialismo contemporáneo.

Por esas razones, el debate autocrítico de los socialistas, no puede limitarse a una mera crítica externa al corazón ideológico del marxismo burocrático que hoy fenece (stalinismo, leninismo). Debe más bien, abordarse desde una perspectiva histórica y teórica mucho más amplia que abarque las causas y el desenvolvimiento del fenómeno, que lo sitúe en el contexto de las nuevas condiciones y problemas del mundo actual y que lo contraste con la propia teoría marxista.

Sin este tipo de debate amplio y descarnado, la

propia teoría del socialismo perderá sentido, y la propia lucha de los trabajadores y explotados no tendrá otra guía que la crítica moral a la injusticia o la creencia religiosa en alguna vieja o nueva forma de utopía.

Para abordar ordenadamente algunos de esos problemas, dividiré la exposición en tres partes. En la primera, trataré de ubicar la crisis en una perspectiva histórica. En la segunda, de situarla en el contexto de la tradición teórica marxista y el debate histórico socialista. En la tercera, finalmente, esbozaré algunas ideas en torno a las posibilidades y perspectivas de un nuevo tipo de socialismo adecuado a las condiciones del mundo moderno.

1. El derrotero histórico del socialismo de estado

La crisis del socialismo «realmente existente» es un fenómeno mundial que abarca al conjunto de los países regidos por el socialismo de Estado ¹, al bloque internacional por ellos constituido (el llamado campo socialista), a los Estados periféricos capitalis-

1. Entre todas las concepciones utilizadas para denominar a la formación social de esos países utilicé la de socialismo de Estado por considerar que es la que más se ajusta a la caracterización del fenómeno. Se discute con razón sobre la posibilidad y conveniencia de llamar socialista a un tipo de régimen social tan alejado de la idea marxista original. Pero dado que constituye un resultado del tipo de construcción socialista (o, si se quiere, de transición al socialismo) iniciado a nivel mundial a partir de la revolución socialista rusa de 1917, me parece evidente que es una modalidad primitiva de socialismo o, más estrictamente, un protosocialismo burocrático. Debe recordarse que en El Manifiesto Comunista, el propio Marx reconoció la existencia de muy distintos tipos de socialismo como el feudal, el pequeño burgués, el burgués o el utópico.

tas o semicapitalistas asociados a su órbita de influencia, a los partidos capitalistas o semicapitalistas asociados a su órbita de influencia, a los partidos y movimientos políticos integrantes del movimiento comunista oficial o vinculados a los centros y sub-centros del mismo, y a la propia teoría y cultura emanada de ese socialismo. Es por tanto, un fenómeno global que sólo puede ser comprendido adecuadamente desde una perspectiva histórica muy amplia.

La conformación del socialismo de Estado y el llamado campo socialista fue la cristalización final del proceso de transformación social mundial iniciado por la revolución rusa de 1917. Como tal, fue el resultante de la conjunción entre el proyecto jacobino de revolución desarrollado por los bolcheviques y las condiciones históricas internas e internacionales en que operó: la vastedad y el atraso relativo de la Rusia prerrevolucionaria, su aislamiento internacional, la crisis del capitalismo mundial desde la primera guerra mundial hasta muy entrada la segunda posguerra, o su expansión internacional a otras áreas del mundo casi siempre más atrasadas que la propia Rusia (con la excepción de algunos países euro-orientales).

Este último nivel -el rasgo burocrático-militar presente en todo momento en la política externa de la Unión Soviética- dio un acusado carácter imperial tanto a la reconstitución de su propio Estado después de la revolución, como a la incorporación al bloque soviético de los países de Europa del Este.

El acelerado crecimiento del poderío económico y político-militar de la Unión Soviética y su asociación ulterior con los países más industrializados de Europa del Este, convirtió al campo socialista en el núcleo de atracción de las revoluciones nacionales del «ter-

cer mundo» que trataban de orientarse hacia una vía no capitalista de industrialización y reforma social. La Unión Soviética les garantizó asistencia técnica, económica y un escudo nuclear protector. Pero en la medida en que lo hizo, difundió sus propias formas de organización económica y política en el conjunto del campo.

El rasgo central del socialismo soviético, fue la estatización total de la economía y la vida social, la completa eliminación de la democracia política y las libertades civiles y la ideologización extrema de la cultura y la propia ciencia. La sociedad se estructuró entorno a una pirámide administrativa de poder (la llamada «nomenclatura»), cuya cúspide burocrática y militar detentó enormes privilegios de función, que la convirtieron en una clase explotadora (monopolio de la gestión de los medios de producción y la información, utilización discrecional del patrimonio público, acceso exclusivo a los bienes de consumo escasos, etcétera).

En este marco, la clase obrera (como el conjunto del pueblo) fue excluida de las decisiones de poder, de la gestión empresarial o del derecho a la organización sindical independiente, pese a lo cual obtuvo importantes logros en materia de seguridad y servicios sociales, dentro de un contexto distributivo general menos desigual que el capitalista, y (en la época poststalinista de paternalismo burocrático) bastante favorable a la gran masa de obreros no

2. Pasada la época heroica de la industrialización acelerada y la guerra patriótica, tuvo lugar en la Unión Soviética un sensible proceso de atenuación de las grandes desigualdades salariales de la época de Stalin, que coincidió con la desmilitarización del trabajo. El abandono progresivo del pago a destajo, el fuerte incremento de los salarios mínimos generales y la reducción relativa de los ingresos de los ingenieros y técnicos o de las bonifica-

calificados ². También la mujer obtuvo grandes logros sociales, como fue el caso de licencias de maternidad muy prolongadas, el aborto legal y gratuito, la generalización del servicio de guarderías, la incorporación masiva a la educación y el trabajo remunerado. Pero la plena subsistencia de la cultura patriarcal y el enorme retraso en la producción de bienes para el hogar, generalizaron la doble hornada femenina al punto de eliminar prácticamente el tiempo libre de la mujer y excluirla de la actividad cívica y cultural a un nivel mayor que en el capitalismo.

Este tipo de organización social se tradujo en una extremada concentración del poder que -a pesar de su naturaleza despótica y bárbara- permitió entre los años treinta y sesenta procesos muy rápidos de industrialización, urbanización y constitución de una tecnología militar de punta, gracias a la movili-

ciones de la administración, condujeron a un achicamiento muy fuerte del abanico salarial que benefició particularmente a los obreros en desmedro de los empleados y profesionales. Según Nove, entre 1950 y 1978 los salarios nominales percibidos por los obreros se elevaron en 544 por ciento, contra 298 por ciento de los empleados y 387 por ciento de los ingenieros y técnicos, pasando a configurar un cuadro dentro del cual los salarios obreros superaban en 1978 en un 25 por ciento a los de los empleados y eran solo un 12 por ciento más bajos que los de los ingenieros y técnicos (El sistema económico soviético, Siglo XXI, México 1982, p. 281). Lo mismo parece haber sucedido en los restantes países de Europa Oriental (ver por ejemplo Kaser y Zielinski, La nueva planificación económica en Europa Oriental, Alianza, Madrid, 1971). Esta tendencia hacia la igualación entre las dos últimas categorías continuó en la primera mitad de los ochenta (o sea en el período de mayor caída de la productividad y del incremento del ausentismo), al punto de que la *perestroika* la considerara como un obstáculo al mejoramiento profesional de los trabajadores y el restablecimiento de la eficiencia en el trabajo (Ver declaraciones de Leonid Kostín al anunciar la nueva política salarial, publicadas en el suplemento financiero de *Excelsior* del 13 de mayo de 1987).

zación en masa de la fuerza de trabajo, la realización de enormes masas de inversión en la industria pesada y la asimilación sectorial de tecnologías occidental en una época de transformaciones tecnológica mundiales aún relativamente lentas. La enorme concentración del poder asociado al control de la tecnología militar más avanzada, convirtió a la Unión Soviética en superpotencia mundial -amén de su supremacía militar convencional en el continente europeo y el equilibrio nuclear con los Estados Unidos.

Este tipo de desarrollo estatista-burocrático, basado en una organización social estructurada en torno a jerarquías políticas y administrativas, se apartó en cuestiones filosóficas, sociales y políticas fundamentales del ideal socialista original y de la teoría marxista clásica. Pero apareció para sectores muy amplios de la intelectualidad y el movimiento popular de los países coloniales y atrasados como enormemente atractiva y como materialización «real» de los ideales y principios expuestos, en la medida en que fue vista como el único medio de alcanzar un tipo de modernización económica, social y cultural más rápida y, al mismo tiempo, socialmente más justa que cualquiera otra factible de lograr en las condiciones del capitalismo.

Sobre la base de esa paridad militar, y de la suposición -que a la postre se demostraría doblemente errónea- que ese tipo de socialismo garantizaba un crecimiento necesariamente más rápido y superior que un capitalismo supuestamente incapaz de desarrollar nuevas fuerzas productivas, los teóricos del PCUS formularon la idea que dominaría la línea principal del pensamiento socialista de posguerra. Sostuvieron, que si se lograba evitar una guerra nuclear, el campo socialista aventajaría en capacidad productiva al capitalismo en pocos decenios

(mucho antes de la finalización del siglo XX), lo que rompería el equilibrio del poder mundial en su favor mediante la incorporación masiva de los países capitalistas dependientes a su esfera de influencia y la progresiva transformación anterior de los propios países capitalistas avanzados por obra de la acción de los partidos comunistas nacionales.

Al lado de esta concepción estratégica -y estrechamente vinculada a ella- se desarrolló otra alternativa de tipo dependiente-tercermundista radical, que demostraría ser igualmente errónea. Conforme esta última, el derrumbe del capitalismo no proveniría del crecimiento económico de la Unión Soviética y los países industrializados de Europa del Este, sino del desarrollo de revoluciones nacionales en el «tercer mundo», que romperían con el mercado capitalista mundial, estatizarían la producción e impulsarían procesos de industrialización autónomos (o conectados directamente al campo socialista) que privarían a los países capitalista-imperialistas de los sobrebeneficios derivados de la explotación de la periferia. La similitud con el anterior, está en el intento por generalizar la misma vía estatista-burocrática en el desarrollo socialista nacional de cada país, enfatizando en otro tipo de mecanismo de transición mundial al socialismo: la creencia de que el capitalismo no podría subsistir sin el saqueo del tercer mundo.

La experiencia histórica ulterior destruiría, sin embargo, estas expectativas. La crisis del stalinismo de los cincuenta (frustrado intento reformista de Jrushov), la ruptura chino-soviética o las invasiones a Hungría y Checoslovaquia, constituyeron sólo preavisos que operaban en un contexto que parecía ser cada vez más favorable (revolución cubana, guerra de Vietnam, revolución cultural china). En el decenio de los setenta, el tercer mundo fue sacudido

por una oleada impresionante de revoluciones o movimientos nacionalistas adscriptas o aliadas al campo socialista, en Vietnam, Kampuchea, Laos, Afganistán, Yemen del Sur, Irán, Libia, Angola, Mozambique, Cabo Verde, Guinea-Bissau, Etiopía, Zimbabue, Benin, Congo-Brazzaville, Madagascar, la República Sarahuí, Nicaragua, Granada, Jamaica o Surinam. Simultáneamente, el curso de los acontecimientos internacionales en esa década no pudo ser más desfavorable al capitalismo y al imperialismo. Tras la desastrosa derrota sufrida por los Estados Unidos en Vietnam, aparece la OPEP en 1973, y estalla en 1974 la esperada crisis global del capitalismo, a un nivel de profundidad y generalidad sólo alcanzada en la gran depresión de los treinta. Pero el conjunto de estos acontecimientos, en lugar de constituir el prólogo del triunfo mundial del socialismo burocrático, es el comienzo de su ruina.

A diferencia de lo sucedido en la anterior gran crisis del sistema capitalista en los años treinta, el socialismo de Estado en los setenta no se comportó mejor que las economías industriales de Occidente, ni en Europa del Este, ni en la periferia asiática, africana o latinoamericana. Bajo el signo de la decadencia brezhneviana, la economía de la Unión Soviética y de los demás países del campo, entró en una era de pertinaz declinación y estancamiento³, a pesar de los supuestos beneficios que debió brindarle la crisis del capitalismo y el excepcional elevamiento de los precios del petróleo, principal producto soviético

3. Tras haber crecido a una tasa cercana al 6 por ciento entre 1950 y 1970, el producto nacional bruto de la Unión Soviética redujo su dinamismo a un 3.8 por ciento en 1971-75 y aun 2.8 por ciento en 1976-80 (Goldman, *URRS in Crisis*, Norton, New York, 1983). De allí adelante, conforme reconoce Abel Agambegyan, el crecimiento fue prácticamente nulo.

de exportación ⁴. En este contexto que comenzó a declinar acentuadamente el nivel de vida de la población y aparecieron síntomas muy graves de descomposición social, como la generalización del alcoholismo, el ausentismo laboral o la aparición en gran escala de la corrupción administrativa, el mercado negro, la prostitución, que se hicieron públicos en la década siguiente.

En el plano exterior, la descomposición se expresó principalmente en la aparición de las guerras intersocialistas (invasión de la Unión Soviética a Afganistán, de Vietnam a Campuchea, o de China a Vietnam) y en la participación de centenares de miles de soldados soviéticos, vietnamitas o cubanos en guerras civiles internas en Afganistán, Campuchea, Etiopía o Angola. Este tipo de intervención militar generalizada, junto al incremento de los subsidios a los gobiernos involucrados en estas guerras, mereció el repudio del pueblo soviéticos, y gravó aún más a una economía cada vez más frágil. Este conjunto de elementos degenerativos pasaron a adquirir una dinámica incontenible cuando el fin del auge petrolero de los años ochenta, creó una situación económica insostenible.

A un nivel propiamente interno, tal situación debe ser vista como el resultado del agotamiento del

4. Según la revista inglesa *The Economist*, entre los años 1974 y 1980 la producción soviética de petróleo (el principal producto de exportación del país), creció en cerca del veinte por ciento como resultado de la incorporación a la producción de los enormes campos de Siberia occidental, en un período en que los precios internacionales se multiplicaron quince veces, lo que dio al país ingresos externos superiores a los cien mil millones de dólares. (Ver Sección Financiera de *Excelstor* del 7 y 8 de junio de 1990). Tales ingresos externos en divisas fuertes, fueron la base material que permitió la considerable ampliación del apoyo económico y militar a los países extraeuropeos del campo socialista.

patrón de desarrollo económico extensivo de «acumulación socialista originaria» heredado de la etapa stalinista ⁵, y los esfuerzos por prolongarlo infructuosamente en otras condiciones históricas. Como es sabido, la economía stalinista siguió una orientación extremadamente voluntarista -de establecimiento de metas subjetivas y maximización de la inversión a toda costa-, sustentada en la extrema centralización de las decisiones y el control en el uso dispendioso de los recursos naturales, los materiales y la fuerza de trabajo, que jerarquizó el crecimiento de la industria pesada y militar en desmedro de la agricultura y la industria productora de bienes de consumo. Este patrón pudo funcionar en las condiciones de un país rural y analfabeto, conmovido por el mensaje revolucionario y patriótico, que contaba con grandes reservas inutilizadas de mano de obra y recursos naturales. Pero dejó de hacerlo al aparecer condiciones económicas, sociales y culturales que requerían del desarrollo económico sustentado en el cambio tecnológico, el elevamiento sistemático de la productividad y la calidad del trabajo, la descentralización de las

5. El patrón de acumulación desarrollado por la Unión Soviética en la era stalinista (1929-54), se basó en lo fundamental en las propuestas del principal economista trotskysta E. Preobashensky, que preconizaban la necesidad de que la transición al socialismo fuera precedida de una etapa de acumulación socialista originaria. El rasgo central de esa política, fue la construcción acelerada de una base industrial pesada de propiedad estatal, mediante la exacción de la economía campesina y la maximización de la inversión industrial. Un aspecto fundamental de esta política, fue la colectivización forzada de la agricultura y la estatización del conjunto de la economía. Como señalaremos luego, este tipo de política condujo inevitablemente a la burocratización extrema de la vida social y a la postración de la agricultura. Véase al respecto mi trabajo «Campo y ciudad en la transición socialista. Los casos de la URSS y China», Teoría y política, núm. 5, México, septiembre de 1981.

decisiones y el uso cuidadoso de los recursos naturales y el medio ambiente ⁶. A pesar de la enorme experiencia y bibliografía que se acumuló en este sentido desde la década de los sesenta, ni la Unión Soviética, ni los países industrializados de Europa del Este, pudieron realizar exitosamente un tránsito al «socialismo desarrollado» por razones consustanciales a la propia organización social del sistema.

En el plano estrictamente económico, la transición fue bloqueada por un conjunto de factores consustanciales al propio régimen estatista burocrático. Probablemente el principal obstáculo al cambio, parece haber estado en la baja productividad media del trabajo, y especialmente en la tendencia hacia el estancamiento o la reducción de la misma⁷. Esto fue

6. La entrada de la Unión Soviética y los países de Europa Oriental en una nueva fase de desarrollo económico de tipo «intensiva» (en contraposición a la anterior de naturaleza «extensiva») fue planteada muy claramente por Oscar Lange en 1963. «La economía de los países socialistas (URSS y Europa del Este) -escribía Lange- ha madurado», «ha dejado de ser una economía subdesarrollada para convertirse en una economía industrial moderna», compleja y diversificada. Por esa razón, «para mantener el desarrollo económico hay que pasar de los medios extensivos. Medios intensivos quiere decir aumento de la productividad del trabajo, aumento de la eficiencia y de la organización de la economía nacional y del progreso técnico». Jorge Alvarez, Véase *Desarrollo y Socialismo*, Buenos Aires, 1969, pp. 118-120).

7. Antes de que la Unión Soviética cayera en el estancamiento brezhnevista, la productividad del trabajo industrial en el país se hallaba en una proporción de 1 a 2.5 en relación a la de la industria norteamericana (A. Bergson, *Productividad y sistema social: Rusia y Occidente*. EUDEBA, Buenos Aires, 1981). Pero, desde entonces, la productividad del trabajo soviético creció muy lentamente hasta 1978-80 y parece haber caído sensiblemente desde entonces (cuando el estancamiento del producto coincidió con el continuo crecimiento del empleo arrastrado por el crecimiento demográfico). Por ello, el retraso frente a Estados Unidos tiene que haberse acentuado muy sensiblemente, probablemente

resultado, tanto del exceso relativo del personal y la utilización de tecnología obsoleta en casi todas las ramas industriales -excluida la militar-, como de la falta de verdaderos incentivos al trabajo y la eficiencia. En este último aspecto, se conjugaban el sistema de planeamiento y organización centralizados (que sólo requería de las empresas el cumplimiento formal de las directivas), el rezago de la producción de bienes de consumo (que hacía ilusorios los mayores ingresos monetarios), el régimen de promoción (que premiaba la lealtad política y el conformismo social por encima de la eficiencia en el trabajo- y la exclusión de los trabajadores de la participación en la gestión y los logros de los colectivos de trabajo.

Otro obstáculo fundamental fue el parasitismo burocrático que absorbió la mayor parte del excedente económico. Dentro de él, destaca el enorme gasto militar que consumía entre el quince y el veinte por ciento del producto nacional, y estaba asociado al desmesurado peso de la industria bélica y la concentración de los mejores recursos productivos. En este campo -como en el de otras categorías burocráticas- la reducción del gasto improductivo hubiera liberado enormes recursos para financiar la reestructuración y atenuar los impactos sociales negativos de la misma. Pero precisamente a este nivel como en el de la extrema centralización de la planificación y el arbitrario sistema de decisiones económicas y burocráticas reproducidas a lo ancho y largo del sistema, se concentró la principal resistencia del sector más poderoso y nutrido de la clase dominante.

al nivel de 1 a 3.5 hacia finales de la década de los ochenta. En cuanto a la agricultura, la diferencia es mucho mayor aún y puede situarse en la actualidad al nivel de 1 a 10 (*The Economist* del 9 de abril de 1988).

La rigidez de la organización económica tuvo su correlato en la vida política. En todas partes la unificación del Estado y el partido en el poder coincidió con la total supresión de la democracia en los diversos niveles de la vida política, social y cultural. Ello afectó particularmente a los sectores más dinámicos de la población, generalizó el conformismo social e impidió la conformación potencial de centros e ideas de recambio. En esas condiciones, las posibilidades de reforma del sistema quedaron necesariamente confinadas a iniciativas de la propia cúpula como lo demostraría el fracasado intento de Jrusov o los intentos de renovación húngara o checoslovaca aplastadas por el ejército soviético. Sólo en Polonia pudo desarrollarse tardíamente -ya en el contexto de la decadencia brezhneviana-, un movimiento opositor de masas nucleado en torno a la clase obrera (Solidaridad) y la Iglesia católica, que llegó a adquirir una fuerza social y política impresionante (sin igual en ningún país capitalista).

A esta evolución interior, se le sumó las consecuencias de los cambios mundiales. Desde fines de los años setenta la economía capitalista mundial entró de lleno en la reestructuración basada en la revolución informática, que tendrá las conocidas consecuencias sobre el desarrollo de las fuerzas productivas, los modos de comunicación, consumo y vida, y -potencialmente- de la propia tecnología militar. Con ella surgió a nivel mundial el nuevo tipo de economía basada en la automatización, la flexibilidad, la calidad y la descentralización, que comenzaría a volver obsoletos a enormes masas de capital fijo, destrezas laborales y conocimientos administrativos anteriores. Ello tenía lugar en un mundo cada vez más internacionalizado y competitivo, que imponía a otros los países la necesidad de adecuarse a las

nuevas condiciones bajo pena de marginamiento internacional y descomposición económica y social.

China fue el primer país socialista (fines de los setenta) que modificó radicalmente su orientación económica para tratar de adecuarse a las nuevas condiciones internacionales y superar su estancamiento económico, alcanzando un éxito espectacular -crecimiento cercano al diez por ciento anual medio- que contrastó nitidamente con el estancamiento de la Unión Soviética y Europa del Este. En el contexto mismo de la generación de esas reformas y con la protección del sector más reformista de la dirección del partido comunista, irrumpió la llamada Primavera de Pekín de 1978-79, que constituyó el punto de partida del movimiento democrático juvenil que eclosionó diez años después en las grandes jornadas revolucionarias que culminaron en la masacre de Tiananmen.

La reforma de la Unión Soviética sobrevino más tardiamente que la china (mediados de los ochenta), cuando la declinación aguda de la economía, el crecimiento de la protesta social y política y la presión de los acontecimientos internacionales la hacían inevitable. El *glasnost* y la *perestroika* planteadas por Gorbachov y el nuevo equipo de dirección del gobierno de la Unión Soviética, ha constituido un gran esfuerzo por revivificar y modernizar la economía y la vida social, política y cultural del país, a partir de una revolución desde arriba que convoca a la movilización popular para debilitar y vencer la resistencia de la burocracia a los cambios, ya sean similares -también desde arriba- como los de Bulgaria, Vietnam, Mongolia o los países africanos de la órbita soviética; de otros mucho más profundos, como las revoluciones democráticas que barrieron a la burocracia gobernante en los países más avanzados de Europa del

Este, o que la renovaron (como en Rumania); o de los movimientos independentistas y autonomistas de las diferentes nacionalidades oprimidas de la propia Unión Soviética en franca rebelión contra el poder central.

De esta manera todos los países comunistas, con excepción aún de Albania, Cuba y Corea del Norte - no por ello exentos de la crisis- han entrado en la vorágine del cambio.

En el plano económico, Gorbachov propuso originariamente un socialismo de mercado que recogía distintas experiencias y propuestas anteriores, como el cooperativismo de la Nueva Política Económica de los años veinte, ideas de los comunistas reformadores de los sesenta como Lange en Polonia, Liberman en la URSS o Sik en Checoslovaquia, la reforma contemporánea húngara ⁸, o más en particular -por su fuerte impacto sobre los actuales reformadores soviéticos-, la exitosa modernización económica de

8. Las reformas húngaras de 1968 fueron las únicas de los países del Pacto de Varsovia que subsistieron a la contrarreforma brezhneviana. Según Kaser y Zielinski, substituyeron la planificación centralizada por un nuevo régimen de «mercado guiado» y descentralización de empresas, que otorgó a estas el derecho a retener parte de sus utilidades y a percibir intereses por sus depósitos bancarios. Los precios pasaron a ser fijados en gran medida por el mercado. Pero a diferencia de Yugoslavia o de las efímeras propuestas polacas de 1957-58 o checa de 1967-68, la reforma húngara no contuvo elementos autogestionarios y fortaleció la autoridad de los gerentes (*La nueva planificación económica en Europa Oriental*, Alianza, Madrid, 1971). Pero las empresas siguieron dependiendo del subsidio financiero estatal (lo que Kornai llamó «relación paternalista» basada en una «restricción presupuestaria suave»), que les impedía quebrar en cualquier circunstancia. La economía reformada húngara funcionó mejor que las más centralizadas del resto del Comecon; pero tampoco evitaron la escasez e ineficiencia crónica común a todos ellos.

9. La reforma china iniciada en 1978 dio lugar a lo que los comunistas chinos llamarían luego una «economía socialista de

China popular⁹. La *perestroika* procura modernizar, descentralizar y desmilitarizar la vida económica, combinando las reformas administrativa consiguientes con el establecimiento de un mercado interior limitado y regulado en el que concurren empresas públicas autónomas, cooperativas, individuales y mixtas. En el plano internacional, las reformas propugnan el fin de la guerra fría y de su autarquía económica frente a capitalismo.

Pero, aunque lograron desencadenar un amplísimo proceso de democratización político y florecimiento cultural, las reformas desde arriba de la Unión Soviética fracasaron rotundamente en sus propósitos de reactivar la economía y ampliar el consenso social. Los intentos de reforma desorganizaron aún más el aparato burocrático sin poder impedir que

mercancías». Sus alcances liberalizadores fueron bastante más amplios que los de la húngara, ya que además abarcaron la apertura externa (áreas económicas especiales, ampliación muy rápida del comercio exterior, inversión masiva de capital extranjero), la descolectivización de la agricultura (el sistema de «responsabilidad contractual» que deja la producción en manos de las familias campesinas); y la legalización de variadas formas de empresas no-estatales (colectivas, privadas mixtas, arrendamiento concesiones a empresas capitalistas, etc.). Como resultado de ello, hacia mediados de los ochenta «mas de la mitad del total de la inversión (había) quedado fuera del plan central y el presupuesto estatal» y «de una tercera parte a la mitad de todas las transferencias de productos se (realizaban) fuera del sistema estatal de asignación y la red de comercialización oficial» (A.Doak Barnett, «Ten Years After Mao», *Contextos*, diciembre de 1986). En términos económicos, la reforma tuvo un éxito impresionante; pero debilitó el control del país por la burocracia comunista frente a las nuevas fuerzas sociales emergentes que demandaban ampliar la modernización al plano político. De allí que el endurecimiento político del régimen que siguió al aplastamiento de la rebelión juvenil de fines de los ochentas, también conllevó un esfuerzo por revertir la reforma económica.

este bloqueara los aspectos fundamentales de las propias reformas ¹⁰. En esas condiciones, comenzó a caer la producción, a generalizarse el desabasto y a adquirir el mercado negro una dimensión anteriormente desconocida ¹¹, como resultado de la enorme desviación ilegal de recursos hacia él desde las propias empresas estatales. Ello generó un amplio descontento social que convergió con el estallido genera-

10. Un caso muy ejemplificativo es el del impulso a las empresas cooperativas e individuales, que constituía un pilar fundamental de la recuperación de la producción y la transición a la economía de mercado, especialmente en los sectores agrícolas y de servicios. A pesar del énfasis gubernamental en ésta política, existen numerosas evidencias de que el aparato burocrático obstruyó la conformación de este tipo de empresas de todas las maneras posibles, negándoles permisos e insumos necesarios, acosándolas administrativamente, y promoviendo campañas entre la población contra las empresas prósperas, a las que se acusaba de enriquecerse por encima de la gente común. Una de las causas fundamentales de esta resistencia, es que dichas empresas generaban fuente de empleo y actividad que escapan al control directo de los funcionarios locales.

11. El mercado negro está conformado por el conjunto de fuerzas que operan al margen de la economía estatal, debiendo distinguirse dentro de él tres tipos de sectores sociales distintos: los trabajadores que laboran ilegalmente por su propia cuenta (*chabachniki*) en áreas donde está prohibido el trabajo privado, como la construcción o los talleres de reparación de bienes de consumo duradero, obteniendo ingresos que son hasta cinco veces más altos que equivalentes de los trabajadores del Estado, aunque sin gozar de ningún beneficio social. Los funcionarios corruptos «que tienen la posibilidad de desviar los bienes altamente subvencionados por el Estado hacia el mercado semisubvencionado o hacia el mercado libre (...) obteniendo beneficios proporcionales a la magnitud de la operación realizada». Y los comerciantes clandestinos que articulan estas distintas operaciones con el mercado de consumo, se dedican al contrabando u operan en el mercado de divisas (Karol, «La URSS de Gorbachov», *Nexos*, México, noviembre de 1987). Entre ellos, los dos últimos sectores constituyen la base principal de la futura burguesía rusa.

lizado de los movimientos independentistas y autonomistas regionales para conformar una situación caótica de descomposición social y estatal.

El país comenzó a polarizarse entre dos grandes fuerzas. Por un lado, un creciente movimiento democrático de masas encabezado por los intelectuales (el yeltsinismo), cada vez más crítico del liderazgo reformista de Gorbachov, que propugna el multipartidismo, el pasaje rápido hacia una economía «mixta» de mercado confederal -que reconociera efectivamente el derecho de autodeterminación de las repúblicas-; por su programa y composición social, es un movimiento muy similar a otros de Europa del Este como el Foro Cívico checoslovaco, pero mucho más inorgánico y de mucho menor base social -pues está lejos de aglutinar a la gran mayoría de la población y el movimiento popular. Del otro lado, el bloque conservador compuesto por los sectores más reaccionarios de la burocracia y el mando militar, buscando capitalizar en su favor los sectores más atrasados de la población descontentos con las reformas liberales y contando con la posibilidad de dar un golpe militar -que pasaría a ser viable en el caso de una extrema profundización de la crisis económica, social y política. La acentuación de esta polarización reduce la base política propia del liderazgo de Gorbachov, pero aunque puede conducir a su caída, no implica necesariamente el triunfo de alguna de las tendencias externas mencionadas, dada la debilidad relativa de ambas.

El triunfo de la revolución democrática en los países más desarrollados de Europa del Este, con llevó también la apertura de un nuevo proceso histórico. En las condicionales internacionales e internas mencionadas, el pasaje del socialismo de Estado al socialismo de mercado se convirtió, a poco de andar,

en otro de transición pacífica y democrática al capitalismo. El elemento central de esta inflexión fue el nuevo carácter privatista que tendió a adquirir la desestatización de las empresas -venta o concesión masiva al capital privado-, en desmedro de las distintas formas de propiedad social no estatal.

Paradójicamente, este proceso fue iniciado por el advenimiento al poder de Solidaridad en Polonia, y la sustitución de su anterior programa autogestionario por el primer proyecto de privatización generalizada con ayuda del capital internacional (el plan de Mazowicki) ¹². Pero alcanzó una nueva dimensión con el pronunciamiento masivo del pueblo del este alemán en favor de su reunificación nacional con la RFA, en las condiciones y régimen económico-social de ésta última. En la propia Unión Soviética, ese proceso se abre cuando convergen el fracaso de la política económica de compromiso del gobierno de Gorbachov («plan Rizkov») y el acceso al poder del yeltsinismo en

12. El programa levantado por Solidaridad en el punto culminante de la movilización popular cortada por el golpe militar de Jaruzelski, se ubicaba dentro de lo que podría llamarse un socialismo autogestionario de mercado. Solo planteaba la privatización de empresas a nivel rural (donde defendía la propiedad campesina familiar), y en el caso de las empresas estatales urbanas se pronunciaba por su autonomía con autogestión de los trabajadores. Se pronunciaba expresamente en favor del respeto a «las ideas socialistas de la sociedad» y de la «planificación democrática» (Ver A. Dabat y I. Sepúlveda, «Los sucesos de Polonia y las perspectivas del régimen de Jaruzelski», Teoría y Política, núm. 6, México, 1982). El principal fin del Plan Mazowicki aplicado a partir del primero de enero de 1990, por el contrario, plantea como objetivo final «una economía de mercado de características similares a las de otros sistemas ya probados en países altamente desarrollados» (Excelsior, 3 de enero de 1990). El aspecto social del plan se halla en un conjunto de medidas de protección que atenúe los efectos sociales del mismo, como los planes de ayuda alimenticia y de vivienda y de ayuda a los desempleados.

la federación Rusa, el corazón económico, demográfico y político del país. Desde entonces, pareciera que sólo un acuerdo Gorbachov-Yeltsin pudiera continuar el proceso de democratización sin guerra civil y que este acuerdo -de darse- operaría dentro de una relación interna e internacional de fuerzas cada vez más favorable a la política privatista del segundo.

Pero la transición del socialismo de Estado al capitalismo, aunque enteramente posible, muy probable ya y segura en algunos países, será sin embargo un proceso largo, difícil y socialmente doloroso, que admitirá distintas posibilidades de evolución. Junto a la asimilación lisa y llana al capitalismo occidental, podrán darse otras modalidades mucho más matizadas y sociales, como la conformación de economías mixtas con sectores privados menos desarrollados que en el capitalismo occidental, o con sectores públicos dominantes que agrupen al grueso de la gran industria y los servicios básicos, cualquiera que sea el nivel de privatización de la agricultura, el comercio y la industria y servicios en pequeño.

Dentro de estas alternativas, a su vez, podrán tener pesos muy distintos las empresas cooperativas y autogestionarias o la cobertura de servicios sociales. Pero el elemento fundamental de subordinación al capitalismo será el creciente peso del mercado mundial, que aunque compatible con modalidades socialistas de tipo escandinavo o distintas formas de socialismo de mercado, parece dejar muy poco lugar para la subsistencia a largo plazo de economías autárquicas y de dirección centralizada.

Sin embargo, y con excepción de Alemania Oriental -donde la reunificación estableció un contexto político completamente diferente-, existen en todas partes enormes obstáculos a la privatización. Aún más que la de por sí muy fuerte resistencia de la

burocracia, los principales son la debilidad de las premisas económicas y culturales interiores para el cambio-como la escasa acumulación privada de dinero capitalizable y la debilidad de las motivaciones empresariales y competitivas en la gran masa de la población -o la renuncia del gran capital internacional a invertir en estos países antes de que se haya definido claramente la situación política y social interior. Estas dificultades son mayores en la Unión Soviética que en la mayoría de los otros países de Europa del Este, lo que hace muy difícil que pueda darse en ella el primer tipo de posibilidad (la asimilación lisa y llana al capitalismo occidental).

En cuanto a los costos de la transición, los principales son el desempleo (que ya abarca diez millones de personas en la Unión Soviética), otras pérdidas en materia de seguridad, servicios y derechos sociales (como el derecho al aborto o el amplio sistema de guarderías) o la caída del poder adquisitivo del salario. Estos factores tienden a incrementarse aceleradamente; pero su causa fundamental, especialmente los de carácter económico, no puede atribuirse hasta ahora tanto a la liberalización o la privatización propiamente dicha -que todavía no han tenido lugar en amplia escala-, sino al derrumbe de la economía estatal y al enorme crecimiento del abasto alimentado por el mercado negro a precios altísimos.

En este contexto, la clase obrera tiende a dividirse en torno a las mismas líneas que separan al conjunto de la sociedad. En los países más avanzados de Europa del Este apoya masivamente a la liberalización y privatización económica, que asocia con la democratización política y la destrucción del viejo régimen. Elio también sucede en parte en la Unión Soviética, sobre todo en la República Rusa incluyendo los colectivos de trabajadores que desen-

cadenaron las principales huelgas- y en las repùblicas socialmente más avanzadas, donde los trabajadores políticamente activos tienden a volcarse en favor del ala democrática y sus propuestas liberalizadoras. Pero en la URSS, un sector muy importante, principalmente integrado por trabajadores no calificados de mayor edad o por pequeños funcionarios afectados o vulnerables ante las reformas tiende a quedar al margen de la movilizaci3n política o a hacer frente común con la fracci3n conservadora de la burocracia ¹³. Pero lo que más llama la atenci3n, es la notoria pasividad de la mujer ante los cambios políticos y sociales, que parece reproducirse en todos los países. No sólo tiende a quedar relativamente al margen del movimiento democrático general, o al de sus propias demandas de género, sino que tampoco ha logrado articular hasta el presente la defensa social de conquistas históricas como el aborto, amenazadas por la creciente influencia de la Iglesia y el renacimiento de/nacionalismo patriarcal.

Dentro de esa polarizaci3n, llama la atenci3n la

13. La principal organizaci3n obrera conservadora de la Uni3n Soviética, es el llamado Frente Unido de Trabajadores creado a nivel nacional en 1989. Es una organizaci3n inspirada en la vieja tradici3n stalinista constituida para luchar contra las reformas liberalizadoras. Su política consiste en denunciar los peligros que entrañan las mismas para los trabajadores, señalando que no son ellos los que deben pagar el precio de la crisis. Pero también se oponen a la democratizaci3n y levantan consignas antisemitas (*Ver Socialist Worker Review*, Londres, números de marzo y julio-agosto de 1990). A pesar de que se trata de una tendencia minoritaria (que ha sido derrotada por los obreros democráticos en los principales congresos obreros), tiene un potencial de crecimiento muy grande ante el inevitable advenimiento de despidos en masa, especialmente entre la enorme masa de los funcionarios y agentes públicos improductivos (administradores, militares, policías etc.). Por sus posturas políticas, constituye la posible base obrera de un hipotético golpe militar reaccionario.

casi inexistencia de corrientes surgidas de las filas de la clase obrera que luchen claramente por una perspectiva democratizadora independiente de la burocracia y las fuerzas privatistas, incluyendo a Polonia -donde existió la tradición autogestionaria de Solidaridad-. las corrientes socialmente más avanzadas de alguna significación, no parecen ser, las que resisten a la liberalización o la privatización de la economía, sino las que tratan de mitigarlas mediante diferentes medidas de salvaguarda social (seguros al desempleo, preservación de instituciones de asistencia y seguridad social) o de inscribir dentro de ellas proyectos que incorporen elementos autogestionarios o cooperativos. Esta actitud de la clase obrera, puede atribuirse en parte a factores objetivos derivados de las condiciones sociales y políticas del régimen anterior, como la despolitización o ciertos elementos de corrupción. En el caso de la mujer, parece operar además el agotamiento físico y la desesperanza provocada por la doble jornada y la marginación político-cultural. Pero, en lo fundamental, parece ser una consecuencia de la incapacidad de los proyectos socialistas, autogestionarios o de modernización social manejados hasta ahora para afrontar la pavorosa perspectiva del derrumbe de la infraestructura industrial, la penuria de materiales y alimentos o la creciente dependencia, ante las aportaciones financieras y tecnológicas de Occidente. Esta situación objetiva tiende a situar los problemas de la sobrevivencia social o nacional por encima de los del régimen de propiedad y gestión, de las relaciones entre los sexos y las generaciones, o de los ecológicos y de calidad de vida.

2. El socialismo de estado y la teoría marxista

Como se planteó en el apartado anterior, el intento de construcción socialista que se desarrolló en la URSS y demás países del bloque soviético, tuvo poco que ver con la tradición teórica original del marxismo. Sin embargo, intentó apoyarse en esa tradición, y en cuanto «marxismo-leninismo» pretendió ser la continuación actualizada de la misma en las condiciones históricas del capitalismo imperialista, apareciendo como tal ante la inmensa mayoría de los partidarios y enemigos del socialismo en el mundo entero. Por esa razón, resulta indispensable abordar a la luz de la experiencia histórica que fenece, el balance de las relaciones entre la misma y el desarrollo paralelo de la teoría y el debate marxista.

El socialismo marxista adquirió entidad teórica propia como crítica a los proyectos especulativos del socialismo utópico del siglo XIX y la formulación de un nuevo tipo de socialismo «científico». El rasgo central del nuevo socialismo, fue la definición del sujeto material de la transformación social (el «obrero colectivo» en cuanto síntesis de las modernas fuerzas del trabajo asalariado y la ciencia), y la aseveración de que él sólo podría madurar y convertirse en fuerza dominante como resultado del desarrollo y las contradicciones del propio capitalismo (la socialización del trabajo, la extensión del mercado mundial y los límites históricos del capitalismo para desarrollar ilimitadamente las fuerzas productivas). Por tal razón, excluía la posibilidad de formular un modelo de sociedad socialista futura, considerando que éste sólo puede surgir del estudio de la experiencia social de lucha contra el capitalismo y, que «mientras ésta no alcanzara un importante desarrollo» sólo era lícito plantear algunas indicaciones muy generales que sirviesen de guía para la acción.

Esta idea de socialismo científico, fue formulada

en las primeras épocas del capitalismo industrial - cuando éste sólo existía bajo formas primitivas en una pequeña parte del mundo- y bajo el influjo de la tradición política voluntarista característica del jacobinismo. Ello dio a su esbozo teórico un sesgo ambiguo y contradictorio, en el que coexistían elementos propiamente científicos aportados por el materialismo histórico o la teoría del capitalismo y otros utópico-románticos aportada por la tradición jacobina, la impaciencia revolucionaria o la subestimación de las dificultades prácticas de la transformación social. En este contexto, sin embargo, algunas cosas eran muy claras, como la idea de que el socialismo sólo podría comenzar a construirse en países donde el alto nivel de desarrollo del capitalismo hubiera generado las premisas económicas, sociales, culturales y políticas que hicieran posible esa transformación por medios democráticos (apoyo de la mayoría de la población), a partir de la autoorganización de los propios productores y posibilitando un desarrollo mayor y más equilibrado de las fuerzas productivas de la sociedad.

La revolución bolchevique rompió completamente con esta última tradición, cuando impuso una dictadura revolucionaria comunista y dio inicio al intento de construcción del socialismo en un país atrasado y semicapitalista como Rusia, donde el proletariado y el conjunto de la población urbana sólo constituían un pequeño islote inmerso en un inmenso mar de rudimentarias explotaciones campesinas. Esa decisión, fue considerada en su momento por los marxistas críticos del bolchevismo como una completa ruptura con la tradición socialista, que sólo podía conducir a un monstruoso experimento burocráti-

14. Las críticas más interesantes de este tipo son las que provinie-

co¹⁴; pero también por los propios bolcheviques -en la medida en que concordaban con que Rusia carecía de condiciones internas para el socialismo- que reconocieron que esas decisiones sólo podían justificarse como factor desencadenante de una revolución europea que creían inminente o -después que se derrumbó esta creencia hacia 1920-21- del «seguro» triunfo de la revolución colonial contra el imperialismo, que debía provocar el colapso del capitalismo mundial al privarlo de las sobreganancias de monopolio que supuestamente constituían la base de su estabilidad social.

En realidad, los bolcheviques tomaron el poder «sin un programa racional (y mucho menos generalmente aceptado) en relación con lo que considerarían finalmente su objetivo primordial y requisito esencial del socialismo, la industrialización y modernización de la Rusia atrasada y campesina» (Cohen, *Bujarin y la revolución bolchevique*). Su guía de construcción

ron de las mencheviques y de Kautsky. Conforme este último, lo que los bolcheviques estaban construyendo no era el socialismo, sino un sistema de «estatización burocrática» de tipo contrarrevolucionario (que a veces llamaba capitalismo de Estado), puesto que el socialismo no puede existir sin democracia y sin que exista entre la masas trabajadoras «el saber y la conciencia económica necesarias para garantizar un empleo fructífero de las fuerzas productivas por parte de ellos mismos». Polemizando contra los socialistas que planteaban que lo que la URSS necesitaba era sólo democratizar la superestructura política, sostenía que ella era «irreformable» desde adentro, y sólo podía ser superado por medio de una revolución democrática que adaptara la estructura económica al nivel real de las fuerzas productivas por medio de una economía «mixta», introduciendo nuevamente en cierta medida el mercado y la competencia y democratizando completamente la vida política. (M. Salvatori, «Presupuesto y temas de la lucha de K. Kautsky contra el bolchevismo. Desarrollo capitalista, democracia, socialismo», en Claudín y otros, *La crisis del capitalismo en los años veinte*, Cuadernos de Pasado y presente, México, 1981).

social, no fue por lo tanto alguna idea concreta de construcción económico-social, sino su proyecto voluntarista-jacobino de desencadenamiento de la revolución mundial montado sobre la idea simplista expuesta por Lenin en *El Estado y la revolución*, sobre la posibilidad de prescindir en corto tiempo de la burocracia y los especialistas burgueses y construir un nuevo Estado de tipo comunal. Los choques de estas ideas con la realidad y la necesidad de formular otras nuevas para acomodarse a esta última, daría un carácter errático y pragmático al conjunto de la nueva teoría.

Consecuentes con la idea de que no existían en Rusia condiciones internas para el socialismo, los bolcheviques comenzaron por establecer un «capitalismo de Estado» -conforme Lenin llamara a la propiedad capitalista controlada por el Estado revolucionario desde arriba y el control obrero desde abajo. Pero meses después implantaron el «comunismo de guerra» (1918-21) que estatizó totalmente la industria y el comercio y confiscó las cosechas de los campesinos por medios militares. Tras el interregno de la nueva Política Económica (Nep) -que expresó un breve intento realista y fructífero por apoyarse en la flexibilización de la dictadura del partido, la cooperativización voluntaria del campo y una industrial-

15. La Nep constituyó un intento por revertir la política voluntarista del comunismo de guerra, a partir de una reorientación radical de la política económica y cultural. Se basó en un intento original por generar las premisas internas para una posterior construcción del socialismo. «Si para implantar el socialismo se exige un determinado nivel cultural (escribiría Lenin antes de morir) ¿por qué entonces no podemos comenzar primero por la conquista, por vía revolucionaria, de las premisas para este determinado nivel, y luego, ya a base del poder obrero y campesino y del régimen soviético, ponernos en marcha para alcanzar a los demás pueblos?» («Nuestra revolución, en *Obras Completas*, tomo 36, Cartago, Buenos Aires). El nuevo camino tenía dos aspectos

zación más equilibrada ¹⁵- tuvo lugar la estatización completa de la economía, la industrialización pesada acelerada y la colectivización forzada de la agricultura ¹⁶. Ambos saltos burocrático-militares hacia la centralización total del poder y el excedente económico, conllevaron la eliminación de los logros democráticos del período anterior, y fueron respuestas a fenómenos aparentemente contingentes, como el desencadenamiento de la guerra civil y la intervención extranjera en 1918 o la lentitud de los logros de la Nep y el temor ante la superioridad económica y militar del capitalismo en 1928-29.

centrales: a) la conversión de los campesinos en cooperativistas instruidos aliados al poder soviético y la gran industria estatizada; y b) el lograr los máximos ahorros y eficiencia en el aparato estatal, para canalizar los recursos existentes hacia el desarrollo de la industrialización (Ver otros trabajos de la misma época como «Sobre la cooperación o «Más vale poco y bueno»).

16. Aunque aplicada desde 1928-29, esta política económica fue teorizada por Preobrazhensky en 1922, bajo el nombre de «acumulación primitiva socialista». Ella consistía, según su autor, en «la acumulación en manos del Estado de recursos materiales provenientes de fuentes externas al complejo económico estatal», para permitir llegar muy rápidamente (o lo más rápido posible) «a la fase en que da comienzo la transformación técnico-científica de la economía estatal y en la que esta lograra por fin una supremacía puramente económica sobre el capitalismo». Dentro de este proceso, «la economía estatal no puede dejar de explotar a la pequeña producción, de apropiarse de parte del sobreproducto del campo y el artesanado y de realizar apropiaciones de la acumulación capitalista en beneficio de la acumulación socialista» («La ley fundamental de la acumulación socialista primitiva», en Bujarin, Probrzhensky, *La acumulación socialista*, Comunicaciones, Madrid, s.f.).

Esta política de «dictadura de la industria» (conforme la denominó Trotsky), fue planteada por la Oposición de izquierda y aplicada hasta el máximo de sus posibilidades por Stalin a partir de 1928. Uno de sus elementos fue la colectivización forzada de la agricultura (establecida para controlar la totalidad del excedente agrario), a costa de una feroz guerra civil y una terrible hambruna que dejó millones de muertos y liquidó más de la mitad de las existencias ganaderas.

En los hechos, el resultante de esas políticas de construcción socialista tuvo muy poco que ver con los esbozos teóricos precedentes -de los clásicos del marxismo-, y mucho -casi todo- con condiciones históricas compulsivas que orillaron a los revolucionarios rusos a seguir determinados caminos para poder alcanzar y consolidar su poder. Dentro de ese contexto, la aportación fundamental de los actores del proceso a la teoría marxista del socialismo, no estuvo tanto en las ideas que a la larga prevalecieron, sino en el riquísimo conjunto de formulaciones desechadas y temores fundamentados confirmados a lo largo de la historia.

El primer grupo de ese arsenal crítico se dio en torno a la problemática de la democracia, y apareció desde el momento mismo en que los bolcheviques ascendieron al poder. En la tradición marxista prebolchevique, el socialismo cualquiera fuera la forma en que se le definiera- sólo podía ser alcanzado a través de la organización democrática del Estado y la sociedad y del respeto a los derechos de los ciudadano y los pueblos. Pero por razones siempre fundadas en necesidades reales o supuestas de la revolución, el bolchevismo desconoció desde el comienzo los derechos democráticos del conjunto del pueblo ruso, al comenzar por suprimir las instituciones representativas generales (como la Asamblea Constituyente convocada por ellos mismo), para continuar eliminando la democracia directa más genuina de la revolución (los soviets)¹⁷, cuya existencia había sido

17. Independientemente de los factores objetivos que debilitaron la organización soviética en los dos primeros años de la revolución (como la guerra civil o el derrumbe de la economía), dichos organismos fueron liquidados de hecho por los propios bolcheviques al prohibir la participación de los partidos opositores y los ciudadanos independientes desafiados. Tal prohibición no se debió a la

utilizada por su «superioridad sobre la democracia formal» para justificar la liquidación de esta última. Hizo lo mismo con la organización de la propia clase obrera al suprimir la autonomía de los sindicatos, prohibir el derecho de huelga y militarizar de hecho el trabajo, para terminar liquidando la democracia al interior del propio partido gobernante. La dictadura revolucionaria de los bolcheviques no sólo afectó los derechos políticos de los opositores y la propia mayoría de la población, sino también sus ideas, al institucionalizar la prohibición y censura de las mismas ¹⁶ y proscribir las expresiones culturales in-

complicidad de los mismos con la contrarrevolución armada, pues envolvió a fuerzas opositoras como el núcleo principal de los mencheviques que había expulsado de sus filas a los que colaboraban con la misma. Este último partido socialista, por ejemplo, luchaba por la reanudación de la asamblea constituyente y la organización de la protesta pacífica contra la orientación totalitaria del gobierno, y su supresión definitiva fue decidida en 1921, después del fin de la guerra civil. La razón principal parece haber sido la importante y probablemente creciente fuerza que los mencheviques tenían dentro del movimiento obrero (Véase Samuel Farber, *Before Stalinism. The Rise and Fall of Soviet Democracy*, Polity Press, Cambridge, 1990).

18. El gobierno bolchevique impuso en los primeros años de la revolución un régimen de censura a las ideas y expresiones artísticas que el propio Trotsky calificó de durísima en el prólogo a su obra *Literatura y revolución*. Según su concepción (que expresaba el punto de vista de la dirección bolchevique), esta debía ser mantenida indefinidamente. «La censura de la revolución desaparecerá por inútil -escribió- el día que el proletariado venza de un modo duradero en los más poderosos países de Occidente» (subrayado por mi A.D.). Como se ha señalado con entera justicia, «el error de Trotsky no era solo el de una excesiva seguridad en la inestabilidad y la rapidez de la revolución mundial, como se le reprochó en las polémicas que se sucedieron y como confirmó el curso de los acontecimientos, sino sobre todo el de ignorar que se estaba constituyendo grupos de poder y centros de poder en la 'dictadura del proletariado' gracias a la 'durísima' censura revolucionaria; fenómeno que posteriormente, como es sabido, no hizo

dependientes. Parte fundamental de estos procesos, fue la institucionalización del «terror revolucionario» y las prácticas represivas arbitrarias de la policía secreta -no limitadas por norma legal alguna desde mucho antes de 1929, que permitieron conformar la nueva ideología represiva que cristalizaría con el advenimiento del stalinismo. El trato que dio a las nacionalidades oprimidas por el zarismo no fue mejor que el que padecieron los ciudadanos de Rusia -como no lo sería tampoco el de las democracias populares-, a pesar de que la lucha en favor del derecho a la autodeterminación de las naciones había constituido uno de los elementos centrales de la tradición revolucionaria leninista.

Este tipo de orientación antidemocrática fue resistida y denunciada por un gran espectro de personalidades y corrientes marxistas fuera y dentro de Rusia y del propio partido gobernante. La más conocida de ellas fue la crítica de Rosa de Luxemburgo a la supresión de las instituciones democráticas representativas, que tuvo gran eco entre los propios bolcheviques. Conforme a ella, ese tipo de medidas «sofoca la fuente viva de la que únicamente pueden surgir las correcciones de las insuficiencias congénitas a las instituciones sociales, una vida política activa, libre y enérgica de las más amplias masas» (en *Crítica de la revolución rusa*). La supresión de la autonomía sindical y los derechos de la clase obrera, fue combatida por diversas corrientes del propio partido gobernante como la Oposición Obrera, los Centralistas Democráticos o bolcheviques «de derecha» como Tomsky, Riazanov o Lozovsky. El adveni-

más que cristalizar y desarrollarse» (V. Strada, «De la revolución cultural al realismo socialista», en E.J. Hobshawm, *Historia del marxismo*, t. 8, Bruguera, Barcelona, 1983).

miento del monolitismo stalinismo, fue también resistido muy firmemente, tanto desde perspectivas voluntaristas radicales que defendían la democracia interna del partido¹⁹, como desde la «derecha» bolchevique (Bujarin, Rikov, Tomsky) que sustentaba puntos de vista más democráticos en relación a la organización del conjunto de la sociedad. Sobre todas estas cuestiones, no fueron menos importantes las aportaciones críticas de marxistas occidentales de diferentes posiciones como Gramsci, Luckacs o Korsch.

En el plano específico de la construcción del socialismo, también la crítica se desarrolló en varios campos, de lo que sólo consideramos la cuestión de la estatización en relación a la gestión de la producción y al campesinado. Como quedara planteado en el punto anterior, la concepción bolchevique dio muy poca importancia al papel de la gestión o el control obrero sobre la producción, así como a la autonomía de los sindicatos, dentro de una concepción teórica que terminó por identificar los intereses de los trabajadores con los del partido y el gobierno comunista, y el socialismo con la estatización de los medios de producción bajo la dirección del partido comunista²⁰.

19. La crítica de la oposición trotskista de izquierda al stalinismo estuvo mucho más centrada en cuestiones de estrategia política revolucionaria (conocido debate sobre revolución mundial y socialismo en un solo país), que en aspectos democráticos. En este último campo, la crítica de Trotsky apuntó a la burocratización del partido y su organización interior. Pero fue acompañada por puntos de vista similares a los de Stalin en casi todas las otras cuestiones consideradas en el texto, ante las que más bien Trotsky expresó la extrema versión jacobina de la dictadura revolucionaria: el terror rojo, el encarcelamiento de la oposición, la censura, la militarización del trabajo o la prohibición del derecho de huelga.

20. Durante el Noveno Congreso del partido comunista soviético realizado en 1920, Lenin esbozó el núcleo central de la concepción bolchevique sobre la naturaleza de clase del Estado y la economía.

Si a ello se le agrega que -salvo durante el muy breve interregno de la Nep- predominó una concepción que consideraba al campesinado como un enemigo de clase que debía ser reprimido y expropiado, se termina de conformar un tipo de ideología que asocia necesariamente la estatización con la necesaria privación generalizada de derecho a la mayoría de la población.

La oposición fundamentada a estas concepciones desde el interior del propio partido comunista soviético, sentó las bases para el enriquecimiento de la teoría marxista y la comprensión del ulterior proceso de degeneración. La identificación entre estatización y socialismo fue criticada desde diversas perspectivas internas²¹, que en contraposición a las ideas de Lenin o Trotsky, concibieron al socialismo como

Para él, esta no dependía en absoluto de la forma específica que adoptaba la organización de la producción y la gestión económica, sino del carácter de la propiedad de los medios de producción. Desde que el proletariado nacionalizó la propiedad capitalista de los mismos por medio de su partido, pasó a ser la clase dominante cualquiera fuera el régimen de dirección económica, ya que este último dependía de conveniencias prácticas. Dentro de esta perspectiva, se concibió a la participación de los trabajadores en las actividades del Estado y el partido (más que en la empresa), como un medio para combatir la burocratización y mejorar la eficiencia de las instituciones públicas (Véase s. Farber, *Ibidem*). De esta manera, se tendió a excluir por definición teórica la posibilidad misma de un Estado burocrático-explotador sobre el conjunto del pueblo y la propia clase obrera, lo que es congruente con ulteriores fórmulas políticas como la de «Estado obrero burocratizado» (o «degenerado») utilizadas por el trotskismo para caracterizar al régimen stalinista.

21. Ostinsky planteó en 1918 que «la nacionalización (de la industria) no era por sí misma en ningún sentido equivalente a socialismo», y que al excluir a los trabajadores de la gestión, «los convertía en un elemento pasivo, el objeto más que el sujeto de la organización del trabajo en la producción». Un punto de vista parecido sostuvieron algo después la Oposición Obrera (Shlyapnikov, Kollantai) o el grupo sindical de Tomsky, que defendieron el

un tipo de organización de la producción que requiriese necesariamente de la participación directa de los propios trabajadores. Desde una de estas perspectivas —que creía que la capacidad de gestión obrera sería resultado del socialismo y no su condición, dada su debilidad al momento de la revolución—, Bujarin advirtió ya en 1921 sobre el peligro de que el atraso cultural de las masas trabajadoras condujera a la asimilación de las direcciones obreras a la burocracia gobernante, a la conformación de una nueva clase dirigente «monopolista-burocrática» y a la constitución de un nuevo tipo de Estado «burocrático-explotador»²².

En cuanto a las consecuencias de la estatización

traspaso de la dirección de la industria a los sindicatos. La diferencia entre ambas posiciones estuvo en que Osinsky proponía una red nacional de Consejos Económicos del Pueblo (CEP) integrado por delegados de las distintas empresas, que contaba a su vez con direcciones mayoritariamente obreras (dos tercios de la misma, dividida entre un tercio de la propia empresa y otro de la CEP). Losovsky, a diferencia de los anteriores, consideraba que en Rusia no estaban aún dadas las condiciones para el socialismo, por lo que se oponía tanto a la estatización de la industria (por considerarla una medida voluntarista) como a la autogestión (en la que veía un factor de desorganización de la producción). Pero partiendo de la misma definición de Osinsky del socialismo, consideraba que los trabajadores debían prepararse para asumir la dirección cuando existiesen condiciones para ello (después del triunfo de la revolución europea) mediante un tipo de control obrero regulativo de la producción más que organizador de ella (S. Farber, *Ibidem*).

22. Para Bujarin, «la dictadura del proletariado eran en realidad la dictadura del partido (...) Como la clase obrera era incapaz de crear su propia elite intelectual en el seno del capitalismo, sus líderes más destacados (del partido A.D.) procedían necesariamente de una clase hostil (...) de la intelligentsia burguesa». Si durante el período de transición el proletariado, de maduración lenta y en su mayor parte sin desarrollar, permanecía política, cultural y administrativamente subordinado a una serie de auto-

forzada de la pequeña producción campesina, también Bujarin previó con precisión el trágico desenlace que vivimos.

El intento de sustituir a todos los pequeños productores por funcionarios estatales crea un aparato burocrático tan gigantesco (señaló) que sus costos sociales son más graves que los provocados por la situación anárquica propia de los estamentos de pequeños productores. Toda la forma administrativa, todo el aparato económico del Estado proletario, se convertirá entonces en cadenas de las fuerzas productivas y obstaculizarán su propio desarrollo. Por eso es absolutamente necesario romper ese aparato burocrático. Otras fuerzas lo harán si no lo hace el proletariado mismo ²³.

Esta conciencia de los límites y peligros de la estatización de algunos de los más destacados revolucionarios rusos, fue paralela a otra en torno a las

ridades superiores, entonces era muy grande el peligro de que degenerara el ideal socialista. Si, además «los estratos avanzados del proletariado (sus cuadros dirigentes) habían de alienarse de las masas» y ser asimilado a las elites administrativas dominantes, podían entonces fundirse en una «casta monopolista y privilegiada» y juntos «transformarse en el embrión de una nueva clase dirigente». Esa nueva clase no estaría basada en la propiedad privada, sino en el «monopolio e la autoridad y del privilegio». Los únicos fenómenos que podía «minar» esa tendencia, eran el «aumento de las fuerzas productivas», «el fin del monopolio educativo» y la constitución creciente de organismos sociales independientes que llenaran el vacío que separaba al Estado revolucionario de la sociedad (S. F. Cohen, Bujarin y la revolución bolchevique. Siglo XXI, Madrid, 1976, pp. 201-204).

23. Esta idea fue desarrollada en una época tan temprana como 1922 en el IV Congreso de la Internacional, y constituirá desde entonces el *leitmotiv* de la lucha de Bujarin contra la política económica preconizada inicialmente por Preobranshenski y Trotsky y luego por Stalin (Véase Cohen, *Ibidem*, y A. G. Lowy, *El Comunismo de Bujarin*, Críjialbo, Barcelona, 1972).

posibles consecuencias de la inferioridad económica y cultural de la Unión Soviética frente al capitalismo mundial Trotsky fue probablemente el que expresó mejor este temor, al señalar poco después de la revolución que una de las reglas básicas de la historia es que «la victoria es en último término del régimen que asegure a la sociedad humana el mayor nivel económico» (cit por Mandel, *Trotsky, Teoría y Práctica*). Y luego, ya en plena industrialización stalinista y depresión mundial del capitalismo, cuando escribió que «en la técnica, la economía, el arte militar, el imperialismo es infinitamente más poderoso que la URSS», por lo que «sin intervención de la revolución europea las bases sociales de la URSS se derrumbarán, tanto en caso de victoria como en caso de derrota» (cit. por Claudin, en *La crisis del movimiento comunista internacional*). Y así sería efectivamente, a pesar de que la Unión Soviética triunfó en la segunda guerra mundial y pasó a ser una de las grandes superpotencias mundiales.

En la segunda posguerra apareció una nueva oleada de críticas fructíferas de muy variado tipo, que se tradujeron en intentos de modalidades más democráticas de socialismo de Estado, como la yugoslava -con su intento de conjugar estatización y autogestión-, o la china -con su preocupación por la cooperación rural-, así como en proyectos reformistas abortados o sólo aplicados limitadamente en la Unión Soviética, Polonia, Hungría, Checoslovaquia o Cuba. Salvo en el caso de la revolución cultural china o el efímero intento de construir un «hombre nuevo» en Cuba, inspirados por propósitos utópico-voluntaristas, el conjunto de los experimentos reformistas (yugoslavo, soviético bajo Jrusov, checo, polaco, húngaro o chino posterior a 1978) y propuestas teóricas renovadoras confluyeron en esfuerzos por

concebir y construir un nuevo tipo de socialismo descentralizado «de mercado», dentro del cual se inscribieron diferentes tipos de modalidades como la autogestionaria.

Simultáneamente, el llamado marxismo occidental cuestiona los rasgos burocráticos, jerárquicos e ideologistas del socialismo «realmente existente», incorporando a su crítica elementos renovadores que habían estado poco presentes con anterioridad, como las perspectivas ecologista, feminista, pacifista o humanista, la nueva problemática de la comunicación de masas o el intento por profundizar la temática del mundo del trabajo (tecnología y proceso de trabajo, cambios en la naturaleza de la relación salarial, condiciones de la lucha obrera). Un aspecto central de esta aportación se dio en el terreno filosófico, desde donde se criticó la escolástica materialista dialéctica desde una rica diversidad de ángulos: la praxis social, la tradición humanista, el método científico.

La mayor parte de las mismas, confluyeron social y políticamente en lo que se conoció en la segunda mitad de los sesenta como la «nueva izquierda», que tendió a convergir con las luchas obreras y revolucionarias de la época sin llegar a generar empero un nuevo proyecto socialista. Esta falta de cristalización debe atribuirse en gran parte al insuficiente desarrollo de condiciones objetivas para ello, como la persistencia del orden bipolar de posguerra o la debilidad de los esbozos de acción independiente del movimiento obrero occidental. Pero también a la presencia en su interior de fuertes elementos utópico-voluntaristas que obstruían los esfuerzos por desarrollar una verdadera teoría científica del socialismo moderno, dejando en gran parte esa tarea a intelectuales no marxistas ²⁴.

Sin embargo, y a pesar de sus ambigüedades y falta de cristalización teórica y orgánica, estos diversos elementos críticos y de acción alternativa, demostraron que el marxismo aún estaba vivo y era capaz de asumir desde dentro, el cuestionamiento del marxismo y el socialismo oficial

3. El futuro del socialismo marxista

Por las razones planteadas en los dos apartados anteriores, el socialismo marxista vive una crisis de enormes proporciones. No es, sin embargo, la primera vez que el movimiento y la teoría socialista atraviesa una gran crisis. Tras la derrota de la Comuna de París en 1871, tuvo lugar el primer colapso que acarrió la liquidación de la Primera Internacional. El estallido de la primera guerra mundial, a su vez, provocó la ruina de la Segunda Internacional que sería completada por la aparición de la Tercera (la Internacional Comunista). Sin embargo, ninguna de estas crisis significó el fin del socialismo marxista, sino que se tradujeron en procesos de reformulación teórica y reconstitución política que condujeron a los partidos social-demócratas europeos de la Segunda Internacional en el primer caso y a los Estados, partidos comunistas y movimientos revolucionarios del llamado tercer mundo característicos del último ciclo del socialismo mundial. ¿Volverá a suceder algo parecido?

24. Conforme a Perry Anderson, quizá la «primera obra fundamental de la posguerra sobre el socialismo» (*La economía del socialismo posible*, de Alec Nove) fue escrita fuera de la tradición marxista (*Tras las huellas del materialismo histórico*, Siglo XXI, Madrid, 1986, p. 127). Habría que agregar, que también lo hizo criticando tanto al «socialismo real», como a los elementos utopistas y voluntaristas del embrión de socialismo alternativo esbozado por la nueva izquierda.

Para intentar responder a esta pregunta, debe partirse de la idea de que la presente crisis es mucho más profunda y generalizada que las anteriores, porque abarca un universo de campos y problemas más vastos, es el resultado de una derrota no bélica ante la superioridad tecnológica, política y cultural del capitalismo y afecta a un movimiento que cuenta con mucho menos reservas teóricas y políticas de recambio, en una época en que el capitalismo mundial se halla en pleno proceso de recuperación y reestructuración.

En estas condiciones tan difíciles, el porvenir del socialismo marxista dependerá de su capacidad para afrontar el conjunto de los retos que le plantea la historia, lo que en modo alguno está garantizado de antemano. Alcanzó a ver cuatro retos fundamentales: a) el de su capacidad autocrítica del legado anterior; b) el del desarrollo y la actualización de su teoría; c) el de la comprensión de las nuevas tendencias del capitalismo, la vida social y el propio socialismo y, d) el de la recomposición del movimiento socialista de masas como alternativa válida de transformación social. Cada una de estas exigencias plantea requerimientos específicos. Pero salvo la primera, que es en realidad la precondition de las restantes - en cuanto toma de partido frente a las tendencias del desarrollo histórico-, las otras tres se presuponen mutuamente.

a) *La autocrítica radical del pasado.* Esta cuestión es una exigencia de comprensión histórica y teórica para poder rectificar el rumbo; pero también una respuesta política insoslayable a la ofensiva capitalista contra el conjunto del socialismo y el marxismo, que pretende identificarlos con su deformación estatista y totalitaria. Los ideólogos del capitalismo están haciendo esa crítica, y no la hacen mal.

Tiene gran eco, se apoyan en valores y tradiciones culturales de la época y están formando escuela. Si los marxistas no lo hacen mejor, el suyo será el juicio de la historia.

La crítica marxista debe partir de la concepción del socialismo que lo concibe como un sistema social superior al capitalismo, no sólo en términos de justicia social, sino también de eficiencia y racionalidad económicas (capacidad de desarrollar más plena y equilibradamente las fuerzas productivas), de organización política (mayor democracia y participación social) y de desarrollo cultural. Debe explicar las razones históricas e ideológicas que condujeron al aborto histórico resultante, viendo en él una modalidad primitiva y espuria de socialismo, producto de un esfuerzo voluntarista por intentar construir una sociedad más justa que la capitalista, en una época y lugar histórico donde aún no existían condiciones económicas y culturales para construir una verdadera sociedad socialista. Tal crítica, para ser consecuente, deberá atacar los fundamentos ideológicos y morales más profundos del socialismo de Estado, como el burocratismo, el autoritarismo, el voluntarismo, el paternalismo demagógico o el ideologismo, traduciéndose en la búsqueda de nuevos principios prácticos y distintos modos de abordar y controlar socialmente fenómenos como los mencionados.

b) *El desarrollo y la actualización de la teoría.* Este aspecto de la reconstitución, debe partir del reconocimiento de que el marxismo no es un modelo ideal a aplicarse deductivamente a la realidad social, sino un cuerpo vivo de pensamiento en desarrollo y permanentemente confrontación con los hechos, sujeto él mismo a los avatares de la historia, que incluye una concepción del mundo, un método de interpretación histórica y un conjunto de teorías e hipótesis

sobre la realidad social sujetas a comprobación, adecuación y rectificación. Desde esta asunción, debe tratar de retomar los aspectos más sólidos de sus propuestas fundacionales y clásicas, en sí mismas, en confrontación con la historia anterior y los acontecimientos actuales, con el escolasticismo «marxista-leninista» y con las corrientes y aportaciones más importantes del pensamiento no-marxista. Para ello deberá abordar necesariamente sus insuficiencias comprobadas (vacíos, esbozos no precisados, errores o ilusiones), incorporar las múltiples aportaciones del pensamiento no-marxista y desarrollar el conjunto de la teoría para adecuarla a las necesidades de comprensión de la actual realidad social y el impulso a las luchas por su transformación.

Esta gran tarea deberá abarcar al conjunto de las ciencias y disciplinas histórico-sociales. Pero deberá otorgar una importancia particular a las esferas de conocimiento más afectadas por la crisis (como la teoría del socialismo) o por los intentos de convertir al marxismo en ideología de Estado.

La teoría del socialismo debe ser reelaborada totalmente sobre una base histórico-materialista. A diferencia de lo que sucedía en la época de Marx -en la que el socialismo era poco más que un sueño-, existe hoy una amplísima experiencia histórica de intentos por desarrollar relaciones socialistas tanto a nivel político-estatal, como de organización autogestionaria, cooperativa o comunal, o de múltiples formas de organización de la solidaridad social. Apoyada en el análisis de estas variadísimas experiencias, de sus éxitos y fracasos, y de sus condicionamientos histórico y culturales, debe hacerse un gran esfuerzo para precisar, depurar y corregir las hipótesis fundacionales, eliminando de las mismas los elementos utópico-románticos, especulativos y voluntaristas,

para substituirlos por planteamientos precisos factibles de traducirse en prácticas sociales operativas. La experiencia histórica y el trabajo crítico y teórico acumulado, permiten abordar concretamente las cuestiones más cruciales del socialismo de hoy. Entre ellas, existen algunas particularmente importantes, como la vinculación precisa entre plan, mercado y autogestión ²⁵, entre propiedad pública y gestión social; entre eliminación de explotación de clase y de otras formas de opresión neoclasistas como la de género; entre los diferentes niveles de desarrollo económico y posibilidad (y modalidad) del socialismo; entre cantidad y calidad-eficiencia de trabajo en la determinación del principio equivalente; entre trabajo especializado de administración y gestión (burocrática) y control social sobre los funcionarios y las relaciones de poder; entre democracia representativa y directa dentro de una nueva concepción de democracia socialista.

25. Para el socialismo de Estado en todas sus expresiones, el socialismo es la supresión del mercado por el plan central. Pero para el socialismo autogestionario y democrático, es la supresión del mando despótico del capital sobre el trabajo por medio de la gestión social. Dentro de esta última perspectiva, la supresión de la propiedad y la gestión capitalista puede coexistir durante un periodo histórico con la subsistencia de modalidades reguladas de intercambio mercantil, tanto por razones de conveniencia económica general, como porque la autogestión empresarial requiere la autonomía de las empresas frente al Estado (ya que es prácticamente imposible o carece de significación si las decisiones de producción son dadas por el plan central). Es por ello que todos los intentos por establecer la autogestión al interior del socialismo real (yugoslavo/polaco de 1956-57, checoslovaco de 1967-68, Inicial de Solidaridad) fueron parte de proyectos descentralizadores y liberalizadores, mientras que la imposición de la planificación central coincidió siempre con la liquidación de toda las formas de cooperación voluntaria, organización autónoma o gestión obrera. Al respecto véase mi trabajo «Proletarios, intelectuales y despotas», *Teoría y Política*, núm.4, México, abril-junio de 1981.

Dentro de esta perspectiva, el elemento utópico común a todas las formas anteriores de ideal socialista (las aspiraciones de justicia y libertad) debe subsistir como un sustrato ético que también requiere ser modernizado y enriquecido por la incorporación de nuevas valoraciones, como la de una nueva idea de progreso -que contemple el ingrediente ecológico o el de calidad de vida-, o el de una nueva cultura solidaria y socialmente responsable ²⁶.

En cuanto a las disciplinas sociales más afectadas por el esclerosamiento y dogmatización del marxismo, debe destacarse la filosofía y en particular la metodología. Existen aquí grandes problemas a resolver, como el de la relación (y confusión) tratada por marxistas eminentes como Manuel Sacristán Luzón, entre la racionalidad analítica de la ciencia

26. Una de las principales conclusiones de J. Kornai en su análisis crítico de las economías socialistas de Europa Oriental, es que los intentos imprescindibles por establecer eficiencia, entraba en contradicción no sólo con los intereses de la burocracia, sino también con la ética socialista. Ello puede ejemplificarse en cuestiones tales como la participación de los trabajadores en la dirección de las empresas (que en la medida de que también dependen de factores cualitativos tales como la eficiencia afectan el principio de «a igual trabajo igual salario») o del cierre o reestructuración de las empresas ineficientes, que afectan la seguridad social (Ver A. Erquizio, *Funcionamiento de la economía socialista: contradicciones y dilemas. El aporte de Janos Kornai*, Universidad de Sonora México, 1989). Conforme ello, la compatibilización de los principios de eficiencia y solidaridad social al interior de un mismo cuerpo de doctrina y valorización social, requiere también del desarrollo de los principios morales del socialismo en el sentido de vincular los intereses individuales y colectivos de los trabajadores con los del conjunto de la sociedad. Pero ese nuevo tipo de moral solo puede ser desarrollada, dentro de un movimiento social que demande nuevas formas de seguridad social y capacitación laboral, o modalidades de participación en las ganancias que combinen los beneficios a nivel de empresa con la constitución de fondos sociales de utilización más amplia.

experimental moderna, la racionalidad sintético-totalizadora del pensamiento dialéctico y la racionalidad crítico-práctica consustancial a la acción revolucionaria, en cuanto requerimientos de la concepción unitaria del mundo y la sociedad que es la filosofía de la praxis. Pero tampoco el materialismo histórico puede quedar libre de una reconsideración global, para llenar vacío, precisar y relacionar ideas fundamentales e incorporar aportaciones de la antropología cultural, el feminismo, el ecologismo o el institucionalismo. Este tipo de prioridades teórico-metodológicas, es requerida también por una fundamental razón política: la lucha contra el relativismo posmodernista y el neoliberalismo, que amenazan a la racionalidad misma del pensamiento histórico y social contemporáneo.

c) *La comprensión de las nuevas tendencias del desarrollo histórico y el cambio social.* Mi hipótesis de trabajo es que el capitalismo está entrando en una nueva fase de su desarrollo histórico que abarca al conjunto de su conformación social y espacial, como resultado de la conjunción entre la nueva revolución tecnológica, la derrota del campo socialista y la incorporación abierta al mercado mundial del conjunto de las regiones del planeta. Si esto es así, debe abandonarse completamente la idea común al stalinismo y la izquierda radical, de que el capitalismo maduro de nuestros días es un fenómeno virtualmente «agonizante», incapaz de desarrollar nuevas fuerzas productivas, que sólo puede sobrevivir por medio del fascismo u otras formas semejantes de barbarie, y prepararse para reconstituir el movimiento socialista a lo largo de un prolongado proceso histórico moldeado por los nuevos rasgos y contradicciones del sistema social dominante.

La nueva fase del capitalismo que comienza a

dibujarse, se diferenciará de la anterior en múltiples cuestiones. Tendrá una diferente base productiva cimentada principalmente en la microelectrónica, la automatización flexible, el trabajo en equipos y las redes integradas de comunicación. Contará con una diferente estructura del capital, de la fuerza de trabajo y de la relación salarial; del papel y la estructura de los servicios; de los patrones de consumo y distribución. Habrá en ella un mayor lugar para el mercado en su relación con el Estado. Surgirán y se extenderán nuevas formas de miseria social. Todo ello se expresará en distintas modalidades de acumulación y reproducción del capital, en cambiantes expresiones de la lucha social y en nuevas formas globales de regulación.

Una de las mayores diferencias se hallará en las nuevas condiciones de funcionamiento del capitalismo mundial, conforme patrones de conformación espacial, concurrenciales y regulatorios muy diferentes a los que emergieron de la primera Guerra Mundial, o de los que los continuaron en la segunda posguerra. De capitalismo monopolio-imperialista estudiado por Lenin -que conllevaba el desarrollo de la militarización y la estatización de las fuerzas productivas-, se está pasando a otro mucho más parecido al que intuyera Kautsky en su polémica clásica con Lenin sobre el imperialismo (el «ultraimperialismo») caracterizado por un acuerdo intercapitalista general para explotar conjuntamente y por medios «pacíficos» al conjunto del mundo. De allí que también a este nivel resulte esencial abandonar viejas ideas y encarar el estudio del nuevo contexto y sus múltiples consecuencias sobre las diferentes regiones y países y el conjunto de otros problemas de importancia igualmente grande.

No menos importantes son las modificaciones de

las relaciones sociales. A este nivel debe señalarse la necesidad de estudiar los cambios en la división y organización social del trabajo; en las formas de comunicación social; en las relaciones entre los géneros, etnias y generaciones; en la configuración de los espacios urbanos y comunales; en las nuevas formas de subordinación del campesinado al capital. Lo mismo sucede en relación a las nuevas necesidades y demandas sociales: feministas, derechos humanos y civiles, lucha contra la violencia, resistencia a los abusos de poder. Al estudiar estas cuestiones, se deberán abordar aspectos más generales del desarrollo social que están más o menos conectados con el conjunto de estos u otros problemas, como el nuevo papel de la personalidad individual, sus exigencias actuales y su relación con los colectivos y demandas sociales ²⁷.

En las áreas periféricas del capitalismo mundial, la extensión y maduración del capitalismo, la complejización de las relaciones sociales o la internacionalización de los patrones culturales, están generando una nueva relación entre el Estado y la sociedad

27. Uno de los fenómenos más característicos de nuestro tiempo, y núcleo dinámico de las revoluciones de la libertad en Europa del Este, es la emergencia de los derechos individuales contra las diferentes formas de compulsiones estatales y autoritarias. Desde la vieja perspectiva de la izquierda, esto solo expresaría la creciente influencia del mercado o del neoliberalismo. Pero en realidad, es la expresión de un nivel más avanzado del desarrollo internacional de las fuerzas productivas y la modernización social que conlleva la incorporación masiva de la población al mercado del trabajo, la urbanización y la escolaridad generalizada, la destrucción de la familia patriarcal, la extensión de la comunicación de masas, la diversificación de las posibilidades de consumo, los cambios en la organización del trabajo o la multiplicidad de influencias culturales entrelazadas. El aspecto reaccionario de este fenómeno, no está en el fenómeno mismo, sino en su implementación política por el neoliberalismo contra las viejas formas burocráticas y cor-

civil, la aparición de nuevas formas de cultura societaria y la vertiginosa extensión y ampliación de la democracia. En el plano cultural, ha comenzado a emerger un nuevo patrón de comportamiento que acentúa los elementos seculares de la realización individual, la responsabilidad social y el establecimiento de normas objetivas de regulación social, en detrimento de las relaciones clánicas, caciquiles o corporativas heredadas de los modos de producción precapitalistas. Las demandas democráticas han pasado a ocupar el lugar central del escenario político mundial, extendiéndose al conjunto del planeta y a nuevas esferas de la vida social. Pero también se está ampliando su contenido para abarcar cada vez más a la pluralidad social y el respeto a las minorías, al nivel que ocupa dentro de ella el gobierno de las mayorías.

En conjunto, puede decirse que las nuevas condiciones históricas tienden a generar condiciones objetivas mucho más favorables que las anteriores, para el desarrollo de experiencias socialistas cercanas al ideal marxista original. También, que la mundialización del capitalismo y la multiplicación de las contradicciones generadas por su desarrollo, permiten predecir un nuevo ciclo de grandes conflictos sociales, ecológicos y culturales que debieran hacer

porativas del socialismo y el propio capitalismo anterior. En sí mismo (conforme la síntesis que hace Rosdolsky de la idea de Marx), es un momento de la historia de la humanidad, «como proceso necesario de la formación de la personalidad humana y su libertad» (Génesis y estructura de el Capital, Siglo XXI, México, p. 458). Desde una perspectiva socialista-marxista, de lo que se trata, es de integrar la individualidad dentro de nuevas formas de solidaridad social y lucha contra las relaciones de poder y el capitalismo, apoyándose en un nuevo esfuerzo de síntesis cultural.

posible una transformación radical de las relaciones sociales. Pero ello no sólo requerirá de reformulación de la teoría socialista, sino también de la existencia de un nuevo movimiento político social de masas orientado en esa perspectiva. ¿Podrá éste conformarse? Y de hacerlo, ¿cuál será la influencia del marxismo en el mismo?

d) *La recomposición del movimiento socialista.* Esta cuestión comprende tanto la del desarrollo de un nuevo movimiento socialista, como el de la influencia y capacidad de orientación que pueda jugar el marxismo dentro de él. Es el más difícil de resolver y analizar, porque depende en mayor medida de incógnitas que escapan al propio control de los marxistas. ¿Podrá el capitalismo asimilar políticamente a la clase obrera? ¿Será reparable el daño causado por el desprestigio del marxismo soviético? ¿Cómo se orientará la juventud en el futuro? ¿Qué podrá rescatarse del viejo marxismo-leninismo? ¿Cuál será el futuro de la socialdemocracia y sus sectores renovadores? Lo que es claro en todo caso es que será una tarea muy compleja, que insumirá un período prolongado y que requerirá de soluciones muy diferentes a las que condujeron a la constitución de las diferentes internacionales.

El marxismo deberá establecer una tajante diferencia entre lo que él mismo como instrumento cultural de conocimiento y guía teórica para la acción, y lo que deberá ser el nuevo movimiento socialista como fenómeno pluralista de masas. Para ello, deberá renunciar a tratar de convertirse en ideología oficial (de Estado, de partido, de sindicato), procurando establecer un nuevo tipo de relación entre los círculos y grupos marxistas con los movimientos políticos y sociales en masas basada en la complementariedad y la interacción. Ello requerirá que la

intelectualidad abandone los propósitos de dirigir como tal a los movimientos populares, para sustituir ese papel por el de educador, colaborador y orientador, lo que requerirá de un nuevo tipo de metodología de trabajo que rompa completamente con la tradición voluntarista y paternalista del viejo socialismo.

Para hacerlo deberá apoyarse en las mejores tradiciones políticas del socialismo anterior, aplicables en la época actual, como la de la construcción de los grandes sindicatos y partidos de masas del siglo XIX y principio del XX, la organización de consejos obreros o la reformulación gramsciana de la teoría de la revolución. También en las aportaciones de las corrientes, avanzadas del movimiento político-social como las autogestionarias, feministas, ecologistas, antirracistas, pacifistas o defensoras de derechos humanos y civiles. Finalmente, tener presente para no reincidir en ellos, las acciones y métodos del socialismo de Estado y el voluntarismo burocrático.

El nuevo movimiento deberá necesariamente ser un socialismo moderno, que abarque a las nuevas fuerzas del trabajo y el progreso, respetando sus propias tendencias y modalidades de acción, lucha y organización. Su base social deberá ser mucho más amplia y compleja que la de los anteriores movimientos socialistas, dado el cambio sustancial que se ha operado en la composición social y cultural del «obrero colectivo»: el predominio cuantitativo de los empleados sobre los obreros, el creciente peso de las mujeres frente a los hombres, la gran importancia funcional y numérica del trabajo científico, la multiplicidad de los niveles de calificación, la composición multirracional y multitécnica, la importancia creciente de los problemas del consumo familiar y colectivo, de la capacitación o del tiempo libre. El movimiento sindical o lo que quede de él, deberá superar su tra-

dición puramente distribucionista para orientarse mucho más hacia los problemas de la producción, la capacitación y la gestión. La conversión de esta nueva clase obrera en una clase «para sí» será una tarea muy compleja que requerirá de la integración en un solo sujeto político social del trabajador como productor -en el lugar de trabajo- y como consumidor -en la colonia-, la resolución de los conflictos interiores de géneros entre hombres y mujeres, culturales entre obreros e intelectuales o étnicos entre nacionales y migrantes, lo que requerirá de un enorme trabajo cultural de comunicación y concientización. El sindicato no podrá cumplir todas estas funciones y aún así deberá asumir algunas de ellas convirtiéndose en un centro de capacitación y educación obrera.

Pero dentro de esta nueva perspectiva socialista, el nuevo movimiento obrero sólo será una parte de un movimiento popular y democrático mucho más amplio integrado por cooperativas, uniones de consumidores, colonos y pequeños productores y prestadores de servicios, o de grupos feministas, ecologistas, de minorías discriminadas o en lucha por derechos humanos, entre otros. Los nuevos partidos socialistas debieran concentrarse en canalizar, orientar y organizar la lucha política al interior del Estado, ampliando espacios democráticos, formulando programas específicos -adaptados a las condiciones de cada país- y propuestas de políticas públicas, proponiendo reformas institucionales y sociales, promoviendo la participación y el desarrollo de la conciencia política del pueblo y tratando de conformar con sus organización sociales y culturales bloques de convergencia democrática en camino a la transformación del sistema capitalista.

Otra cuestión fundamental, será la del desarrollo de las relaciones internacionales entre los parti-

dos, sindicatos, movimientos sociales y culturales e intelectuales, en marcha hacia la conformación de redes estables de organización e intercambio de ideas y experiencias. Este aspecto, como ya se señaló, adquirirá una importancia cada vez mayor que se traducirá en una gran cantidad de cuestiones prácticas.

Este nuevo socialismo moderno tendrá que otorgar gran importancia a la definición precisa de lineamientos programáticos de alternativa y transformación, que permitirán diferenciarlo claramente, tanto de las fuerzas defensoras del capitalismo como de la izquierda demagógica y paternalista. Entre los múltiples problemas que pudieran contemplarse, hay cuatro ejes interrelacionados que destacan por su importancia de principio, desde la perspectiva del marxismo. El primero, seguirá siendo sin duda alguna el de las propuestas de reforma y transformaciones sociales sobre un espectro amplio de problemas con las demandas concretas deberá girar en torno a la transformación democrática del Estado, los servicios públicos y las instituciones civiles. El tercero, debe proponer un nuevo tipo de desarrollo de las fuerzas productivas sociales que conjugue el progreso tecnológico, el crecimiento económico y la promoción de las regiones marginadas con protección al medio ambiente, la conservación de los recursos naturales y el mejoramiento de la calidad de vida. El cuarto, tendrá que ver con propuestas internacionales en torno a los grandes problemas que afectan al conjunto del mundo, como el desarme, los peligros ecológicos que amenazan al planeta, la reforma democrática del orden internacional, la lucha contra la opresión nacional, la integración de cada país al orden internacional o a los diferentes bloques de países.

Estas orientaciones y propuestas, debieran tra-

tar de articularse en torno a estrategias revolucionarias muy diferentes a las propugnadas por el bolchevismo y sus herederos históricos. Si en el pasado que termina ésta se basó en la construcción de aparatos «de vanguardia» o en la orientación de la lucha de masas hacia la confrontación directa y la toma violenta del poder, la nueva estrategia socialista debiera parecerse mucho más a lo que Gramsci denominara una «guerra de posiciones». Esta nueva «guerra» pacífica y civil, debiera disputarse en todos los espacios de presencia popular, orientada a generar redes cada vez más amplias de autoorganización, concientización, gestión y control desde abajo, para convertir el momento de «toma del poder» en un proceso prolongado y disperso de modificación de las relaciones sociales de fuerza en la base de la sociedad, que tienda a madurar y convergir orgánicamente en torno a alternativas viables y progresistas y sociales posibles dentro del capitalismo, con el tipo de acumulación de fuerzas social, política y cultural que pudiera permitir ulteriormente disputar la dirección del Estado y la sociedad cuando el agotamiento del ciclo expansivo del capital genere las condiciones políticas para ello²⁸.

¿Será una utopía? Puede ser. Pero en todo caso, una utopía fructífera que intenta apoyarse en las tendencias más progresistas del desarrollo histórico mediante el elevamiento social, cultural y moral de los trabajadores y demás sectores explotados y oprimidos. Los otros caminos parecen conducir a formas

28. No existe ninguna razón que lleve a pensar que el nuevo ciclo de acumulación de capital que está comenzando a nivel mundial no culmine como todos los demás en otra gran crisis de acumulación que cree condiciones propicias para salidas socialistas. Por el contrario, lo más probable es que esa futura crisis, tenga una dimensión mundial mucho mayor que las anteriores por el nivel de internacionalización alcanzado por las fuerzas productivas y la maduración global del sistema a nivel mundial.

EL DERRUMBE DEL SOCIALISMO...

prosaicas de integración en el capitalismo, a algún nuevo tipo de aventura sin futuro ni resultados rescatables o a utopías románticas carentes de viabilidad histórica.

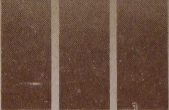
Si el marxismo no es capaz de responder a los cuatro retos señalados se habrá convertido en una concepción decadente del mundo y de la historia, que sólo logrará subsistir bajo una forma puramente intelectual. La lucha socialista, desprovista del elemento orientador suministrado por el marxismo, volverá a ser entonces un movimiento utópico de protesta social incapaz de generar alternativas prácticas de transformación social o, en su caso, un mero receptáculo pragmático de las aspiraciones de reforma.

México, 1991

INDICE

Prólogo	5
Alberto J. Plá: Vigencia de Marx	9
John Holloway: La liberación de Marx	19
Michel Pablo: Ser marxista hoy	29
Michael Löwy: ¿Ha muerto el comunismo?	43
Georges Labica: ¿El comunismo será finalmente posible?	55
Adolfo Gilly: 1989	71
Alejandro Dabat: El derrumbe del socialismo de estado y las perspectivas del socialismo marxista	97

**Este libro se terminó de imprimir en
Talleres Gráficos CYAN. Potosí 4471 Cap. Fed.
en el mes de setiembre de 1992.**



Los profundos cambios que han conmovido a las sociedades del Este han concluido poniendo en cuestionamiento la perspectiva socialista, alcanzando las propias bases teóricas del marxismo. Paralelamente la orientación del proceso mundial coloca al mercado y a la competencia en el centro de la escena intentando cancelar las ansias de libertad/igualdad/solidaridad que estuvieron siempre presentes en el desarrollo de este milenio.

Sin embargo en medio de las penumbras no faltan quienes aún en áspera controversia buscan recuperar la savia teórica del marxismo que con persistencia continúa alimentando las herramientas conceptuales que lo configuran. Es esa conciencia crítica, conquista histórica de la humanidad, la que está impulsando en diversas regiones y lugares del mundo, encuentros, conferencias y debates que discuten las transformaciones actuales y las perspectivas de superación de un sistema mundial que ya no es como antes.

Es el caso del Simposio Internacional "Pasado, Presente y Perspectivas del Socialismo" que se realizó en la **Facultad de Filosofía y Letras de la UBA** en octubre de 1991. La mayoría de los trabajos que aquí se compilan fueron preparados o enviados para ser presentados en este evento, sus autores coinciden en revalorizar la potencialidad creadora de la revolución democrática que hoy recorre el mundo y las perspectivas liberadoras que para el pensamiento radical se abren con el derrumbe de la tradición estalinista.

"La liberación de Marx", título de esta nueva ficha temática, pone a disposición de los lectores estos trabajos que buscan reponer los contenidos críticos del marxismo y recrear las condiciones para el socialismo del futuro.

FF y L
UBA

Tierra 
del fuego

